REVISTA SHELL
Junio 1954



De omliggende natien van dese Riviere, varen in xxo dagen van den mont deselves, tot op eenen dagh reysens naer. het groot lac Parime. Van waer sy voor eerst haere spyse op den hals nemen, ende bringense over land tot an het lac, daer naer comen sy met haere canoas ende bringe oock over land, tot in het sout lac, om haere trafyck en te doen. Den Spaengiaert comt ordinarlick niet voorder, als tot dese Riviere Essekebe.

De Inwoners van dese Riviere Wiapago varen in xo dagen met hare Canoas, vanden mont deser riviere, tot in het lac daer Manoa in light.

Cajane, is een seer schoone ende biquame riviere om met vele schepen in te comen. Sy is inden beginne, oste mont, meer als eene duytsche myle breedt. daer sijn 3 reesen inden mont, waer door sy ooc 3. uitloopen heeft. De natien hier omtrent, sijn seer rijck in victualiien, ende goet om mede te handelen. Men meent voor seker datmen door dese R. eenen toegaenck heeft, tot het groote lac, ende groote goudrijcke stad Manoa.

Alle dese gedierten die wy hier gestelt hebben, vintmen in Guiana, met veel meer andere goet om eten, als oock vele hoenderen, Partryen, Phaysanten, Cranen, Quackelen, Roygers ende vele andere soorten van vogels.



Desde que Cristóbal Colón observó por primera vez antes de entrar en el golfo de Paria, la presencia de tanta cantidad de agua dulce en el mar, el Orinoco ejerció una enorme fascinación sobre los viajeros posteriores. Fueron varios los navegantes que se asomaron al Delta, pero que no pudieron penetrar por los brazos del río. La desembocadura comienza a aparecer en los mapamundis de los cartógrafos, un piloto de Cubagua descubre el río y desde entonces se le bautiza con diferentes nombres indígenas: Uyapari, Orinoco. Después de la penetración de Diego de Ordaz siguieron otras expediciones. Algunos llegaron a suponer que habían arribado a las cabeceras del gran río.

Pero no era sólo el río en sí mismo lo que fustigaba la imaginación de navegantes y aventureros. Era también la tierra que atravesaba el río, la fabulosa Guayana, donde habían ubicado el mito de El Dorado, la Ciudad Dorada de Manoa, situada a orillas del lago Parime. No se encontró el oro con la abundancia soñada; pero la actual explotación de las minas de hierro y el enorme potencial hidro-eléctrico del Caroní, así como las de otras fuentes de riqueza que aguardan sus descubridores en la todavía ignota Guayana, nos están afirmando que en la base de todos los mitos hay algo de realidad.

La fascinación ejercida por el Orinoco y la Guayana se ha transmitido hasta nuestros días. A fines de 1950 un grupo de exploradores franceses proyectó visitar ciertas regiones del Alto Orinoco, y el gobierno venezolano designó un comité coordinador, el cual organizó una expedición venezolana para que, junto con el mencionado grupo, explorase las fuentes del gran río. Dicha expedición vió coronados sus esfuerzos al anunciar el descubrimiento del nacimiento del Orinoco efectuado el 27 de noviembre de 1951.

Nuestra portada reproduce el Nuevo Mapa de la maravillosa y aurífera región de Guayana, dibujado de acuerdo con los datos de Sir Walter Raleigh contenidos en su famosa obra editada en Londres en 1596. Y en páginas interiores publicamos un capítulo inédito del libro "Donde nace el Orinoco", del Tte.-Cnel. Franz Rísquez-Iribarren, comandante de la expedición que descubrió las fuentes del Orinoco, en el cual relata los preparativos hechos en el campamento base de La Esmeralda.

REVISTA SHELL AÑO III. Nº 11. JUNIO DE 1954



Desde la Gran Sabana el río Carrao, afluente del Caroní, anuncia en el Salto Hacha su contribución al enorme potencial hidroeléctrico que en próximo futuro transformará el Oriente y el Centro de la República. (Foto. Luis T. Laffer).

REVISTA SHELL AÑO III Nº 11 JUNIO DE 1954

DIRECTOR: JULIÁN PADRÓN

SUMARIO

El Paisaje de Aragua y sus Poetas, por José Ramón Medina - 4

Algunos Cambios en la Economía Agrícola Venezolana, por Mauricio Báez - 10

Arte Fotográfico. Fotos de Zoltan Karpati - 14

Antecedentes Inmediatos del "Congresillo" de Cariaco, por C. Parra-Pérez - 18

Nacimiento de la Ganadería Venezolana, por Julio de Armas - 26

Donde Nace el Orinoco, por Franz Rísquez Iribarren - 36

El Universo de los Muñecos, por Reyna Rivas de Barrios - 52

Algunos Aspectos de la Inversión de nuestra Renta Petrolera, por Carlos Mendoza - 56

Chinos, Vikingos, Godos y Noruegos en América, por Ernesto Platone - 60

Pintores Venezolanos. Oleos de Elisa Elvira Zuloaga y Carlos Rivero Sanavria - 66

Reptiles Venenosos, por Janis Roze - 68

La Realidad Visual de la Televisión, por Manuel Rivas Lázaro - 71

Editada trimestralmente por la Compañía Shell de Venezuela.
Todo el material que se inserta ha sido exclusivamente solicitado para esta publicación.
Reproducción autorizada siempre y cuando se mencione el origen.
Esta edición consta de 20.000 ejemplares. Distribución gratuita.
Las personas interesadas en recibir esta revista pueden dirigirse al Apartado 809, Caracas.
Las opiniones de nuestros colaboradores no reflejan necesariamente las de esta Revista

Esta publicación, propiedad de la Academia de la Historia, está protegida legalmente en todas sus partes por la ley.



JOSE RAMON MEDINA, abogado, poeta y escritor venezolano nacido en 1921. En 1950 obtuvo el título de Doctor en Ciencias Políticas en la Universidad Central. Siguió cursos de especialización de Derecho Penal en Italia y de Criminología en París. Ha publicado libros de poesía y obtenido premios literarios en Chile, Venezuela y España.

El Paisaje de Aragua y sus Poetas

EN TORNO A CUATRO POETAS REPRESENTATIVOS DE LA LÍRICA ARAGÜEÑA

por JOSE RAMON MEDINA

Teoría del Paisaje

En grata desnudez, en ondas verdes y cimbreantes declives, ábrese a los ojos viajeros de quien transpone el círculo montañoso del Valle de Caracas, esa comarca, ubérrima y violenta —tal la esplendente y maravillosa luz que de ella emerge en raudal continuo— que Aragua encierra en sus límites tropicales.

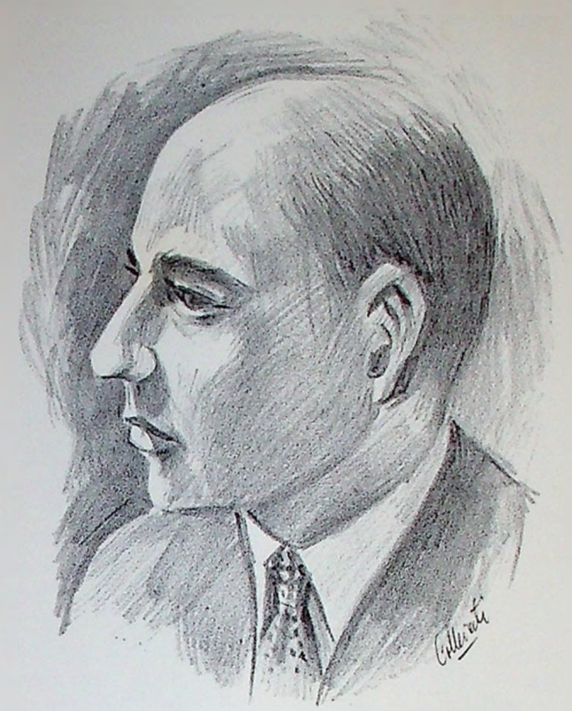
He aquí, despierto y hondo, el paisaje de una tierra llamada a cantarse en sentidos versos musicales. ¿Han sido sus poetas fieles a ese apasionante misterio telúrico que de ella nace, como una cosa voluptuosa y casi humana? He aquí la extendida piel morena y verde de los valles aragüeños, pletóricos de luz, aire y sol, plenos de bullente vida, extendidos y exuberantes, aprisionados en amplio anillo de montañas que miran, unas hacia el mar cercano, y otras hacia la rotunda y cegadora claridad de los llanos guariqueños.

Pensamos frente a esta tierra aragüeña, tan personal en sus cambiantes reflejos de luces y colores tropicales, que, efectivamente, debe existir una "teoría del paisaje", dentro de la cual el hombre —en su total integridad humana— participa del sentimiento telúrico que emerge con potencia vital de los contornos geográficos y de ese otro aliento de transcendencia en el que inscribe el espíritu su gestión vidente, más allá de las trémulas instancias del mundo de lo real.

Indudablemente —es tópico ya y trajinado bastante el tema— el paisaje entra con certera evidencia, y hasta con fuerza de personaje principal, en la mayoría de las obras de ficción hispanoamericana. Particularmente en los cuadros de la novela y del cuento. En lo que corresponde a la poesía, hace tiempo que los poetas nuestros andan rondando los límites de este extraordinario sujeto de creación, sin haber podido aún penetrar a fondo, con seguro dominio, la esencia clamorosa que apasiona y conmueve en el ámbito del mundo natural —virgen, complejo y hasta salvaje, a veces— en que el hombre de este continente, todavía en trance de descubrimiento total, se mueve y cumple su misión vital.

Pero no es éste —tema por lo demás ajeno a nuestras pretensiones presentes— el punto que queremos dejar aclarado con las actuales notas que escribimos enderezadas a presentar una determinada poética regional. Nuestro propósito es más circunscrito: sólo queremos apuntar, desde el plano lírico puro, cómo el paisaje se insinúa con aliento verdadero, persistente y fecundo, en la obra de cuatro poetas aragüeños. El de ver, esto es, a través de la producción poética de cuatro de los valores consagrados del Estado Aragua, cómo la emoción terrígena preside y orienta la clarísima resonancia del verso. De cómo, en síntesis, esta "teoría del paisaje" que decimos, domina el estro y el fuego de la gracia lírica en cuatro de los más genuinos cantores de los valles aragüeños, esa comarca pródiga y hermosa que responde a la más pura evidencia tropical.

Intentemos, pues, descubrir en estos nombres y en sus obras, esa influencia creadora, fecundamente creadora, que la tierra venezolana ha procurado en una de sus más características regiones.



Sergio Medina

El señorío poético de Sergio Medina en su Estado nativo, es realidad elocuente que ya nadie se atreve a discutir. El destacó en su tiempo y perdura aún en voz que no pasa, porque le nació de lo hondo, en tibia y saudosa emoción terrígena, el mensaje más hermoso que haya brotado de pluma alguna de poeta aragüeño.

Medina, poeta regional por antonomasia, nutrido por los vientos fecundos del modernismo, pero al mismo tiempo tocado por las auras de un tierno, limpio y trémulo romanticismo, unió a esa formación poética esencial, al cruce fecundo de esos dos encontrados movimientos literarios, su apasionado esfuerzo por penetrar la realidad de su tierra aragüeña, por interpretarla a cabalidad, por traducirla y darle expresión de verbo sonoro y ancho.

De allí, de esa pasión generosa y estupenda, arranca el hermoso contorno y la arraigada cadencia, de positivas enunciaciones perdurables, que encarna su poesía, esa poesía que nos toma integralmente el espíritu para añoranzas de bucólicas campiñas.

El paisaje nativo, el misterio viviente de las cosas que centraban el mundo cotidiano en que se movía (el de sus poseos aledaños y el de su vagar de abiertos ojos soñadores), dan al poeta la materia prima de su canto, el fundamento de aquella creación suya, original, propia, relevada en el ámbito de maravillados clamores vivenciales. Su estro fecundo, la suave armonía de su verbo emocional y el timbre cálido de un intimismo entrañable y cierto, completan el mensaje que brota de su corazón enamorado, enamorado y tendido hacia su tierra aragüeña, como hacia la luz polar de su vida.

Fué, por eso mismo, la suya, alcanzado el equilibrio de las dos tendencias que combatían en su gestión creadora, una fuerza aglutinante de dispersos elementos terrígenos, que llegó a conformar el exacto perfil de su nativismo fundamental. Allí está, junto a la gran poesía de Lazo Martí, también forjada por idénticos metales, su verso aleteante, vivo y colorista, cuidado hasta el extremo por mano que conocía perfecta y rotundamente el secreto del oficio.

Es frente a esta realidad lírica advertida, que el también poeta Andrés Eloy Blanco, al prologar la reedición del poemario "Cigarras del Trópico" ha expresado el juicio —muy certero— de que Sergio Medina fué un "hombre para la tierra". "La obra poética de Sergio Medina —nos dice Andrés Eloy Blanco— es una clase de geografía en la mañana; de geografía con mapas en colores tiernos, brillantes, donde los verdes aparecen mojados del rocío amanecido".

Y luego: "Señor del campo suyo, dueño de los secretos de su color y de su aroma, baquiano de sus caminos, de sus luces y de sus aguas, allí buscó su espiritual ubicación y respondió, magnífico, a su profundo compromiso de intérprete. Por toda la estatura del Poeta corrió su vocación de hombre para la tierra".

Integrado en tal forma, desde sus comienzos, al nativismo, movimiento de típicas esencias y resonancias venezolanas, Sergio Medina se ubica pronto (y hoy lo reconocemos con extraordinaria perspectiva) en los primeros planos del cultivo nativista que arrastró al verso vernáculo durante las primeras décadas del siglo. Pero no fué el suyo nativismo desmañado y sin fuerzas, pobre de ánimo o descolorido en el descriptivo intento de apresar la realidad bullente. Lo suyo fué, al contrario, logro estimable de integración vital de fermentos humanos y telúricos, en arremansada claridad poética. No se queda, esto es, en el alarde impresionista únicamente, tan fugaz y deleznable, sino que conforma el arrebato brotado del deslumbramiento paisajista o terrígeno con la íntima vibración del ánimo, integrado al esfuerzo interpretativo del mismo poeta, tomando a éste como protagonista de su propio tránsito apasionado.

Es en este aspecto donde la poesía del bardo aragüeño cobra, precisamente, su más estimable calidad de mensaje. Mensaje que se nutre de valores reales, de afirmaciones vitales en el sentido trascendente. El poema no es, en tales circunstancias, un receptáculo de la simple y pura emoción del hombre. Hay algo más profundo en el aleteo del verso, algo más perdurable en la cualidad sonora de la palabra. El poeta es ya, en este plano de la creación, un ser transido de elementalidad, nutrido de esencias temporales, cercado por las auras de la gracia imperecedera dentro del más amplio testimonio lírico.

"Poemas de sol y soledad", el primer libro de versos de Sergio Medina, aparecido en el año de 1913, fué su singular iniciación en el ámbito poético venezolano. En ese poemario se distinguen, firmes, los tonos de una poesía ya canalizada virtuosamente en el sentido más amplio de lo limpiamente aragüeño, expresada dentro de un riguroso lenguaje lírico.

Y esto es, en síntesis, la característica que acusa la personalidad de Sergio Medina en el panorama poético

de Venezuela: su bien redondeado verso regional, encuadrado en el logro de una poesía de trascendencia típicamente nacional.

De sus autores preferidos, unos en el ámbito modernista, como Rubén Darío, Juan Ramón Jiménez, Valle Inclán, y otros en el limbo de la más acendrada tradición castellana, como Fray Luis, San Juan de la Cruz o Garcilaso, extrae Sergio Medina la alada musicalidad de su verso, la fina medida de su expresión, el suave y melódico contorno de su poesía, empapada, eso sí, hasta la entraña, por el glorioso símbolo de su sol y de su tierra. Fiel a su origen, el poeta no desdeñó jamás la participación cordial a que lo invitaba la aventura terrena, humanísima, de sus valles nativos.

"Cigarras del Trópico", su segundo libro, publicado años más tarde, vino a confirmar las admirables virtudes poéticas que se anunciaron en "Poemas de sol y soledad". En aquél, su último libro, el creador está tocado por la gracia de la madurez, el sosiego y la plenitud. El verso en él refrena el ímpetu primero, la intensidad a raudales, por el dulce eco de la misma tierra memoriosa, vista y sentida ahora a través de imágenes igualmente eglógicas, pero dotadas de una pensativa y trémula emoción, profunda y verdadera, que hace más familiar, más cercano, más íntimo, el mensaje que el poeta prefiere expresar.

En un perfil emocional, el fino escritor aragüeño, Angel Raúl Villasana, nos ha dejado en preciso esquema las coordenadas fundamentales de la dimensión humana del poeta: "Fué ciertamente un hombre generoso y cordial, desprendido de terrenales bienes, de cuya administración no se cuidaba en absoluto, a tal punto que los feudos familiares se le fueron escapando poco a poco de las manos displicentes y desenfadadas"... Y cerrando su página evocativa, el mismo escritor nos dice: "Olvidado de sus poderosos valedores, despojado de bienes y abrumado de personal infortunio, muere en abril —mes de los poetas y de los pastores—, en un 7 de abril del 33, rodeado del fiel afecto de un grupo de amigos, que lo salvaron de morir de mengua y que lograron suscitar, en torno de sus días postreros, la tardía y festinada devoción de sus paisanos. Acababa de caer la primera garúa, hermanas de aquellas que habían reverdecido la vejez del samán en su soneto prodigioso y en las ramas del mango que en el huerto materno arroparon dulcemente las últimas horas de su otoño dolorido, cantaban en esos mismos días, con intensidad obsesionante, las roncas cigarras del trópico..."

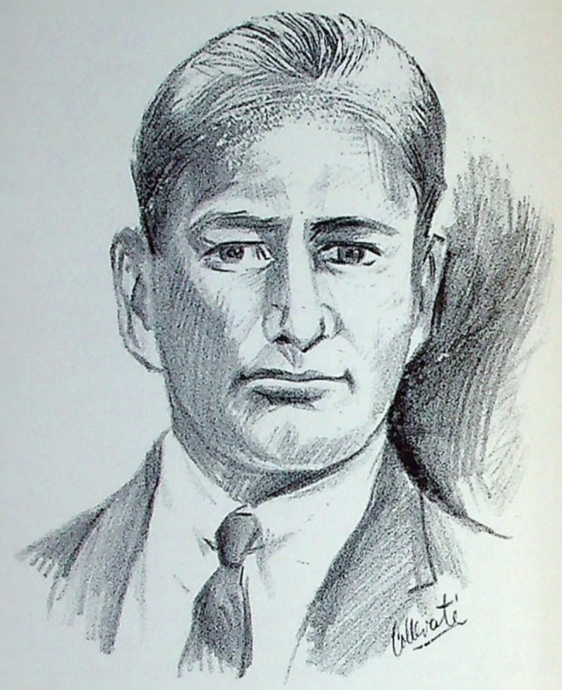
Sus versos, aún, parecen resonar en la ancha, verde y memoriosa comarca de sus valles aragüeños:

La noche, como Ruth, se hizo labriega.
Trigal celeste el de la noche indiga
que la hoz dorada de la luna siega.
Cada lucero es una rubia espiga.

Y mi alma, como Ruth, se hizo mendiga
y el trigo de oro en tu heredad allega;
pero nunca ha de hallar la senda amiga
que se abre en la parábola labriega.

Tú eres Selene en la égloga nocturna;
y como Booz una heredad agreste,
yo he de labrar mi vida taciturna.

Será una espiga rubia su decoro:
si ha de caer es bajo tu hoz celeste,
tronchada en una égloga de oro.



RAFAEL BRICEÑO ORTEGA.

¿Quién que haya pasado por Aragua, no ha oído, alguna vez, mencionar el nombre del poeta Briceño Ortega? ¿Quién que se haya acercado con simpatía, con ánimo cordial y disposición lírica, a las vertientes poéticas de Aragua, no ha sentido —como revelación de hombre y de poeta— el aletazo robusto de los versos de Briceño Ortega?

Dentro del ámbito regional aragüeño, el nombre de Rafael Briceño Ortega es otro de los timbres líricos que repercuten con saludable vigencia. Ceñidos a una rigurosa revisión de obras y de autores —estrictamente en el plano poético—, él asume un magisterio de primera categoría, puesto que se inscribe jerárquicamente en el grupo de los que, en su Aragua nativa, han hecho poesía digna de consideración, en todos los órdenes.

Inmerso en la corriente viva, densa y compleja del modernismo, Briceño Ortega se nos revela a los ojos contemporáneos es decir, a la altura de estos años nuestros tan llenos de mensajes diversos, de posiciones artísticas contrapuestas y de tendencias novedosas y revolucionarias en el campo literario—, se nos revela, repetimos, como un poeta que en su tiempo, respondiendo a los cánones líricos que presidían la gestión creadora de la época, cumplió acción fecunda y perdurable, donde hizo patente aquel decisivo entusiasmo de hazañosa realización estética que urgía su tránsito lírico.

Su recuerdo, en tal sentido, como poeta ubicado dentro de los límites temporales de una determinada

etapa de nuestra historia literaria, tiene que responder, indudablemente, a los valores estéticos predominantes en ese entonces —un "entonces" no muy lejano, por cierto, en nuestra apretada revisión de las letras patrias— y también a las exigencias de tipo humano que conformaban la realidad de su tiempo, que a la par que tiempo de carácter colectivo —que en tal plano influyó en su obra— fué tiempo individual, esto es, tiempo del poeta en sí, personal, propio, en el cual se halló requerido por insoslayables imperativos de orden espiritual, moral y político, también, que aunque no se muestran con visible huella en su mensaje lírico, se adivinan, se intuyen, mejor, en el desasosiego, en el temblor múltiple, en el desgarramiento noble que sus mejores poemas revelan con fuerza vibrante y apasionada.

Pues bien, plantados en ese firme terreno de las relaciones históricas, temporales y estéticas, —tan necesarias para la calibración crítica de una obra y de un autor— el juicio que ha de recogerse en el marco de la perspectiva actual tiene que ser un "juicio de relatividad". Y hemos de decir, con toda franqueza, que el balance que nos deja la obra lírica de Rafael Briceño Ortega, vista, sentida y analizada con sensibilidad profunda y simpatía cordial, no sólo satisface las exigencias de un espíritu riguroso, en el plano crítico esencial, sino que lo ubica a él mismo como personalidad definida y sobresaliente en su medio regional, Aragua, y como a un poeta merecedor de ser distinguido verdaderamente en la galería de los valores venezolanos del pasado. Tal la palidez intrínseca de su poesía y tal el fruto de su apasionado esfuerzo creador.

En Aragua, que tan celosa se muestra de su legado literario, principalmente poético, el nombre de Rafael Briceño Ortega se coloca casi siempre al lado del de Sergio Medina, el poeta aragüeño por excelencia. Esta distinción, de por sí, nos revela la preeminencia que el querer colectivo, popular en su más prístina esencia, ha asignado, con toda justicia, a otro de sus poetas desaparecidos, quien también después de llevar una existencia íntimamente ligada a la realidad de su comarca nativa, al mundo regional en que fincaba sus fuerzas creadoras, nos dejó una producción poética digna de ser recordada con respeto y simpatía.

Pues en él también se hizo patente esa que hemos dado en llamar "teoría del paisaje". Revisar su poesía, por eso, es recibir al mismo tiempo que un robusto mensaje lírico —cruzado por brillantes imágenes de neto sabor modernista y por una cierta corriente de románticas esencias, que tan bien confluían en el complejo de su expresión varonil— una lección decantada de luz, de sol, de verde tierno y numeroso, de tierra abierta y pródiga, todo lo cual emerge como símbolo solemne y persistente de la extendida campiña aragüeña.

Rafael Briceño Ortega, en su sitio, como poeta fiel a un destino temporal definido y a una vocación inquebrantable y lúcida, es figura rescatable, con todos los honores y merecimientos que se requieren, para integrar señeramente ese cuadro poético que Aragua se empeña en defender con tanto celo.



TRINO CELIS RÍOS.

Entre los más recientes poetas aragüeños muertos, hay que inscribir con dolor y cariño, a Trino Celis Ríos, esa figura cuyo recuerdo bordan las mejores líneas de la bondad y del acento cordial y humanísimo.

Dentro del concepto generacional —como medida de tiempo únicamente, y no como determinación de tendencia escolástica— Trino Celis Ríos pertenece al grupo de Sergio Medina y de Rafael Briceño Ortega. Pero, pese a este hecho, respondiendo como respondieron aquéllos a instancias de carácter modernista, su poesía de los últimos tiempos parecía haberse despojado de los alardes coloristas, de las bullentes imágenes, del múltiple aleteo de las metáforas, y del peso impresionista, plástico en última instancia, que fué norte y potencia de la poesía modernista de sus inicios, para llegar a conformar una expresión de densa y compleja síntesis verbal. En el sentido —advertimos— de que las galas excedentes del verso daban paso a una más recta y desnuda intención de comunicabilidad, que asentaba su fuerza especialmente en un lenguaje desprovisto de virtuosas resonancias, de broza metafórica, mejor dicho, para integrar un cuerpo poemático, si se quiere, más esencial y al propio tiempo más directo, más viable y concreto para la captación foránea.

Esta tendencia, reiteradamente manifestada por el poeta, vino a constituir —insistimos— una de las características fundamentales de sus versos en los últimos tiempos de su vida, denunciando, en tal sentido, una actitud de definida vigilancia estética y confirmando, a la par, su despierta sensibilidad para la "cosa nueva", cuya realidad llegó a apasionarle en grado extremo hasta el punto de que por allí quedan, en dispersa militancia, junto a sus versos sencillos y profundos, algunos intentos de penetración en las más recientes modalidades poéticas que interesaron a fondo su espíritu creador.

Precisamente, una de las virtudes primordiales de este poeta, si no la primera, tanto en la propia vida como dentro de la órbita de aquella obra poética que realizaba pacientemente, fué la de estar siempre, a cada instante, alerta al fuego profundo y al temblor de actualidad que los años traían —en su plena función de contemporaneidad— para su experiencia de hombre ya maduro en exigencias e instancias vitales verdaderas. Por eso se habló siempre a su alrededor, de su "perenne juventud", esto es, de ese sentido agudo de captación temporal que le permitía acomodarse, espiritualmente hablando, a las urgentes fórmulas de la realidad creadora. Y si supo compartir vida nueva y urgente, cada vez, con los jóvenes que a él se acercaban en demanda de intercomunicación lírica, no es menos cierto que en la modulación de su verdad poética, supo también ser fiel —en su más fecundo ejercicio— con esa disposición insobornable de su ánimo.

Hay que decir a este respecto, que fué nutrido por una vasta cultura literaria y que su conocimiento poético pasaba fácilmente de las profundidades orgánicas de los autores franceses —parnasianos, simbolistas y modernos, hasta los surrealistas— hacia las notas más entrañables de la lírica castellana, con los clásicos y contemporáneos. Entre sus predilecciones asomaba, por ejemplo, una Santa Teresa, un Fray Luis de León, un Góngora, un Garcilaso, de los antiguos; y Antonio Machado, Unamuno, Juan Ramón Jiménez, García Lorca, conjugaban su fervor para las nuevas voces hispanas. Y de los franceses era manifiesta su adhesión para esa pura y delgada claridad lírica de Francis Jammes.

Todas esas notas confluyeron armoniosamente para dar sentido personal, intransferible, a su poesía. Poesía por la que cruzaba, en suaves ondas subterráneas, el agua densa y numerosa del amor: sentimiento y fuerza que le nacían, es lo cierto, de una predisposición real e idealista, a la vez, de un estado espiritual generoso y humano, permanente y creador.

Ese tono amoroso se veía continuamente más bien que interferido, alimentado, nutrido en su prístina esencia, por los ecos profundos de una posición filosófica peculiar, y arrancados esos ecos a las experiencias continuas que el tránsito existencial procuraba a su alma, entera y erguida frente al embate de los días mortales que cerraban su círculo de sueños y esperanzas.

Fué, además, y por sobre todo, un poeta panteísta, un poeta dotado de claridad elemental y de emoción sincera por el pujante mundo tropical de su región nativa. He allí el otro signo de su poesía, en la que entronca con la tradición constante de la lírica aragüeña y en donde manifiesta, por otra parte, la influencia del grupo a que inicialmente perteneció.

A pesar de que escribió con ahinco y constancia verdadera, aunque muy dado al pulimento, no nos pudo dejar, a su muerte, una obra estructurada orgánicamente. La unidad de sus poemas hay que irla a buscar más que en otras fuentes, a esas notas que dejamos reseñadas: su permanente estado amoroso, el tinte filosófico de sus versos, su posición panteísta y la claridad juvenil y actual de su acento.

Fué, no hay que dudarlo, un poeta de tono menor, un poeta de contorno regional, apegado a su tierra y en ella consustanciado en unánime recogimiento espiritual. Pero, al mismo tiempo, un poeta que transciende el círculo de su pequeño mundo creador, por las ansias que respaldaban el vuelo de su poesía y por ese maravilloso sentido de lo contemporáneo que supo imprimir en todo momento a su vida y a su obra.

Y tal el perfil que recogemos de Trino Celis Ríos, poeta de Aragua, perteneciente a esa estirpe de hombres cuya labor, en cualquier rama de la actividad humana, honran a un gentilicio y a un pueblo.



JULIO MORALES LARA

Julio Morales Lara fué otro poeta que sintió el influjo del paisaje y la poderosa atracción de su tierra nativa. Fué, también él, lo mismo que Sergio Medina, un cantor apasionado de los valles aragüeños, de ese encantamiento rural que emerge de sus contornos lugareños, y participó, igualmente, en una fase más pronunciada y categórica del nativismo venezolano, emparentada su función creadora con aquel vigoroso movimiento que encarnó entre nosotros la aventura de los llamados "vanguardistas".

Es curioso, precisamente, ese fenómeno que se produce en los poetas de Aragua, ya observado por nosotros en Sergio Medina: que aun perteneciendo, participando o insinuándose en determinadas parcialidades o tendencias estéticas, de las muchas que se han verificado en el transcurso histórico de nuestra afirmación lírica, los poetas aragüeños se "salvan", en el mejor sentido creador, esto es, intemporalmente, al arraigar o fundamentar su gestión poética en la atracción primordial de sus lares nativos. En tal forma que, siendo eso para ellos una *constante* terrígena, integran a su modo y salvando las naturales distancias y diferencias que el tiempo impone a la producción poética, una peculiar

corriente nativista, en donde los elementos fundamentales de la vida regional confluyen poderosamente hasta organizar una unidad lírica fundamental. Revísese a lo largo y ancho del panorama poético de Aragua, aún hasta nuestros días, con los más recientes y brillantes poetas con que cuenta ese Estado, y se verá cuán acertado y justo es este juicio.

Morales Lara, a tal respecto, constituyó, dentro de la totalidad de poesía, una recia nota nativista, en la cual se manifestaba la autenticidad de su voz esencialmente venezolanista, tan personal y propia, tan aislada en sí misma en cuanto a la individualización de la verdad lírica, que no es nada aventurado afirmar aquí que la validez de su esfuerzo creador trasciende con señero dominio del marco estrictamente regional en el que el poeta inicia su limpio mensaje terrígeno, hacia otra más vasta y compleja dimensión poética, contenida, precisamente, en esa aventura afirmativa del nativismo venezolano.

Julio Morales Lara, como poeta —hemos escrito en otra oportunidad— era, ni más ni menos, que la afirmación rotunda de una decantada emoción nacional, pero que le nacía, como de un hondón insobornable, de aquella apasionada querencia en que anudaba su recia condición de aragüeño integral. En él, como en muchos de sus compañeros de letras, allá por los años de su mejor actividad literaria, esto es, durante el período que corre del año 25 al 36, había acertado que en la entraña primitiva y pura del pueblo, en los temas de genuina extracción venezolana, en la tradición y en la esperanza, en la claridad del júbilo diario o en la desnuda evidencia de una realidad amorosamente circundada por savias poderosas, palpitaba un secreto, un hondo temblor poético. Esto es, la concreción de un impulso creador que aseguraba su expresión en los valores netos, reales, de la tierra venezolana.

Morales Lara participó, desde sus comienzos y con un entusiasmo ejemplar que nunca desmayó, en aquella cruzada poética que venía a rescatar, con cierto carácter de rito profundamente humano, la veta nacionalista un poco olvidada ante el empuje de distintas y vigorosas corrientes líricas foráneas que penetraban nuestro mundo poético, entre ellas, en primer término, los restos aún apasionantes del modernismo rubeniano.

Cierto que Morales Lara militó en aquel movimiento que, genéricamente, se ha dado en llamar "vanguardismo" —y que debe entenderse más que todo como una expresión de rebeldía contra las fórmulas cómodas y ya caducas de una poesía que repetía temas y argumentos y que defendía celosamente, con arrogante actitud, los valores estrictamente formales y ya periclitados, sin atender a la vida misma del poema—. Pero ha de decirse al mismo tiempo, que esta participación, lírica, creadora, del poeta, no fué una sujeción estricta, una dependencia absoluta de los cánones que tal tendencia entrañaba en el ámbito literario de entonces, pues las notas de su personalidad poética ya estaban definidas, maduras, nutridas de entrañas palpitantes, reveladas con fuerza afirmativa. En tal forma que el "vanguardismo" en él no vino a significar, en el fondo, y entendido como movimiento nacido en un rapto de libertad creadora, sino un vehículo ágil, un instrumento de novedad pujante, para poner a vivir, con todo el ardor en que se manifestaba, aquella corriente de poderosa revelación, de profunda y certera claridad interior, tendida, apasionadamente, hacia la verdad de las cosas elementales de nuestro suelo, en su integración telúrica y humana.

Por eso repetimos aquí lo que hemos dicho en otra parte: los versos de Morales Lara pertenecen a una definida corriente venezolanista. Los poemas de sus libros "Savia" (1930), "Múcura" (1935), "En la honda un lucero" (1943), son acabada manifestación de un bien entendido nativismo que rescata los valores fundamentales de una realidad (tierra, hombre y ambiente). Su palabra lírica supo acercarse entusiastamente a las intransferibles calidades del alma venezolana y de ellas volvió acrecida en la emoción y en la embriaguez de un amor sentido profundamente. Y a la par, en la poesía de Morales se tropieza la sensación directa, la ternura, el colorido y la gracia de una expresión noble y robusta, donde la sencillez misma es una cualidad más.

La suya fué, por eso, una poesía que se dió plenamente al sabor de lo popular, pero en sus mejores posibilidades. Su temperamento, sus mismos sentimientos respondían a esa orientación y a través de toda su actividad como poeta supo conservar esa línea cordial, de simpatía hacia el pueblo y hacia sus cosas, y de mostrar la fidelidad a ese punto de partida que hemos señalado como saludable para la poesía venezolana. Por eso, examinar la producción de este poeta aragüeño es encontrar, desde el primero hasta el último poema, una misma sangre, un mismo fervor, una idéntica fuerza y un ejemplar designio de amor por el terruño, de amor por lo venezolano...

ALGUNOS CAMBIOS EN LA ECONOMIA AGRICOLA VENEZOLANA

EPOCA DE TRANSICION

por MAURICIO BAEZ

Venezuela ha sido un país agrícola desde la época colonial hasta alrededor del primer cuarto del presente siglo, exportando principalmente café y cacao, cambiando este tipo de productos en el comercio internacional por artículos manufacturados.

A partir de 1917, año en que la exportación de petróleo comenzó a ser de importancia, se fué operando una transformación en su estructura económica. Los ingresos del Gobierno aumentaron de modo considerable, la inversión del Presupuesto Nacional distribuyó entre los diversos sectores económicos los impuestos provenientes de la explotación de hidrocarburos. El crecimiento de los ingresos del Tesoro puede apreciarse en los datos a la derecha.

A partir de 1944 la exportación de petróleo ha crecido mucho, haciendo su influencia económica más notable. Como consecuencia, nuevas oportunidades de empleo aparecieron, los salarios experimentaron un alza apreciable, las personas fueron hacia las ciudades en busca de mejores oportunidades de vida y trabajo. El porcentaje de población urbana en relación a la rural se ha ido incrementando, los censos arrojaron las siguientes cifras por las cuales se puede apreciar un aumento en la proporción de población urbana de 16% en 14 años:

Censos	1936	1941	1950 (a)
Población urbana	34% (5)	41% (6)	50% (7)
Población rural . .	66% (5)	59% (6)	50% (7)

El criterio adoptado para clasificar a la población como urbana es el de pueblos que tengan, aproximadamente, más de 1.000 habitantes.

(a) — *Cifras provisionales.*

(b) — *Los números entre paréntesis se refieren a bibliografía, la cual aparece al final.*



MAURICIO BAEZ, venezolano nacido en Caracas en 1919. Se graduó de Ingeniero Agrónomo en la Universidad Central en 1945, y de Master de Ph. D. en Economía Agrícola en la Universidad de Wisconsin, E.U.A., 1952. Trabajó como Agrónomo del MOP y fué Director del MAC. Ha publicado varios trabajos sobre obras de riego y temas relacionados con la agricultura. Actualmente es director del Servicio Shell para el Agricultor ubicado en Cagua, Edo. Aragua.

Además, los efectos de los cambios en los porcentajes de población urbana y rural se han hecho sentir con más fuerza por el crecimiento rápido del número de habitantes del país en los últimos años.

Sin embargo la industria petrolera emplea en realidad un pequeño porcentaje de la población activa venezolana (del 2 al 3%), pero la influencia de esta industria se multiplica en forma principal a través del presupuesto nacional y de otras actividades económicas.

Debido a la creciente demanda y a la abundancia de divisas, el comercio importador se ha desarrollado enormemente. Muchos artículos han pasado a ser de uso general, ampliándose en esa forma su mercado. Algunas industrias locales de sustitutos han dispuesto así de un mercado ya establecido para su producción. Las importaciones de Venezuela han sido las siguientes durante los últimos años:

(a) — *Cifras provisionales.*

PRODUCTOS	Año 1949 (8)		Año 1952 (9)	
	Tons.	Miles de Bs.	Tons.	Miles de Bs.
Ajonjolí	2.980	2.010	9.180	7.169
Coco y Copra	7.155	4.327	15.936	7.333
Azúcares no especificados	52.323	19.672	30.631	10.666
Frutas frescas	13.140	9.565	16.488	14.815
Jugo esterilizado de frutas	21.270	13.672	10.107	6.805
Huevos de aves	7.170	15.535	11.645	23.267
Leches conservadas	27.026	70.187	33.071	82.155
Queso	2.854	8.708	4.838	12.646
Papas no especificadas	29.641	5.386	34.629	6.428
Arroz en grano descascarado	22.408	16.095	2.502	1.812
Productos Alimenticios, Comestibles y Bebidas				
Total General	403.193	372.491	423.796	390.879

Las importaciones de productos agrícolas han aumentado considerablemente, reflejando el alza de la demanda, debido a los mayores ingresos por habitante, el crecimiento de la población y la insuficiencia de la producción agrícola para satisfacerla. A continuación aparecen algunas cifras acerca del monto de las importaciones para algunos artículos que se podrían producir en el país o ser sustituídos por otros similares de producción local.

Hay muchos otros productos agrícolas cuya importación es también bastante elevada.

Como consecuencia de la situación expuesta, la agricultura venezolana está atravesando por un período de reajuste y ha tenido que resentirse, no ha podido la producción equipararse a la demanda, porque los sistemas tradicionales de cultivo no estaban adaptados a los cambios operados. Los que se aferraron a los antiguos métodos de producción encontraban difícil producir en forma económica. El volumen de cosechas proveniente de esas fincas es seguro que ha ido disminuyendo. Unos cuantos venezolanos al principio y muchos después, comprendieron que en una situación económica diferente era necesario también usar métodos diferentes y así se ha desarrollado un nuevo tipo de agricultura en Venezuela en el cual el factor capital, unido a la técnica, juega un papel cada vez más importante. Los agricultores se han dado cuenta de que las circunstancias económicas han cambiado; a nadie se le ocurre ya realizar una siembra comercial por el sistema de conuco, es decir, empleando gran cantidad de brazos, sino que se utilizan mayor cantidad de otros factores de producción. Ya en una finca no basta tener un determinado número de machetes y escardillas como implementos de trabajo, sino que es necesario hacer cuantiosas inversiones en equipos agrícolas.

La producción agrícola venezolana se ha mantenido porque frente a la disminución de la misma en las fincas que emplean métodos rudimentarios, ha existido como compensación el incremento del área cultivada por procedimientos más de acuerdo con la situación presente. Se puede decir que los nuevos sistemas están desalojando a los antiguos progresivamente. Ante una forma de agricultura que desaparece va surgiendo otra donde el uso del capital y de la técnica son más necesarios. Durante este período es indudable que el porcentaje de la producción total proveniente de fincas donde se hace mayor uso del factor capital ha ido en continuo aumento. La producción venezolana de algunos artículos ha crecido, especialmente en los últimos años. A continuación van datos al respecto:

PRODUCTOS	1940	1945	1950	1952
	en miles de Toneladas métricas			
Azúcar	19	27	50	65
Carne (beneficio de ganado)	64	70	87	86
Pescado fresco	8	15	29	32
Arroz descascarado (beneficio)		12	8	28
	en millones de litros			
Leche Cruda (D.F.) - (a)		14	18	25

La transformación que se va operando en el campo se puede apreciar considerando el incremento que va tomando la mecanización agrícola, el número de tractores va continuamente aumentando, como lo indican las siguientes cifras:

	1944	1947	1950	1952
Miles de tractores:	1,5 (10)	4,4 (11)	7,7 (11)	10 (b)

El desarrollo de importantes mercados por el aumento del porcentaje de población urbana en relación a la total y el crecimiento del número de habitantes han hecho posible el establecimiento de la producción en mayor escala. A principios de siglo el café, el cacao, la caña de azúcar y los cocoteros eran quizás los únicos cultivos que se realizaban en escala comercial. Casi todas las otras cosechas se cultivaban en pequeñas parcelas o en conucos quedando un pequeño remanente para la venta después de satisfacer las necesidades del agricultor, pero en esa época la mayor parte de la población era rural y se autoabastecía; sólo existían pequeñas ciudades para alimentar, las cuales, debido a las dificultades de transporte, obtenían la mayor parte de los productos que necesitaban de los campos de sus alrededores. Desde esa época hasta el presente, varias clases de cosechas, contando con una demanda suficiente, han ido abandonando el conuco o las pequeñas parcelas y se han ido estableciendo como cultivos de carácter comercial; tal es el caso del maíz, del arroz, los cambures o bananos, los tomates, etc. Lo mismo podría decirse de la lechería, la avicultura, la apicultura, etc.

(a) — *Corresponde a la leche recibida en el Distrito Federal.*

(b) — *Estimación del autor.*

Intervención del Estado

El Gobierno Nacional, comprendiendo la necesidad de transformar los sistemas agrícolas, inició un período de mayor intervención en este campo mediante la creación del Banco Agrícola y Pecuario, en 1928; luego del Ministerio de Agricultura y Cría y la Facultad de Ingeniería, en la década de los treintas, y de la Corporación Venezolana de Fomento, en la década de los cuarentas. Por medio de la acción de estos organismos se ha suministrado a la agricultura capital y técnica para poder cambiar los métodos tradicionales por los modernos que las distintas circunstancias económicas reclamaban; la acción de estas organizaciones se ha hecho sentir, pero todavía es mucho lo que falta por hacer para situar a la agricultura venezolana sobre bases económicas firmes. También el Gobierno Nacional, para favorecer el empleo de mayor cantidad de capital en las empresas agrícolas, declaró mercancías libres del pago de derechos de importación la maquinaria agrícola, los abonos, los animales vivos, etc. Por otra parte, la rebaja hasta cifras insignificantes de los impuestos sobre combustibles y lubricantes han favorecido el incremento de la mecanización agrícola. Además, la construcción de algunas obras de riego ha contribuído a intensificar la agricultura de ciertas regiones.

La construcción de buenas vías de comunicación ha permitido una ampliación del área de abastecimiento de los mercados, haciendo posible el establecimiento de nuevos centros de producción comercial donde antes, debido a las dificultades del transporte, sólo se producía lo suficiente para el consumo local, especialmente en el caso de los productos perecederos. También, como una consecuencia de las mayores facilidades de intercambio, poco a poco va apareciendo la especialización regional, y así por ejemplo en los valles de Aragua el área cultivada de hortalizas, de caña de azúcar y la lechería van en continuo aumento ocupando los antiguos potreros dedicados a la ceba de ganado. En San Cristóbal (Estado Táchira), se toma leche pasteurizada procedente del Zulia. En Caracas, durante el invierno se comen tomates producidos en Lara y Falcón, cuyo clima seco permite obtener buenos rendimientos en esa época.

La inmigración ha favorecido el desarrollo agrícola y en algunos ramos, tales como el de las hortalizas, el incremento de su producción se debe casi exclusivamente al esfuerzo de los inmigrantes.

El mejoramiento ocurrido en las condiciones sanitarias, especialmente el control del paludismo, han hecho posible que la zona cálida de la nación se incorpore a la producción agrícola; pueblos que se encontraban en plena decadencia han vuelto a resurgir, las sabanas y bosques de algunas zonas van transformándose en campos de cultivo y empiezan a jugar papel importante en la economía nacional. Esta transformación es en particular notable en ciertos Estados como Portuguesa, Cojedes y Barinas.

Conclusión

La Agricultura venezolana está en continua evolución atravesando por un período de reajuste y transición, donde lo rutinario y lo moderno se encuentran mezclados, y donde los cambios económicos van haciendo posible una mayor productividad por habitante dedicado a las faenas agrícolas.

BIBLIOGRAFIA

1 — *"Economía y Finanzas de Venezuela desde 1830 hasta 1944", por Ramón Veloz. — Comité Organizador. — Tercera Conferencia Interamericana de Agricultura. — Caracas. — 1945.*

2. — *"Anuario estadístico de Venezuela 1951". — Dirección General de Estadística y Censos Nacionales. — Caracas - 1953.*

3 — *Banco Central de Venezuela. — Memoria 1951.*

4 — *"Boletín Mensual de Estadística". — República de Venezuela. — Ministerio de Fomento. — Dirección General de Estadística. — Agosto 1953. Año XIII, Mes 8, Nº 8.*

5 — *Sexto Censo de Población 1936. — Ministerio de Fomento. — Dirección General de Estadística. — Caracas, 1940.*

6 — *Séptimo Censo Nacional de Población 1941. — Ministerio de Fomento. Dirección General de Estadística. — Caracas, 1947.*

7 — *"Datos Preliminares" suministrados por la Dirección General de Estadística.*

8 — *"Estadística Mercantil y Marítima de Venezuela 1949". — Ministerio de Fomento. — Dirección General de Estadística y Censos Nacionales. Caracas, 1953.*

9 — *"Boletín de Estadística". — Año XIII, Mes 1, Nº 1. — Enero de 1953. Ministerio de Fomento. — Dirección General de Estadística.*

10 — *"Memoria y Cuenta de Agricultura y Cría 1945. — Tomo I.*

11 — *"Petroleum Press Service". — Vol. XX. — Nº 5. Mayo 1953. — London.*



Arte Fotográfico



Zoltan Karpati nació en Budapest, Hungría, el año de 1910. Estudió en la Escuela de Bellas Artes de su ciudad natal (1928-1930) y siguió un curso de cinematografía en la Academia Cinematográfica de París (1930-1935). Fué camarógrafo de las películas realizadas en su país con el título de "Aguilas Húngaras" (1939) y "La Canción de Rakocy" (1940). Vino a Venezuela en 1948 y estableció un estudio fotográfico en Coro, Edo. Falcón. En nuestro país ha realizado varios documentales cinematográficos, entre los cuales se destaca el titulado "Falcón, tierra de contrastes", por encargo del gobierno de dicho Estado. Actualmente trabaja para la Unidad Fílmica de la Shell en Venezuela. Las fotos de Karpati que reproducimos en esta sección son una muestra de su talento artístico, así como de su entusiasmo por la dramática belleza del paisaje y de los tipos venezolanos.



Naturaleza muerta



Médanos de Coro



Pescador en Chichiriviche



CARACCIOLO PARRA PEREZ, abogado, historiador y diplomático venezolano nacido en Mérida en 1888. Es académico de la Historia y de la Lengua, y miembro correspondiente de otras instituciones similares de España y de América. Ha sido representante de Venezuela en diversos países de Europa, Ministro de Instrucción Pública y de Relaciones Exteriores y Encargado de la Presidencia de la República. Actualmente es delegado permanente de Venezuela ante la Unesco. Dedicado especialmente a los estudios históricos, ha publicado numerosas obras, a las cuales se suma ahora "Mariño y la Independencia de Venezuela".

Antecedentes Inmediatos del "Congresillo" de Cariaco

por C. PARRA-PEREZ

Publicamos uno de los capítulos del II tomo de la obra del Dr. Caracciolo Parra-Pérez titulada "Mariño y la Independencia de Venezuela". Este volumen, próximo a circular, se denomina "El Disidente", y abarca el período 1815-1819, época de confusión y anarquía en el campo patriota, pero que marca también la definitiva afirmación de la preponderancia del Libertador sobre todos los jefes patriotas y el afianzamiento de su autoridad indiscutible. En el presente capítulo el autor expone los antecedentes inmediatos del famoso "Congresillo" de Cariaco, que se reunió bajo los auspicios de Mariño en mayo de 1817. El caudillo oriental organizaba entonces nuevas tropas para hacer frente a la inminente ofensiva realista. El ejército que había llevado meses antes a Barcelona en auxilio de Bolívar, le abandonó por la abierta rebelión de sus jefes divisionarios Bermúdez, Valdés y Armario. Esperamos que la obra de Parra-Pérez aclare definitivamente para la historia este episodio hasta ahora no bien conocido ni presentado imparcialmente por los historiadores.

XII

Amar más la libertad de mi patria que dominarla

Pero si, como creemos haberlo demostrado, no existe prueba alguna de que Mariño haya estorbado la ejecución de tal o cual plan militar, por negligencia o maniobras cuya responsabilidad pueda atribuírsele, no es menos cierto que, a partir de su regreso a la provincia de Cumaná, su conducta va a convertirle durante los siguientes meses no ya en émulo de Bolívar, como en 1813 ó 14, sino en su rival y enemigo. Grave situación aquella en que se coloca el héroe, que ningún escritor ha tratado de explicar o al menos de exponer con imparcialidad, y que, por tal razón, determina los juicios más severos de que sufre su personalidad histórica.

Dos cuestiones debieron de ofrecerse como primordiales a la reflexión de Mariño mientras caminaba la vuelta de Cumaná: la reconstitución de su ejército y el establecimiento en cualquier forma, de su autoridad orgánica que reemplazase en cuanto a menesteres no militares de gobierno la ambulante y precaria dictadura y el despotismo de los caudillos. A resolver ambos problemas le veremos aplicarse desde su llegada, y sus esfuerzos, aunque a la postre fracasaron, no son menos dignos de que se los considere con espíritu de justicia.

Entremos desde luego en el estudio del punto, no diremos más debatido porque sobre él no ha habido debate, sino condenación pura y simple, cuando no fáciles sarcasmos. Se trata de una de las materias menos exactamente conocidas de la historia venezolana: el congreso y gobierno creados en Cariaco.

Desde luego, recordemos algunos antecedentes cuya enumeración es indispensable para formar juicio y explicarse el desarrollo de los hechos. Ya referimos la iniciativa tomada por el doctor Peña para concentrar el mando de las partidas insurgentes orientales en manos de Monagas y dar a éste una especie de consejo o asesoría. Más reveladora aún del estado de espíritu de muchos próceres en cuanto a la necesidad de establecer lo que Mariño de Briceño llamará "un orden cualquiera de gobierno", fué la tentativa, coronada de efímero buen éxito, realizada en Apure, cuando, por julio de 1816, el coronel Miguel Valdés, enfermo, reunió en Arauca una junta para que le nombrase sucesor en el mando del ejército. Los oficiales neo-granadinos y venezolanos "considerando —escribe Yanes, testigo y actor del hecho— que ni en la Nueva Granada ni en Venezuela había un gobierno conocido, convinieron en que no sólo debían nombrar un jefe para mandar el ejército sino también un gobierno adaptado a las circunstancias en que se hallaban, y, casi por unanimidad, fué nombrado presidente el teniente coronel Fernando Serrano, gobernador que había sido de la provincia de Pamplona, sujeto de apreciables circunstancias y patriota muy distinguido, y por ministro secretario al ciudadano Francisco Javier Yanes. Eligiéronse al mismo tiempo como consejeros de Estado a los generales Urdaneta y Serviez y como comandante del ejército al coronel Santander. Fué lo que se llamó gobierno de Guasdualito. Se sabe cómo un motín echó por tierra ese flamante gobierno y dió el mando a Páez. Lo curioso de tal motín fué que no lo hicieron los militares sino los civiles: Pumares, Briceños, Pulidos, y los eclesiásticos Méndez y Lobatón. Serrano, Urdaneta y Serviez se inclinaron, mas Santander y Yanes protestaron contra la "ilegalidad" del golpe. Páez aseguró que tomaba el mando "hasta que se presentase el general Bolívar", cuyo desembarco en Oriente se sabía. Es aquella la primera vez que Páez se sirve de los "abogados" o que éstos le utilizan, a fines de mando y poder. Por lo demás, es posible que la causa no menor del derrumbamiento del gobierno de Guasdualito haya sido la repugnancia de los llaneros venezolanos a verse "gobernados" por extranjeros: los neo-granadinos Serrano y Santander, el francés Serviez, el español cubano Yanes. Poco después Páez ganó el combate del Yagual. Urdaneta resolvió abandonar el campo de operaciones de Apure y marchó a Oriente, como hemos visto.

Mas la necesidad de constituir un gobierno se había hecho sentir sobre todo en el espíritu del Libertador mismo, a quien hemos visto hacer promesas formales desde Haití. Brión y Zea eran quienes con mayor fuerza insistían en aquel sentido. Según Ducoudray-Holstein, Bolívar sedujo a Arismendi desde su llegada a Margarita dándole la seguridad de que reuniría un congreso tan pronto como las cosas se arreglasen un poco en Tierra Firme. En una proclama de 8 de mayo de 1816, en Villa del Norte, dice el Libertador: "El Congreso de Venezuela será nuevamente instalado donde y cuando sea vuestra voluntad. Como los pueblos independientes me han hecho el honor de encargarme de la autoridad suprema, yo os autorizo para que nombréis vuestros diputados en congreso, sin otra convocación que la presente; confiándoles las demás facultades soberanas que en la primera época de la República". En Ocumare, el 6 de julio, otra promesa, aunque, esta vez, subordinada a la toma de Caracas: "Luego que tomemos la capital convocaremos el Congreso general de los representantes del pueblo y restableceremos el gobierno de la República". De nuevo en Margarita, de regreso de Haití, el 28 de diciembre, final excitación: "¡Venezolanos! Vosotros me habéis confiado la autoridad en los dos últimos períodos de la República. Vosotros me habéis obligado a subir al tribunal y a combatir en el campo. No he podido a la vez llenar tan opuestos destinos. La patria ha sufrido en la administración y en la guerra. Vencedor, no he podido alcanzar los frutos de la victoria, por atender a los cuidados del gobierno. La justicia, la política y la industria han sufrido, cuando me he ocupado de defenderos. Así, una necesidad imperiosa exige inmediata instalación del congreso para que tome cuenta de mi conducta, admita la abdicación de la autoridad que ejerzo y forme la constitución política que deba regiros... Vosotros habéis sido convocados por mí desde el mes de mayo para constituir el cuerpo legislativo, sin prescribiros restricción alguna, autorizándoos para escoger la época y el lugar. No lo habéis hecho: los sucesos de la guerra os lo han impedido; pero ahora debéis apresuraros a ejecutarlo como las circunstancias lo dictan. La patria ha estado y estará frecuentemente en orfandad en tanto que el magistrado sea un soldado. Las vicisitudes de la guerra son tan varias y terribles, que apenas pueden preverse, mucho menos evitarse; las transacciones del gobierno exigen un establecimiento más constante. Un mismo hombre no puede moverse y estar en reposo. Vosotros, pues, debéis dividir las funciones del servicio público entre muchos de los ciudadanos que posean las virtudes y el talento que se requieren para el ejercicio del poder... Nombrad vuestros diputados al congreso. La isla Margarita está completamente libre: en ella vuestras asam-

bleas serán respetadas y defendidas por un pueblo de héroes en virtud, en valor y en patriotismo. Reunios en ese suelo sagrado, abrid vuestras sesiones y organizaos según vuestra voluntad. El primer acto de vuestras sesiones será celebrado por la aceptación de mi renuncia". Y el Libertador prevé aún, en su proclama, que entren de nuevo a ejercer funciones públicas los antiguos titulares de 1812: "No obstante que su autoridad ha prescrito —dice— yo los habría convidado a continuar de nuevo el gobierno de la República".

La opinión corriente entre los patriotas era que no debía posponerse la reunión de un congreso, por ser cosa urgente y que se desprendía forzosamente de las proclamas del Libertador en Margarita, a su segundo regreso de Haiti. Corrobóralo así cuando Forsyth escribía a Irvine sobre la acogida de aquél por Arismendi: Bolívar "después de haber publicado varias proclamas, *todavía con lenguaje de Jefe Supremo* (subrayado en el texto) convocó un Congreso en Venezuela. Como usted ha visto esta proclama, es innecesario comentario alguno de mi parte. El general Bolívar llegó a Barcelona el 1º o el 2 de enero y fué recibido por Arismendi..."

Después de leer aquellas proclamas y los demás textos citados, causan verdadero estupor las agrias censuras, las injurias, las arbitrarias imputaciones que se han hecho a los próceres de Cariaco por su tentativa de acatar lo que a todas luces aparecía como sincero deseo y voluntad de Bolívar de que se "civilizase" el gobierno, se dividiesen sus atribuciones y se diera algún asiento a los poderes públicos. Hay más: en Cariaco se trató de crear el gobierno de que carecía la República. Es cierto que el Libertador hablaba en Barcelona, por enero de aquel año, de un consejo provisional del Estado y se valía de tal expresión, por ejemplo, cuando nombró a López Méndez y a Andrés Bello para que gestionasen en Londres armas, municiones y dinero. Pero aquel "consejo" no existía sino en la fecunda imaginación del grande hombre que no holgaba jamás y quien entonces quería calmar a los impacientes que sin cesar también recordaban sus citadas promesas sobre la reunión de un congreso.

Existe otro texto bolivariano de influencia aún más decisiva que los arriba mencionados en la reunión de Cariaco por cuanto de él pudo prevalecerse como de cosa propia el hombre que mayormente participó en los sucesos y los formalizó: Cortés y Madariaga. Se sabe, por papeles que el autor de la presente obra copió de los archivos ingleses, cómo fué debido a insistencia del Príncipe Regente y del gobierno británico ante el español, por órgano de Vaughan, sucesor de Sir Henry Wellesley en la embajada de Cádiz, que Madariaga y sus compañeros de cautiverio fueron al fin devueltos a la libertad en diciembre de 1814. Por enero de 1816 Roscio, Juan Pablo Ayala y Juan Paz del Castillo llegaron a Jamaica, según consta de una nota del ministro Cevallos al embajador inglés. No se menciona en ésta a Madariaga, pero es seguro que iba también con aquéllos, o que se les juntó muy poco después. El gobierno español esperaba que las autoridades británicas impidiesen a los nombrados reanudar sus maniobras revolucionarias. El 25 de junio lord Castlereagh instruyó a Vaughan del asunto: si Inglaterra pidió la libertad de los patriotas venezolanos fué porque desaprobaba la manera como les entregó el gobernador de Gibraltar, ciudad donde se refugiaron; pero no se les darán en Jamaica facilidades para seguir a Venezuela y si se averigua que comunican con esta provincia serán expulsados de la isla. Va a verse, no obstante, que, si Madariaga dijo la verdad, y así lo parece, los ingleses se sirvieron de él como transmisor de sus planes y política ante los corifeos insurgentes. Instalado en Jamaica, el canónigo siguió conversaciones con las autoridades y no tardó en convencerse de que no podía obtenerse reconocimiento al menos de beligerancia y auxilios eficaces de parte de Inglaterra sin que se estableciera en Venezuela un gobierno cualquiera que cubriese con formas civiles la dictadura puramente militar existente. Tal será el móvil de sus actos y la inspiración de su política, para cuya aplicación debería desde luego y ante todo contarse con la anuencia y apoyo de los dos jefes de la República, Bolívar y Mariño. Con ambos entró en correspondencia Madariaga. Dos cartas recibió éste del Libertador, una de setiembre, otra de 26 de noviembre de 1816. De la segunda, única que nosotros conocemos, es el siguiente párrafo a que arriba aludimos y que resulta de suma importancia para el tema que nos ocupa. El Libertador estaba en Haití y se preparaba a volver a Venezuela, con su segunda expedición: "Parto —escribía— con la esperanza de ver a usted muy pronto en el seno de la patria, cooperando eficazmente a la construcción del grande edificio de la República. En vano las armas destruirán a los tiranos, si no establecemos un orden político capaz de reparar los estragos de la revolución. El sistema militar es el de la fuerza y la fuerza no es gobierno: así, necesitaremos de nuestros próceres, que, escapados en tablas del naufragio de la revolución, nos conduzcan por entre los escollos a un puerto de salvación. Usted y nuestros amigos Roscio y Castillo harían un fraude a la República si no le tributasen sus virtudes y talentos, quedándose en una inacción que sería muy perjudicial a la causa pública". Obsérvese, en apoyo de cuanto dijimos en alguna parte respecto a las relaciones de Bolívar con algunos próceres caraqueños, que éste no nombra aquí a Ayala.

Madariaga, auxiliado por los almirantes de Jamaica y de Barbada, marchó a Margarita, a mediados de abril de 1817, en la "balandra" *Brazen*. Forsyth dice que el canónigo llegó a ésta en un bergantín inglés y que al mismo tiempo que éste ancló en Pampatar el capitán Stirling con la *Brazen*, la cual como sabemos, no era una balandra sino una corbeta de guerra, enviada a aguas venezolanas para reclamar contra el apresamiento de algún barco y sin duda también contra todas las medidas de bloqueo tomadas por los patriotas y que creaban grandes dificultades al comercio inglés y extranjero en general. "Por este tiempo —escribe Forsyth— llegó a Pampatar el canónigo de Chile Cortés de Madariaga en un bergantín inglés y en compañía de la *Brazen*". Notemos, de paso, que la nacionalidad del barco de comercio que llevó a Madariaga no indicaría por fuerza y por sí sola que las autoridades de Jamaica intervinieran directamente en su viaje. Sin embargo, es también de señalarse la relación estrecha que el canónigo establece entre su dicho viaje y el hecho de que Stirling fuese encargado de correspondencia oficial para los jefes patriotas.

Llevaba Madariaga a Venezuela no sólo su espíritu inquieto y agitador, del cual era menester desconfiar muy particularmente, sino también parecía llevar una misión concreta e importante de las autoridades británicas. Querían éstas, según él, prestar ayuda a los patriotas venezolanos, o intensar de modo eficaz la poca que las circunstancias habían permitido darles hasta entonces; pero para ello era menester que la revolución venezolana cesase de presentarse en forma de una rebelión de cabecillas que parecían batirse cada uno por su cuenta contra las fuerzas de la corona española. Era, pues, urgente constituir, en alguna parte, una apariencia de gobierno, una muestra de administración regular con la cual pudiesen entenderse los agentes extranjeros, que impresionase a los realistas y diese al pueblo venezolano la sensación de que tenía medios y posibilidad de restaurar la República, la que en 1811 había despertado o creado el espíritu nacional. Tal fué el pensamiento que Madariaga se propuso hacer compartir por los caudillos y los próceres civiles venezolanos y a cuya propagación se dedicó a su llegada a Pampatar, de donde, a fines de abril lanzó un manifiesto y escribió a Bolívar y a Mariño. Aquel manifiesto y esta correspondencia son documentos que deben considerarse entre los más importantes de la época, por cuanto, aparte de la personalidad del autor, exponen ideas y dan pormenores que ayudan mucho a explicar hombres y sucesos en aquel período, uno de los más oscuros y difíciles de nuestra historia, que va de la vuelta de Bolívar de Haití hasta la reunión del Congreso de Angostura. Años de anarquía entre los caudillos, de derrotas sin cuento, de planes fracasados, de cansancio de la población diezmada y arruinada, en su mayoría dispuesta a continuar abrigándose con la bandera real, con la esperanza de obtener al fin la paz y la tranquilidad. Años durante los cuales se afirma poco a poco ineluctablemente la autoridad y preponderancia del Libertador, cuya férrea mano concluye por empuñar las riendas del mando e imponer a jefes y a pueblos la dirección única indispensable para ganar la guerra y constituir el Estado. Pero aún estamos en plena confusión y lejos de los días brillantes de Boyacá y de la Ley Fundamental. Vivimos de tanteos y veleidades, en medio de pasiones desenfrenadas, frente al enemigo armado y al pueblo hostil. Los próceres militares rivalizan de valor contra el realista en el campo de batalla y al mismo tiempo dispersan el esfuerzo por los celos y aun la declarada enemistad que muchos de ellos se profesan. Nunca como entonces pudo aplicarse la enérgica expresión con que un gran escritor de Venezuela y de América ha caracterizado la rivalidad de aquellos hombres: se muerden los leones.

Madariaga no perdiera en sus prisiones ni el ardor patriótico ni la truculenta demagogia. Vuelve a Venezuela con sed de hacer figura y con sus viejas ideas radicales, que ni la experiencia de los hechos ni sus personales penalidades en modo alguno han modificado. El canónigo vive todavía su 19 de Abril y su 5 de Julio, resplandecientes de civismo, en la prístina ilusión republicana que no empañaran la derrota, la ruina y el cambio profundo que una y otra han traído al medio venezolano, donde nuevos hombres surgidos de la guerra no conocen, ni quieren aún conocer los principios y las actas de la primera Revolución. Nada, absolutamente nada tienen que ver los lanceros de Aramendi o los macheteros de Montes, que nos pintan los oficiales británicos en sus relaciones, con los patricios de 1811, cuyo espíritu civilista, con la gravedad en menos, aporta ahora al Oriente el clérigo jacobino. Mas trae éste en su maleta y entre su léxico grandilocuente algunos pensamientos justos y posiblemente aplicables en el momento histórico. Su palabra viene a ser como levadura y fermento que halla en el espíritu de otros próceres campo propicio al cultivo de gérmenes imprevistos, próceres que como él estaban imbuídos de lo que se llama ideas civiles y que las creían conformes al credo político y al ordenamiento jurídico proclamado por la Revolución. La simple lista de aquellos hombres demuestra que la tentativa de Cariaco es no sólo explicable sino también perfectamente defendible. En todo caso, puede decirse que el "congreso" debió su existencia a Madariaga, como antaño se debió a su índice imperativo el giro que tomaron los sucesos de Abril de 1810.

Desde luego, el manifiesto atribuye, con razón, el enorme aumento de las dificultades que encuentra la independencia de Venezuela, como la del resto de América, a la caída de Napoleón y consiguiente restauración de los Borbones en España, y cuya manifestación más decisiva ha sido la expedición de Morillo. Después se refiere a la obra destructora de Boves, Morales y "otros forajidos de abigeato y homicidio" que lograron intimidar y preocupar a las poblaciones hasta llevarlas a alistarse en gran número en las filas realistas, "bajo el pabellón de la muerte". Por fortuna, la isla de Margarita levantó de nuevo el de la patria y sus heroicos hijos, a quienes por primera vez oímos dar por el canónigo, el legendario gentilicio de neo-espartanos de Colombia, resucitan la República. Luego Bolívar y sus

generales y camaradas "recogen las reliquias separadas de aquélla y la lucha empieza, o continúa, y "el valor republicano se despliega en todos los puntos de la Confederación". Entretanto, surgen en otras partes de América patrias independientes, reúnense congresos, fórmanse al calor de las batallas gobiernos que ensayan afirmar la libertad con la expulsión de los realistas.

Dentro de ese cuadro, que su pincel pinta con colores alternativamente sombríos y de clara perspectiva, Madariaga viene a cooperar en los "santos designios" de los patriotas. Dice que quiere, con su experiencia de hombre maduro y aleccionado, aconsejar e indicar el medio de resolver el problema primordial de nuestra política y nuestra guerra, puesto que "la libertad e independencia son los votos de la gran familia colombiana a que todos pertenecemos por un mismo derecho". Ese medio, ese remedio imprescindible y heroico es la formación de un gobierno civil que, sin descuidar en modo alguno las apremiantes exigencias de la guerra, entre en relación con los gobiernos extranjeros, en especial con el de la Gran Bretaña, negocie y obtenga, con el reconocimiento de la República, los elementos que ésta precisamente necesita para alcanzar la victoria y los fines políticos de la lucha. Ese gobierno, a cuyo amparo los venezolanos renunciarán a querellas y rencores, abrirá —y la expresión es bastante curiosa en labios eclesiásticos— la "hégira de nuestras prosperidades". Es evidente que Madariaga no propone claramente en su manifiesto la formación inmediata de un gobierno; pero la idea aparece en sus cartas a Bolívar y Mariño y, sobre todo, en el hecho mismo de la reunión del congreso. Ahora habla solamente de la necesidad de "arreglar las relaciones exteriores y continentales" y recuerda que los gobiernos han sido establecidos para la felicidad de los pueblos y garantizar a éstos "leyes fundamentales y conexiones sociales". Las libertades del hombre son un don del Ser Supremo y la voluntad del pueblo —dice— es la única fuente legítima del poder y de las leyes.

Así, la acción del canónigo obedece esencialmente a su creencia, fundada, repetimos, en conversaciones con las autoridades británicas de las Antillas, de que sin gobierno civil la República de Venezuela no será reconocida, ni obtendrá socorros militares y diplomáticos eficaces. La idea, como puede verse, es excelente en sí y su consideración basta para eliminar los cargos que, aparte los provenientes de la mayor o menor oportunidad de la formación del gobierno y de sus posibilidades de duración en aquel momento, se han formulado arbitrariamente contra la asamblea de Cariaco. Y dirígese el canónigo en primer término al Libertador, porque, según dice, las autoridades inglesas le han dado encargo expreso de hacerlo. Sobre esto el canónigo es categórico en su carta de 25 de abril: "General: Me tenéis en esta isla desde el 18 con procedencia de Kingston y escala en Barbada, habiendo en ambos puntos merecido de sus respetables almirantes que me brindasen dos buques de guerra en las travesías de aquellas islas, y para llegar a Margarita en prosecución de objetos muy importantes, conectados con la causa total del Sur América y dependientes de mis informaciones después de hablar con vos y nuestro almirante (Brión), a quienes discurrimos deber encontrar en Pampatar depositarios de un gobierno provisorio anunciado en vuestras proclamas y notificado a los jefes departamentales de la nación británica en el seno (?). Dichas autoridades, de acuerdo conmigo, quisieron que el capitán Stirling, comandante de la corbeta de Su Majestad Británica *Brazen,* que me ha conducido aquí, conferenciase con vos y el almirante en cuanto al mejor concierto de nuestras recíprocas relaciones, ya entabladas, dejando a mi cuidado que os comunicase algunas especies reservadas que no pueden aventurarse a los riesgos de la pluma". Por desgracia, el Libertador estaba en Guayana, no en Margarita, ni aun en Barcelona donde Madariaga y Stirling habrían podido ir a verle. Brión acudió de Carúpano a Pampatar y se ligó con el canónigo fácilmente, dados sus antecedentes en lo relativo a la formación de un gobierno; pero no encontró ya allí a la *Brazen* ni los buques mercantes que escoltaba. El capitán Stirling había remitido al gobernador de la isla los "pliegos" ingleses para Bolívar y el almirante. La partida del Libertador a Guayana cambió así el rumbo de los acontecimientos, pues de otro modo habría sido él a quien personalmente incumbiera resolver sobre las proposiciones del canónigo. Y por tal motivo —comprobó este último— "ha quedado malograda una coyuntura de sumo influjo a nuestra República y para la satisfacción y seguridad de las naciones extranjeras".

Sobre su proyecto de gobierno, Madariaga habla muy claro: "General —dice a Bolívar—: cada vez se toca más de bulto la imperiosa necesidad de restablecer el gobierno en receso con la división legítima de sus poderes; sin este simulacro viviremos siempre desfigurados, menospreciados de todo el mundo, y lo que es peor, vendremos a ser víctimas de la anarquía. Vos mismo (re) conoceis que "la fuerza no es gobierno", y no se os oculta la crítica que en esta línea actualmente sufrimos de nuestros propios amigos y de la mordacidad de nuestros enemigos".

El canónigo, influído sin duda por Brión, elogia la obra y los sacrificios de éste y deja ver el temor de que, si se prolonga aquella situación insegura, no pueda el almirante continuar sirviendo a la República. Por el momento, Brión no piensa en Guayana, creyendo sin duda, como Mariño, que no convenía abandonar la provincia de Cumaná y había que apoyarse en los llanos de Maturín. "Su plan es sólido —dice Madariaga—. Margarita no tiene (recursos) ni parece que se esmera en ayudarle en manera alguna". Por ello, conducirá su flota al Guarapiche. En cuanto a aquella isla, importaría que volviera cuanto antes Arismendi a despertar el "fervor patriótico" de sus paisanos y a librarlos de "fatalidades domésticas".

Sin esperanza de ver a Bolívar, dícese Madariaga pronto para regresar a Kingston, a hablar con el almirante Douglas y a despachar correo a Londres. Desea que el Libertador escriba a dicho almirante, y que mande boletines del ejército y proclamas que el propio canónigo se encargará de reimprimir y difundir.

No obstante todo aquello, he aquí que de repente Madariaga decide no ir a Kingston sino a Cariaco. El mismo día, 25 de abril, que escribiera al Libertador habíalo hecho también a Mariño, a su cuartel general de Cumanacoa. No se conoce su carta, pero por la respuesta del general fechada días después, sabemos que el canónigo y el almirante le excitaban a pasar a la isla para conferenciar. La situación militar impide a Mariño atender a la invitación y así lo manifiesta. El enemigo puede atacar próximamente: "Los momentos son preciosos y un solo instante de ausencia mía sería bastante para perderlo todo; yo sería un criminal a los ojos del pueblo, y del ejército que ha depositado en mí su confianza, si en tal estado de cosas lo abandonase. Yo no puedo separarme un instante de tan sagrados deberes sin faltar a mi honor, a mis conciudadanos y sin cargar mi conciencia. Entonces sí me expondría a ser visto por la posteridad con execración". De estas frases puede deducirse el género de admonición que llevaba la carta de Madariaga. "A ustedes (Usía y el señor Almirante) que están desocupados les es más fácil acercarse acá que a mi allá", concluía Mariño.

Con su carta personal, Mariño enviaba la nota de carácter oficial que ya hemos citado atrás y que utilizaremos de nuevo al tratar de las operaciones militares. Por el momento, copiemos los párrafos relativos al proyecto de formación de gobierno para fijar una vez por todas el estado de espíritu del héroe y sus opiniones sobre la materia.

"La formación del gobierno —escribe Mariño— me parece de la mayor importancia: estoy penetrado de esta urgente necesidad. Un centro común de donde partan todas las determinaciones, un cuerpo respetable que reúna la opinión de los pueblos es, positivamente, un baluarte contra el despotismo y la arbitrariedad; y juro al cielo que el día más lisonjero a mi corazón va a ser aquel en que yo vea establecido mi país y constituído bajo los poderes depositarios de la soberanía de los pueblos. En la carrera de mi vida será éste el primer triunfo y esperando aquel momento dichoso lo contemplo con entusiasmo. Los sentimientos del hombre son varios y la elevación los conduce siempre al deseo de ser superior a sus semejantes, pero yo protesto que en cualquiera que me halle seguiré constantemente los principios que me han dirigido por espacio de siete años: *Amar más la libertad de mi patria que dominarla*".

"No dudo que el Jefe Supremo estará como yo convencido de que la fuerza no es gobierno, y ahora más que nunca verá la necesidad de remediar los males pasados por una organización sólida y respetable que nos haga considerar en las naciones de Europa".

"V.E. viene a anunciar el destino de Venezuela en el reconocimiento que se desea por el gabinete de San James a los Estados independientes del Sur de América. Nosotros esperamos que los esfuerzos de V.E. y de los amigos de la causa colombiana harán que seamos comprendidos. La patria será a V.E. deudora de sus infatigables trabajos desde abril de 1810 hasta conseguir su libertad absoluta. Como uno de los admiradores de V.E., como uno de sus conciudadanos más afectos, pido al cielo le conserve".

Pero, antes de proseguir con la gestión política de Mariño en aquella época, volvamos la atención al aspecto militar de la situación que, en último análisis, decidirá del curso de la historia nacional y del destino de aquél. Tarea esencial era para Mariño y difícil en extremo, la de constituir un ejército, ahora cuando los altos oficiales sus compañeros, y con ellos los mejores cuadros inferiores le habian abandonado. ¿Cuántos ejércitos levantó de la nada? ¿Cuántas veces fué a instalarse en determinada localidad, con un puñado de oficiales para aparecer poco más tarde a la cabeza de dos o tres mil soldados cuya calidad elogiara el Libertador? "Los soldados de Mariño, sobre todo, son excelentes".

El peligro para la provincia de Cumaná y el Oriente en general se acentuaba considerablemente, y Mariño lo sabía. "Mi vuelta a esta provincia —escribía en su nota a Madariaga— la conceptué como el medio seguro de salvarla reduciendo su capital y distrayendo a los enemigos mientras se verifica la incorporación del ejército que yo dirigía al que obra al otro lado del Orinoco, conducido personalmente por el Jefe Supremo. Sólo he traído mi Guardia de Honor, quedando a Su Excelencia el resto del ejército, para la ejecución de sus nuevos planes de campaña". Por lo demás, para esta campaña de Guayana Mariño considera sin duda suficientes, con razón a nuestro entender, las tropas de Piar y de Sedeño. Insistimos en que aquél no quiere desguarnecer a Oriente; y en cuanto a la operación concreta de abandonar los llanos de Barcelona, es cosa que no aprueba: "También diré, por los resultados, que creo inoportuna la marcha de las tropas al paso del Orinoco", escribe en su nota. Y en la carta personal agrega: "La marcha del ejército que dejé en la provincia de Barcelona sobre Guayana ha colocado al enemigo en la aptitud de ofendernos por esta parte". En realidad, si Mariño podía tener razón desde el punto de vista militar, debe convenirse en que del lado político el traslado a Guayana de los restos de las divisiones de Bermúdez y Valdés y rotos los lazos de éstos con Mariño para formar nuevos con Bolívar, puso a éste en capacidad de librarse de la omnipotencia de Piar. Piénsese en los sucesos inmediatamente posteriores y en lo que hubiese acontecido de haberse hallado el Liberta-

dor solo y a la merced del ambicioso y díscolo curazoleño, quien estaba rodeado de un ejército que era su hechura y, es de suponerse, le obedecía ciegamente. El golpe de Bolívar, deliberado o no, fué de doble efecto: privó a Mariño de sus mejores tenientes y lanzó a éstos contra Piar. No se olvide que Bermúdez era enemigo de este último. Mas, repitámoslo, Mariño se preguntaba por qué el Libertador con el traslado de tropas innecesarias al otro lado del Orinoco, exponía territorios ricos y ya libres a la vuelta ofensiva de los realistas en acecho. Aldama había saltado sobre la presa en Barcelona y la defensa de Cumaná y Maturín tornádose más difícil.

Se recordará que al salir en auxilio de Barcelona, Mariño había dejado algunos cuerpos encargados de observar a los realistas en la plaza de Cumaná y de defender las posiciones ocupadas por los patriotas en la provincia. El coronel Sucre, nombrado ahora mayor general del ejército, recibió atribuciones de comandante en jefe, aunque no nos sea dable saber, por falta de documentos, hasta dónde pudo extenderse tal comando. No debió de ser muy fácil para aquel jefe de veintidós años hacerse obedecer de guerrilleros como Montes, curtidos en la batalla y reacios a toda disciplina. Una carta de Sucre, y otra de Urdaneta a Mariño que examinaremos más adelante, ponen de manifiesto la relajación a que habían llegado las tropas.

Cuando Urdaneta y Jugo llegaron al pueblo de San Francisco, rumbo a Cumanacoa, recibió el primero una comunicación de Sucre en que éste le decía que tenía instrucciones del general Mariño para ponerse a sus órdenes con las fuerzas que mandaba "si quería encargarse de ellas" y con el fin de continuar operando contra Cumaná. Dichas fuerzas se componían del batallón de Güiria que había seguido a Mariño y de otro de "indígenas", nombrado batallón *Colombia*. Urdaneta aceptó, escribiendo luego en su relación y a guisa de excusa que había "tomado el mando que se le ofrecía", porque "no sabía cuándo ni por dónde podría ir a Guayana a reunirse con el Libertador". Nótese, de paso, que esta frase de Urdaneta autoriza la duda que antes expresamos sobre las verdaderas causas del regreso de Bolívar al Chaparro y confirma que en el campo de Mariño se ignoraba tal próximo regreso. Sea lo que fuere, tome el lector como guste la excusa de Urdaneta. Este nombró a Sucre jefe de estado mayor.

Mariño creía inminente el ataque de los realistas o, mejor dicho, sabía que la invasión no tardaría. "Los partes más recientes que he tenido —dice en su carta de 30 de abril— conspiran a (hacer) creer la aproximación del enemigo. De acuerdo con mis sentimientos, estoy resuelto a disputar este terreno palmo a palmo; y protesto por mi honor que no pisará una pulgada sin cubrirla primero con su sangre. Desde mi llegada aquí se ha aumentado este ejército prodigiosamente, y estoy poniendo el país en estado de defensa, que no lo estaba; de manera que, si somos atacados, no es dudosa la victoria". Y en su nota concluye con optimismo tal vez tendencioso pero que indica el esfuerzo realizado en las dos últimas semanas: "Una fuerte división, ya organizada pone a cubierto la provincia de los temores que tuve algunos instantes, y me lisonjeo que el enemigo va a encontrar su sepulcro si me ataca antes de disponerme yo a batirlo. Más de 2.000 hombres bastante bien armados y municionados la guarnecen y de ellos el cuerpo reunido actualmente es de 1.500". Sus propias futuras operaciones lígalas Mariño a las del Libertador en Guayana y a las de Páez en Apure, atribuyendo a ambos número exagerado de soldados. "El conjunto de estas fuerzas —dice— que existen físicamente nos dan la mayor ventaja poseyendo los llanos desde Barinas a Maturín y las costas de Cariaco a Güiria. Nuestros recursos para proveernos de elementos son escasos, pero ellos nos han dado hasta ahora para sostener la guerra, y las medidas por mejorarlos nos producirán los que necesitemos en lo adelante con poca carga sobre la deuda nacional".

Los colores de este cuadro de la situación de los patriotas, exagerados acaso voluntariamente, lo son tanto más si se los compara con los que Mariño emplea para pintar la situación de los realistas. De creerle, el ejército de Morillo está ya "pulverizado", destruido por los combates y la deserción. Las guarniciones de Caracas, Maracay, La Guaira, Puerto Cabello, Valencia, Cumaná, constantes cada una de pocos centenares de hombres, constituyen las solas tropas que quedan al enemigo. El núcleo realista más poderoso es el de Guayana y no pasa de 1.300 soldados de infantería y caballería. En la provincia de Barcelona hay, escasamente, 1.000 hombres. Por otra parte, Mariño debe comprobar la inferioridad en que se halla la marina republicana. Sin ello —dice—, Cumaná estaría en poder de los patriotas y Barcelona no se habría perdido.

Tal es, según el general, el verdadero estado de las cosas para fines del mes de abril. En resumen y como elemento muy importante para apreciar su actitud y conducta en los sucesos que se aproximan, reténgase la siguiente comprobación que deja transparentar no poca dosis de orgullo: "Los boletines y partes publicados del ejército de mi mando se han guiado siempre por la verdad, y, de consiguiente, no sé cuáles son los anacronismos que se observen. Hasta ahora no he sufrido (ni) un ligero revés en el tercer período de la República; y creeré muy bien que algunos desgraciados sucesos en los de otros generales habrán sido encubiertos pero no mentidos".

Muchas son las dificultades con que tropieza la organización del nuevo ejército, a la cual se dedica Mariño en persona con la ayuda de Urdaneta y de Sucre, mayor general. Como de costumbre, no dejan algunos historiadores de atribuir a este último todo el mérito de dicha obra. No vemos por otra parte cómo haya podido entonces la "disidencia" de Mariño "impedir la formación de un verdadero ejército", pues en primer lugar no existía aún tal disidencia, y en segundo el general sí formó otro ejército a pesar de haberle abandonado sus principales tenientes.

Cuando en los primeros días de mayo partió Mariño de Cumanacoa para Cariaco, agravóse el estado de anarquía que caracterizó aquel año y se cometieron actos que tocaban el límite de la rebelión abierta. Hemos visto que la disciplina no fué nunca ejemplar en los campamentos patriotas y que los jefes debieron más de una vez contemporizar con los excesos y susceptibilidades de subalternos heroicos pero nada conformes con las normas y ordenanzas del oficio militar. Mariño se mostró, en general, tolerante, fuese por necesidad o por política, fuese debido a su natural generoso. El terrible escarmiento que hizo en 1814 con los desertores de Valencia y algún otro ejemplo de severidad inevitable fueron excepcionales, si hemos de juzgar por los cargos de lenidad que ahora vemos le hace Sucre. El famoso cuerpo llamado *Guardia de Honor*, objeto de los mimos del general en jefe, había llegado a un grado de desarreglo que exasperaba a Sucre cuyo espíritu recto y austero no admitía relajamientos. El tono de su nota de 10 de mayo a Mariño, es acerbo y un si es no es irrespetuoso. ¿De qué se trataba? El general Urdaneta, jefe interino de las tropas, ordenó que cien hombres de la *Guardia* practicasen un reconocimiento hacia la plaza de Cumaná, en cuya guarnición se notaban ciertos movimientos sospechosos. Negóse a obedecer el teniente coronel Bernet, comandante del batallón *Cazadores* y accidental de la división, y nada valieron para reducirle las reflexiones ni las amenazas de Urdaneta y de Sucre. A punto estuvieron las tropas de venir a las manos, unas por, otras contra Bernet, y al fin hubo de permitirse que el rebelde oficial se marchase a Cariaco con su batallón. Todo ello dejaba mal parada la autoridad de Urdaneta y de su jefe de estado mayor, y de allí que ambos escribiesen a Mariño en términos tan escuetos. Porque también Urdaneta escribió, como veremos. "Manifestar a Vuestra Excelencia —dice el indignado Sucre— los acontecimientos de este día sería un detalle largo y vergonzoso para Vuestra Excelencia, no sólo por haber ocurrido en el ejército de su mando, sino también por la particularidad de ser en su *Guardia de Honor*, que tanto nos molesta y en quien Vuestra Excelencia ha tenido una confianza burlada constantemente". Y el mayor general levanta una verdadera y terrible requisitoria contra la *Guardia*, denuncia sus desórdenes y atropellos de todo género, la acusa de provocar con ello la enemiga de la población y echa sobre sus espaldas la responsabilidad de lo que pueda suceder. Aquellos soldados, sus jefes sobre todo, son el "deshonor de Vuestra Excelencia y el descrédito de nuestras armas", son "asesinos y ladrones", y "no hay crímenes y excesos que no hayan cometido". La *Guardia* "ha hecho más enemigos de nuestro sistema que lo que ella importa por su valor, no acreditado aún". Y la causa de todo —dícelo claramente Sucre— es la tolerancia de Mariño, quien "ha colmado de beneficios una porción de aventureros errantes y, colocándolos en su guardia, los elevaba a los primeros empleos". Mariño no los castigó cuando, en Güiria, atentaron contra su propia persona, antes bien se recompensó al autor del motín "con dos grados en el ejército". Todo ello, bien se ve, es grave en la boca de Sucre, e indica de manera precisa el bajo grado de moralidad de las tropas republicanas en aquella época. No inferior, por lo demás, al de las realistas, especialmente de las formadas por soldados venezolanos como los que seguían a jefes de la naturaleza de Morales o Calzada. "La *Guardia* —continúa diciendo Sucre— no ha conocido jamás subordinación; no habiéndosele aplicado ningún castigo, se ha conducido siempre por el desorden, el robo y el pillaje". Y el mayor general concluye con una amonestación solemne: "Excelentísimo Señor: si este último suceso que es el más escandaloso no se castiga ejemplarmente, se multiplicará cada día, y yo mismo, que he conocido siempre la subordinación no aseguraré conservarla; antes, corrompido también, atentaré contra Vuestra Excelencia, otros contra mí y de escollo en escollo llegaremos a precipitarnos en la anarquía. Vuestra Excelencia será el responsable de todo, porque de Vuestra Excelencia penden las medidas que han de adoptarse. El sistema militar no deja duda: sus leyes enseñan cuáles sean las que deban ponerse ahora en ejecución". Es decir, que Sucre pide que se fusile a Bernet y a sus cómplices. Lo mismo da a entender Urdaneta, quien estima "indispensable el más ejemplar castigo por el honor del ejército y por el mío". Urdaneta no ha querido apelar a las armas para hacerse obedecer, y sin su paciencia "Bernet y su miserable batallón habría sido destruido". Pero espera que Mariño castigue a aquel sedicioso criminal. "Me avergüenzo —concluye— al relacionar tales crímenes sin haberle bajado la cabeza a su autor; pero Vuestra Excelencia tenga la bondad de persuadirse de que sólo la expuesta consideración me ha contenido".

No sabemos qué castigo impusiera Mariño a Bernet, si alguno le impuso. Pero, en todo caso, no le fusiló, y por aquel suceso quedaron muy ulcerados Urdaneta y Sucre, quienes vieron burlada su autoridad y dedujeron sin duda que nada tenían que hacer en un ejército donde dominaban elementos como Bernet. Cuando se plantee para aquéllos la cuestión de dar o no apoyo a Mariño y al "Congreso" de Cariaco, no hay duda de que el grave incidente relatado ejercerá influencia decisiva en el ánimo de ambos oficiales.

El nombre de Guardia de Honor fué luego aplicado al cuerpo que, a proposición de Anzoátegui, formó el Libertador en julio de 1818 y que adquirió tanta celebridad: La Guardia.



NACIMIENTO DE LA GANADERIA VENEZOLANA

POR JULIO DE ARMAS

Nada como volver los ojos a la historia del desarrollo de una industria básica para obtener datos valiosos sobre su desenvolvimiento. "En principio fué la res" (1), se ha dicho para señalar a los ganados como factores decisivos en la conquista de la Tierra Firme.

Resulta tarea difícil y ardua, hurgar en nuestras fuentes de bibliografía histórica, en archivos y documentos, la verdad acerca del origen de la ganadería venezolana en cuanto se refiere a razas, procedencia, vías de penetración, ubicación geográfica y explotación industrial, frente a datos vagos, aislados, inconexos y muchas veces contradictorios, que han sido desde el principio de la Conquista, el punto de partida de las referencias repetidamente copiadas por todos los historiadores. En los últimos diez años han aparecido importantes trabajos históricos y de investigación acerca de los orígenes de la economía de Venezuela, pero el valioso papel que le correspondió a la ganadería no ha tenido la atención merecida, y apenas se citan algunos factores de su importante proceso formativo. Hay una lamentable ausencia bibliográfica al respecto.

Es un hecho absolutamente comprobado por hombres de ciencia de ambos Continentes, de ayer y de hoy, que al arribo de Cristóbal Colón y de los europeos que le siguieron, no existía en la abundantísima y variada fauna del Nuevo Mundo, ninguna especie de ganado mayor, ni de ganado menor, de los comúnmente designados como animales domésticos.

---

(1) Zaraza. Biografía de un pueblo. J. C. De Armas Chitty. Caracas, 1950.



El desconocimiento por todas las tribus, de estos animales, era general y desconcertante. Para el indio, la primera visión del caballo creó en su mentalidad de hombre primitivo, una concepción monstruosa, casi mitológica, lo cual no dejaron de utilizar los conquistadores como elemento psicológico de gran efecto en la lucha, y que especulaban como factor de psicosis de guerra. Igualmente ha debido impresionarles, aunque aminorada por aquella visión, la aparición de los vacunos y otros cuadrúpedos traídos desde la Madre España. Por muchos años el indio fué la bestia de carga para el español inhumano.

De la explotación de una industria hasta entonces desconocida en el Nuevo Continente, como fué la pecuaria, era de esperarse que su implantación temeraria traería aparejados sacrificios y esfuerzos inauditos por circunstancias especiales y de primitivismo que surgían de la tierra recién conquistada. Su primer y peor enemigo fué el indio mismo, quien al correr el tiempo sería uno de sus mejores impulsores.

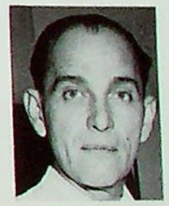
"En la Isla La Española —dice Oviedo y Baños— ni en parte alguna de estas partes, no avía caballos, é de España se truxeron los primeros, é primeras yeguas"... (1).

"No había res de cuatro pies, ni alimaña de los de acá: pudieron ver en cuantas islas fueron desta vez descubiertas"... (2).

---

(1) José Oviedo y Baños, Historia de la Conquista y Población de la Provincia de Venezuela, Nueva York, 1940.

(2) Historia de los Reyes Católicos por el Padre Andrés Bernáldez, Cura de Palacio.



JULIO DE ARMAS, médico venezolano nacido en 1908 en El Guayabal, Dto. Miranda del Edo. Guárico. En 1932 se graduó de Doctor en Ciencias Médicas en la Universidad Central, en cuya Facultad de Medicina desempeñó varios cargos docentes, hasta alcanzar por concurso el título de profesor asociado de Clínica Médica. Fué primero Vice-Rector y luego Rector del mismo Instituto.



La res bailando en la pata del botalón



Durante la sequía la figura del molino es esperanza de frescura



Fachada de la Iglesia de San Nicolás, Coro, Edo. Falcón. punto de partida de las primeras expediciones españolas



Lista la soga para reprimir cualquier intento de fuga

En el segundo viaje del Almirante Colón, en 1493, fueron traídos desde España a la Isla La Española, los primeros ganados que pisaron tierra americana: caballos, asnos, vacas, bueyes y mulares.

Por lo que antecede, y apoyándose en la opinión de numerosos historiadores y en los relatos de antiguos cronistas, queda perfectamente comprobado que en la Isla de La Española, hoy Santo Domingo, se organizó con los ganados que trajeron, el Descubridor y los conquistadores, la primera fundación ganadera del Continente. Allí llegó y salió entre el ganado mayor, el caballo como elemento de guerra y de transporte, que a galope tendido recorrió las costas y traspuso montañas.

Dentro de la pobreza de los recursos técnicos que nos venían de Europa durante los siglos XVI y XVII, merece destacarse como la expedición de personal mejor seleccionado al respecto, la de Alonso de Ojeda, que vino recorriendo las costas desde Paria hasta Coquivacoa, hoy Maracaibo, y el Cabo de San Román.

Nuestra ganadería, como industria propiamente dicha, ocupó el cuarto lugar en orden cronológico entre las organizadas en el Continente, precediéndole la de La Española, hoy Santo Domingo; la del Virreinato de Santa Fé; la de las Provincias del Río de la Plata y la del Virreinato del Perú.

Al efecto, los primeros intentos de colonización ganadera fracasaron en las costas orientales y occidentales del país, por las continuas luchas entre nativos y conquistadores, que hacían imposible la estabilidad de toda actividad económica-social de este tipo, además de que el espíritu ambicioso del conquistador sólo buscaba gloria, fortuna y finanza, sin preocuparse por la explotación de la tierra como fuente de economía. Al frente y a su paso, el oro, las perlas y el tráfico de esclavos absorbieron durante más del primer siglo, su cruel y desmedida ambición. A la espalda se extendía ilímite la tierra improductiva. La precaria economía aborígen apenas cubría las necesidades de la población nativa.

En el tercer viaje de Colón, en 1498, desembarcó mayor número de caballos, yeguas, parejas de asnos y parejas de vacunos, de acuerdo con las disposiciones reales anteriormente anotadas y nuevas instrucciones que impartió la Reina Isabel, para este viaje a partir de 1497, redactadas en tierras españolas de Medina del Campo: "así mismo, que sobre las vacas é yeguas se han de completar un número de yuntas de vacas, de bueyes y de asnos con que se puedan labrar las dichas Indias, según el dicho Almirante pareciere" (1).

Estos ganados traídos por Colón posiblemente no pisaron tierra nuestra, yendo a aumentar los rebaños de La Española.

En 1505, los rebaños de La Española fueron desbandados y muertos casi en su totalidad, por un gran huracán, seguido de intensa sequía.

"En el año de 1505, la nao de Alonso de Núñez trajo otras parejas de burros a la Isla de La Española. Desde entonces comenzó la cría reproduciéndose rápidamente. De la Isla de La Española, se exportaron a las otras islas del Mar Caribe y a Tierra Firme. De Jamaica los llevó al Perú Diego de Maldonado (1).

"El Comendador Obando trajo a Las Antillas para esa fecha un cargamento de ganado vacuno y caballar. "Por orden de la Casa de Contratación de Sevilla, Vicente Yáñez Pinzón despachó en San Lúcar de Barrameda, en 1507, un cargamento de ciento y pico de yeguas para la Isla de La Española (2).

"Una Real Cédula ordenó a Obando, Gobernador de la Isla de La Española, entregar a Nicueza y Ojeda, cuando en 1508 hicieron su viaje a Tierra Firme, cuarenta yeguas de la Isla de La Española (2).

"El año siguiente, en 1509, el Bachiller Enciso, Lugarteniente de Ojeda, fundador de la primera ciudad española en la Tierra Firme, la Antigua Darién, trajo doce yeguas y doce puercos con sus machos (2).

"En 1511, Don Diego Colón se dirige al Rey Fernando, "pidiéndole ganado, queso y azúcar, pues en la Isla había mucha necesidad de ello" (2).

"En julio de 1513, Alfonzo de la Puente, que vino a Darién en la expedición de Pedrarias Dávila, trajo doce yeguas y un caballo padrote ensillado" (2).

Cubagua, Coche y la Isla de Margarita no ofrecían condiciones adecuadas para la cría de ganado por ser tierras angostas, desérticas y desprovistas de agua dulce en su territorio; "sin agua, estéril y sin bosques" (3).

En esta materia, apenas fueron un alto en las jornadas desde La Española, o un mero punto de tránsito en la ruta desde España misma. Los expedicionarios enviados de Nueva Cádiz como los que venían desde Coro hacia Maracapana, movilizaron algunos ganados vacuno y caballar, posiblemente de los alrededores de este mismo lugar.

En esta primera mitad de centuria surge el tráfico de ganados con fines exclusivamente expedicionarios y de comercio entre los mismos españoles.

En las operaciones van señalados los nombres del Capitán Francisco Ruiz, de Juan de Ampiés, Juan de Villegas, Diego Ruiz Vallejo y de otros.

Apenas se asoman a las llanuras y los caribes les cortan el paso. La flecha surca el viento y hace blanco en hombres y ganados. Desde Martín Nieto y Gerónimo Alderete, en 1535, hasta Garci González de Silva, los expedicionarios que contemplaron con asombro las sabanas de la antigua Provincia de Caracas, se hacen posteriormente más numerosas las excursiones a partir de mediados del siglo XVI, que con Federman y otros lugartenientes tudescos y españoles atravesaron las tierras que hoy forman parte de los Estados: Falcón, Lara, Portuguesa, Cojedes, Yaracuy, Apure, Guárico, Zulia y llanos de Casanare y de Bogotá.

---

(1) Aportaciones de los colonizadores españoles. Dirección Social, Ministerio del Trabajo. Imprenta. Madrid.

(1) Archivo de la Casa de Contratación de Sevilla. La Formación del pueblo venezolano. Carlos Siso, 1941.

(2) Archivo de la Casa de Contratación de Sevilla. La Formación del pueblo venezolano. Carlos Siso, 1941.

(3) Viaje a la parte oriental de Tierra Firme. Francisco Depons. Caracas, 1930.

Indudablemente que estas rutas traficadas casi exclusivamente con propósitos militares y estratégicos, actuaron más tarde en la geografía de Venezuela en función económica de fomento agro-pecuario (1).

Se les ve pasar arcabuz en mano, junto al ojo avizor y al silencio apretado del indio en acecho. Pero alguna experiencia quedaba del conocimiento de estas tierras maravillosas —paraíso para la cría de ganados— para trasmitir sus conocimientos a otros exploradores.

Los expedicionarios y su obsesión de un comercio a trueque desigual e injusto, como también la imperiosa necesidad de asegurar alimentos, hacen cambiar algunos caballos por perlas, algunos vacunos por oro y frutos del país.

Insistimos en que aquellas islas y lugares costaneros mencionados anteriormente fueron, por consiguiente, breves altos en la marcha de las rutas ganaderas. Hombres y ganados cambian de rumbo para insistir en la penetración por la parte occidental de la costa. La formación de pueblos y el pastoreo tienen un paréntesis de más estabilidad y sosiego en estas tierras. Y nacen y se fortalecen Coro y El Tocuyo.

En el resto de la mayoría de nuestras regiones, la naturaleza brindaba las mejores condiciones para el desarrollo de una ganadería extensiva, al ofrecer feraces campos cubiertos de inmejorables pastos, agua abundante y un medio virgen de enfermedades. Todos los antiguos cronistas que han hecho referencia de este aspecto, están acordes en afirmarlo.

Fuera de estas pocas noticias que apenas señalan fechas y algunas cifras de ganado importado de España, nada en esa mitad de centuria nos da guía histórica para seguirle las huellas por el territorio que formaría parte de la Capitanía General de Venezuela, hasta un "paradero" definitivo, para observar su multiplicación y dispersión pobladora hacia el interior de otras tierras.

Hay un lapso de bastante silencio histórico, de 1515 a 1520, sin que nada podamos aportar al respecto. De 1520 a 1530 hay algunas referencias dignas de mencionar. Comenzamos por citar las medidas tomadas por el Rey Carlos I, en 1520, cuando lleva a consultar ante el Consejo de Indias, la conveniencia de aplicar en América, una legislación similar a la de la Mesta (Asociación ganadera gremial árabe-española), vigente en España para esa época y que según su criterio debían aplicarse a la explotación agro-pecuaria en América.

Otro acontecimiento digno de mencionar fué la expedición del Padre Fray Bartolomé de Las Casas, en 1520 —primer intento de colonización en el Continente—, cuyo fracaso privó de un gran impulso a la industria pecuaria y agrícola de la Conquista, lo que hubiera sido uno de los positivos esfuerzos progresistas en este sentido, y el cual terminó de echar por tierra la violencia de la expedición de Gonzalo de Ocampo y de otros conquistadores que le antecedieron y siguieron en una lucha cruel y exterminadora, así como también no dejó de obstaculizar la reacción y represalia de los indios.

(1) A. Arellano Moreno. "Orígenes de la Economía Venezolana". México, 1947.

Desde 1528, pasando por 1545, hasta 1552, muy poca información que valga la pena citar arroja luces sobre la formación de la ganadería venezolana. A pesar de los convenios con la expedición de los Belzares, expresadas en cláusulas terminantes como ésta: "Otro sí: Vos hago merced de doce leguas de cuadra, de las que ansi descubrieredes, para que tengais tierra conque ganjear y labrar"... "Y ansi mismo que vos dare licencia, como por la presente vos la doy, para que de las nuestras islas españolas, San Juan é Cuba y Santiago, podais llevar a la dicha tierra caballos é yeguas é otros ganados que quisieredes y por bien tuvieredes, sin que en ello vos sea puesto embargo ni impedimento alguno" (1).

A estos comerciantes teutones, que azotaron con la muerte, el crimen, el robo y otros pillajes a Venezuela, nada les importó el fomento de la ganadería, durante sus diez y ocho años de ocupación, preocupándose únicamente por negociar animales domésticos importados desde las islas antillanas, especialmente caballos, cuando no los utilizaban para su propia alimentación.

Con su larga y perjudicial presencia en territorio patrio, hubo un retroceso general y acentuado en todas las actividades relacionadas con la agricultura y la cría de ganados.

Aquel desprecio y desacato a la recomendación de los Reyes, lo prueba este párrafo tomado de la "Carta de los Oficiales Reales de Venezuela dirigida a S. M. sobre el estado de aquella tierra e el precio de los mantenymyentos e mercaderías en el país, 1530".

"Item: Han traído e traen de cada día, caballos de la Isla de La Española, e siendo como es el viaxe de venida e vuelta al mexor de navateción que ay en estas partes, venden e an vendido a doszientos e dosciento e cincuenta, e a treszientos castellanos el caballo, no fazyendo equyvalencia de si es bueno o malo el caballo; e costandoles allí a diez o doce castellanos el más caro: é porque de todos otros prezios yrá memoria aparte"(2).

Fuera del comercio de perlas y de las pequeñas cantidades de oro obtenidas de manos de los indígenas, no se conoce otro tráfico en Venezuela hasta el año de 1550, pues los Welser no fomentaron en este país ningún cultivo ni cría de ganado (3).

La rescisión del contrato de los Belzares, en 1546, el descubrimiento de las minas de San Felipe de Buria, en 1551, y el establecimiento del sistema de Encomiendas fueron los tres acontecimientos de mayor relieve en esa época y que influyeron decididamente sobre el proceso de un nuevo régimen económico propiamente dicho que se iniciaba.

El primero porque la retirada de los alemanes, significaba la congregación de pueblos y fundación de otros, la vuelta al cultivo de la tierra y a la intensificación de la cría del ganado; la segunda, con el descubrimiento y la explotación de estas minas se abrían nuevos horizontes para la dedicación a un objetivo de trabajo, y de aliciente económico. La tercera, porque la Encomienda, es el esfuerzo y consagración del nativo al servicio de la explotación de la tierra con un sentido nuevo y más reproductivo.

(1) Contrato S.M. el Rey de España y los alemanes, 1528. A. Arellano Moreno. "Orígenes de la economía venezolana".
(2) A. Arellano Moreno. Obra mencionada.
(3) Economía Colonial de Venezuela. Eduardo Arcila Farías. México, 1946.

Inmediatamente a partir de estos hechos puede decirse que surgieron nuevos pueblos, como los de Nueva Segovia, Palma, Valencia, Borburata y otros.

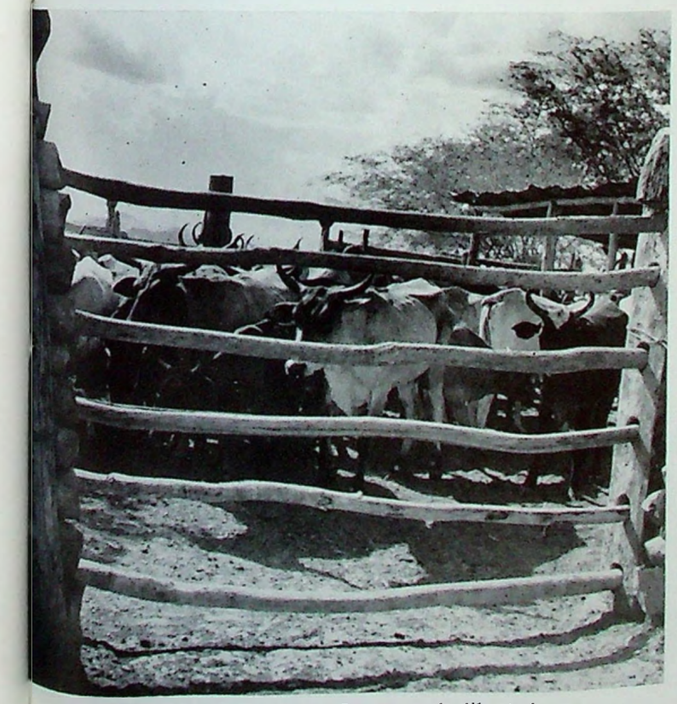
Hacia 1545, semiconquistadas gran parte de las costas del Caribe que baña el centro y el occidente venezolanos, lo que no se había logrado en las cruentas luchas en el oriente territorial, es de presumirse que por aquellas primeras regiones penetraron con los conquistadores europeos (españoles, portugueses y alemanes) los primeros ganados bovinos, equinos, caprinos y ovinos para fines propiamente de explotación ganadera. Con el desplazamiento de la costa, de hombres y ganados —los demás puertos y lugares que tocaron fueron de tránsito hacia otras tierras o hacia la muerte, a manos de los indios o de los mismos españoles que por hambre beneficiaron los ganados—, se estableció la primera población avanzada en el interior de Tierra Firme —después de la fundación de Coro en 1527—, con la fundación de El Tocuyo, en 1545, por Juan de Carvajal.

No creemos que las costas de Coro, por su aridez característica, hayan sido el primer asiento ganadero, como podría desprenderse de la afirmación de algunos historiadores. Las tierras corianas fueron más propicias al desembarco.

El año de 1546, el Gobernador Juan Pérez de Tolosa informa al Rey desde El Tocuyo, algunos días después del ahorcamiento de Carvajal, lo siguiente, refiriéndose a esta población: "En este campo hay doscientos y quince hombres; gente muy escogida, hay entre ellos setenta de a caballo; habrá cien caballos, doscientas yeguas, trescientas vacas de vientre, quinientas ovejas y algunos puercos... En la verdad es una gente muy lucida, muy diestra en las cosas de la guerra, y si desta tierra salen, quedará toda esta provincia desamparada, y dudo poderse sustentar la ciudad de Coro, porque con las espaldas destos los indios comarcanos que son muy guerreros atacan a los que allí están" (1).

Interpretando estos datos históricos y otros relatos que no son del caso exponer, no queda duda de que el primer núcleo ganadero venezolano se estableció en los alrededores de El Tocuyo, y a distancia de las serranías de Coro, y que de allí se esparció la semilla que pobló de ganado a occidente, la región de los Andes, oriente y centro del país y al Reino de Nueva Granada. Allí llegó en 1547, el cargamento de una embarcación española que partiendo de Santo Domingo pisó tierra en la Vela de Coro arrojada por un furioso temporal, y posiblemente los expedicionarios se internaron por la desembocadura del Río Tocuyo, o siguieron sus márgenes, aprovechando la condición de grandes navegantes de los caribes como conocedores de estos caminos fluviales, hasta llegar a las inmediaciones del mismo Tocuyo. Más tarde van al encuentro de un vecino de este "asiento" (2) tocuyano, de nombre Cristóbal Ro-

(1) Archivo de Indias, copia de la Academia de la Historia. Caracas, referida por A. Arellano Moreno.
(2) Fundación.



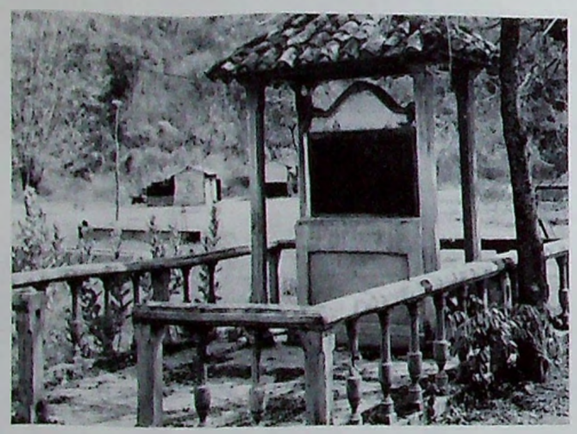
Detrás de la tranquera, añoranzas de libertad



Montura y lazos, indispensables en las faenas llaneras



La marca a fuego del hierro señala la propiedad de los semovientes.



Monumento erigido en Uverito, Dto. Roscio del Edo. Guárico, donde una tradición afirma que Cristóbal Rodríguez fundó el primer hato de los Llanos.



De la libertad de la sabana al encierro del corral



Trabajos en campo abierto



Primitivas construcciones de bahareque y palma son las viviendas del hato

dríguez, veterano en quehaceres pecuarios por haber sido uno de los fundadores de la ganadería de los Valles de Cauca, la primera en organizarse en tierras de Suramérica. Con el agresivo y audaz expedicionario alemán Federman, viaja aquel extremeño o cordobés por regiones apartadas de los llanos occidentales de hoy, y quien vendría más tarde a desempeñar el papel de pionero y fundador de la ganadería de los llanos venezolanos. El mencionado Rodríguez, ha debido tener una gran experiencia en materia de cría de ganados, ejerciendo posiblemente la función de asesor, pues fué él quien recomendó al Gobernador Juan Pérez de Tolosa, el envío de una expedición a cargo del hermano de éste, a explorar y abrir un camino por la vía de las serranías andinas hasta llegar a tierras de Tunja, en Nueva Granada, conduciendo un rebaño de vacunos y caballares desde El Tocuyo, cuyo resultado como viaje financiero y de exploración fué todo un éxito.

No hemos encontrado la referencia de si Rodríguez fué acompañando esta expedición, pero su experiencia de ganadero cordobés —en las llanuras de las provincias de Córdoba y Salamanca, España, se crió el ganado que originariamente vino a América, extrayéndolo de su densa ganadería— le valió ser escogido como jefe de la expedición ganadera que partió a los llanos del Guárico. Para algunos historiadores, aquella expedición "El Tocuyo-Tunja", fué más bien para enrolar indios, a fin de aumentar los braceros con que se trabajaban las tierras tocuyanas, al darle calor y entusiasmo al establecimiento de la primera Encomienda, la cual tuvo indudablemente un resultado determinante en el destino económico y en el desarrollo de la agricultura y la cría durante la Colonia. Sin embargo, se realizó para aquella época con esta importante expedición, el primer comercio de ganados, de cierta significación, de que se tenga noticia.

El gesto y el esfuerzo de Cristóbal Rodríguez, se hace acreedor al reconocimiento de la Nación y merece perpetuarse su memoria al frente de un plantel destinado a educación rural, o en la perennidad del mármol.

Es frecuente en algunos historiadores el repetir la noción de que Cristóbal Rodríguez "llevó ganados al Apure y al Guárico", es decir, anteponer a la fundación ganadera de Uberito, la organización de un núcleo de ganados en las vastas sabanas apureñas, y que de aquí vinieron los rebaños a pastar y a multiplicarse en el occidente del territorio del Guárico y a otras partes de los estados limítrofes, todo lo cual invierte la versión histórica narrada desde la Conquista por cronistas de la época, es decir, los ganados fueron de Apure a Guárico, y no de Guárico al Apure, como han aceptado la mayoría de los autores. Lamentablemente no dan razones de ninguna índole ni fechas, ni lugar, ni nombres, al sostener tal aseveración. Es conveniente llevar una investigación más a fondo sobre este hecho, para lograr el esclarecimiento de la verdad frente a una narración tan escueta y siempre repetida por algunos tratadistas antiguos y contemporáneos.

Más, fué escogido éste por el Gobernador Pérez de Tolosa, quien obedeciendo a la Regencia de Santo Domingo, dipuso que el rebaño que venía a bordo de la embarcación que lo transportaba y que casi naufragó en las costas corianas, en vez de despacharlo a su destinatario primitivo, es decir, a nombre de Silvestre Guevara, como ganadero residente en el Cauca, Nueva Granada, se enviara a formar parte de una expedición que junto con once familias cordobesas, expertas en criar ganados, dirigiría el nombrado Rodríguez, a objeto de penetrar por la parte sur de las llanuras situadas al centro y sur-este de Costa Firme, desechando los feroces ataques caribes del litoral. Por todo lo anteriormente expuesto, se desprende que cualquiera que haya sido el origen de estas primitivas fundaciones ganaderas, los nombres de El Tocuyo y de Coro figuran a la vanguardia de la economía pecuaria venezolana. De aquellos ganados del naufragio anotado, puede asegurarse que ninguno ha debido formar parte por su comprometida situación orgánica de hambre y de desgaste, del rebaño que surcó las llanuras hasta multiplicarse en la organización del primer hato llanero. Esta expedición posiblemente fué provista del ganado "bien comido y bien bebido", de El Tocuyo.

Aquella expedición ha debido seguir dos caminos: de El Tocuyo siguiendo por el curso del río Guanare para caer al río Portuguesa, y de aquí hasta alcanzar el río Apure aguas abajo hasta su desembocadura en el Orinoco, de cuyo curso continuaron corriente abajo para remontar por la desembocadura del río Guárico, en las riberas del cual se apartaron a determinada altura del trayecto para elegir un sitio de tierras llanas, estratégicamente despejadas ante la agresión aborigen, no anegadizas y poco pobladas de indios, que eran más bien pacíficos. Este sitio se estableció, según refieren los cronistas de la Conquista, cerca del lugar que ocupó posteriormente la población de El Rastro y a veinticinco leguas del noroeste de la fundación de la ciudad de Todos los Santos de Calabozo. Se fundó allá en 1548, con los elementos de esta primera expedición a los llanos orientales, la Puebla de San Luis de la Unión, "en el lugar designado Uberito por los naturales". El sitio que se señala con ese mismo nombre en el recorrido de la actual carretera San Juan de los Morros - Ortiz (1) no corresponde histórica ni geográficamente al verdadero lugar donde fué fundado el primer hato en las llanuras venezolanas, y el cual puede considerarse como el segundo núcleo ganadero del país después del que tuvo lugar en El Tocuyo.

---

(1) Existe allí un pequeño monumento alusivo a esta fundación. Según referencias de viejos pobladores del lugar que tuve oportunidad de oir de sus propios labios, fué erigido para halagar al General J. V. Gómez, quien adquirió esas tierras. Este monumento debe derribarse para no atentar contra la verdad histórica, evitando confusiones y dudas. En cambio se impone la erección de un monumento en las proximidades del antiguo y verdadero sitio donde tuvo lugar la fundación de la Puebla de San Luis, y con ella la del primer hato llanero, a fin de rendir un homenaje de reconocimiento a aquellos forjadores de nuestra economía pecuaria y a los primeros ganados que poblaron nuestra llanura.



Un alto en la faena, cuando dueño, mayordomo y peones cordializan



Entre gritos y silbidos el rebaño se desplaza con su marcha lenta



Estampa característica de un hato llanero



Pastoreando el ganado



Entrada del rebaño a los corrales

El otro camino que ha podido seguir la mencionada expedición son las llanuras que bordean a estos ríos nombrados siguiendo la ribera norte del Orinoco, pues el viaje por el litoral marítimo era imposible por lo abrupto de las montañas que las circundan, propicias, además, para desatar la furia caribe. Por otra parte, el recorrido por la región intermedia entre estas vertientes de la Cordillera de la Costa y el segundo trayecto que hemos supuesto, estaría ubicado en jurisdicción de los terribles Jiraharas, que dieron sangrienta guerra a los españoles durante más de sesenta años. Además, por esta última vía hubieran dado los expedicionarios con el Lago de Valencia, cuyo descubrimiento hiciera en 1547, Juan de Villegas. Este relato fundador sin la interpretación del itinerario que está a reserva de criterio personal, es repetido por casi todos los historiadores de todas las épocas, con diferencia de fechas. Desde Aguado, Fray Pedro Simón Castellanos, Carvajal, pasando por Humboldt, Codazzi, Daniel Mendoza o Bolívar Coronado, Gil Fortoul, Lisandro Alvarado, etc., para citar solamente algunos nombres.

Para otros investigadores, esta afirmación tiene sus reservas; especialmente en lo referente a la contenida en el libro "El Llanero", cuya paternidad se discute. Es frecuente encontrar que muchos historiadores y tratadistas insertan fechas en la fundación de este primer hato llanero, que van desde 1530 a 1560, pero la fecha de 1548 es la más citada por antiguos cronistas que merecen por su seriedad todo crédito. Además, para esa fecha ya se había fundado hacía tres años la ciudad de El Tocuyo, de donde partió la expedición de Cristóbal Rodríguez, en la cual coinciden todos los autores al afirmarlo en forma unánime.

Puede asegurarse con todo fundamento, que después de la fundación de San Sebastián de los Reyes, en enero de 1585, los hatos se multiplicaron en el llano.

"San Sebastián dista treinta leguas de caracas de mas camino a un lado al ueste donde se toma el camino para la guayana y cumaná tiene cuarenta vecinos de estos son encomenderos hasta beynte habra seis cientos yndios que los ocupan sus encomenderos en sementeras de algodon maiz tavacos y en cojer miel zera y hatos de ganado vacuno que hay mucho con algun cacao que se coje y oro llevanse los frutos de esta tierra a caracas donde se benden y emplean en ropa de castilla y si esta tierra tubiese negros seria muy rica respecto del oro que ay en ella" (1).

La mencionada expedición de Cristóbal Rodríguez, compuesta de 19 familias cordobesas, contaba, según relato de los antiguos cronistas, de 18 vacas, dos toros, 10 yeguas y dos potros jerezanos. Ahora no sabemos si este rebaño de ganado fué el que llegó al lugar de su destino, o si fué la cantidad que partió con la expedición. Muy posiblemente esta última hipótesis es la valedera.

Así el primer hato llanero debe haberse fundado con menos ganados y bestias, pues algunos por lo menos han debido perecer en el camino, si no era el caso de beneficiarlos por imperiosa necesidad, por los mismos expedicionarios.

De aquella primera fundación pecuaria de los Llanos se extendieron los ganados hacia las sabanas guariqueñas y de Apure, fundándose los Hatos de La Cruz (actualmente La Rubiera), San Diego, La Candelaria (de Guárico y Apure) y otros, dándose el caso de que al penetrar la ganadería en las llanuras, tierra propicia para explotarla, su introducción se realizó de Occidente a Oriente, describiendo el gran arco Tocuyo-Uberito, al surcar la parte sur y central de aquellas regiones, desechando las costas que habían formado verdaderas barreras para la penetración pecuaria por las luchas con los indios y por el comercio de perlas que retenían en las playas marinas a los conquistadores.

Muchos años más tarde hechos extraordinarios revelaron, al correr el tiempo, el auge sorprendente que alcanzó la cría; y a la sombra de la propagación de la riqueza ganadera se fueron fundando pueblos; la barbarie iba cediendo al empuje de la civilización, y en las antiguas Provincias que en nuestros días comprenden a Barinas, Cojedes, Guárico, Apure, Portuguesa, Yaracuy, Monagas y Anzoátegui, surgieron las fundaciones tras las huellas polvorientas de los rebaños.

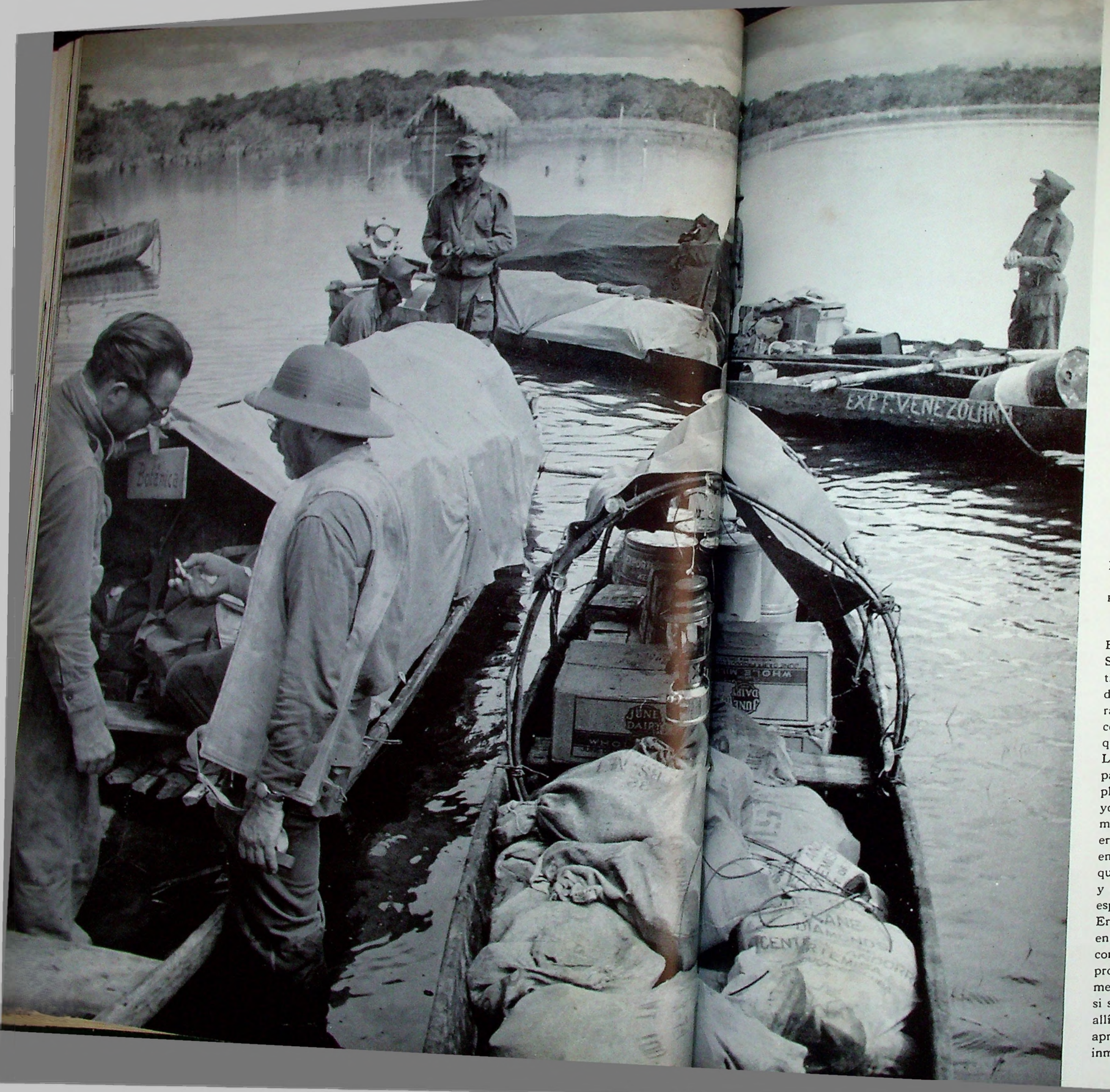
De las llamadas llanuras de la Provincia de Barcelona, en Nueva Andalucía, un capuchino, Fray Tomás de Santa Eugenia, en 1726, misionero del alto Orinoco, llevó 90 vacas y 10 toros con los cuales fundó el primer núcleo ganadero del sur, o sea el tercero o el cuarto en todo el territorio, ubicándolo en los alrededores de la antigua Santo Tomás de Guayana. Para otros estudiosos de la Historia, entre ellos Tavera Acosta, fué Don Fernando Berrío y Oruña, como Gobernador de Guayana para los años de 1619 a 1629, el primero que introdujo reses vacunas a estas regiones orinoqueñas, llevando el Capitán portugués Diego de Henares, por orden de aquél, un rebaño de vacunos, equinos y cerdos de las dehesas de San Sebastián de los Reyes.

Es importante investigar esta discordancia de fechas que abarcan casi un siglo de diferencia.

Cualquiera que haya sido su origen, del núcleo pecuario guayanés se derivó posteriormente la gran ganadería de las Misiones del Caroní, a cuya prosperidad como fuente económica se debe en gran parte la fundación de medio centenar de pueblos, y en la guerra de la Independencia surtió de caballos y vacunos a los ejércitos realistas y patriotas, y especialmente a estos últimos en su afán de empresa libertaria. De estos tres grandes núcleos, tocuyo-coriano, guariqueño y guayanés, se forjó la que fué gran riqueza durante la Colonia, sólida fuente de abastecimiento y de remonta en la revolución de Independencia, pasto durante las guerras civiles, miopía de los que no han dado importancia al desarrollo y signicación que reclama la industria pecuaria como puntal firme y estable en el sostenimiento de la economía de la Nación, y la misma que ha sufrido una serie de fluctuaciones, alzas y bajas, desde su fundación hasta nuestros días.

---

(1) Orígenes de la economía venezolana. — A. Arellano Moreno. México, 1947.
Situación económica de Venezuela en 1607. Archivo General de Indias. Sevilla.
Copia de la Academia Nacional de la Historia. Caracas.



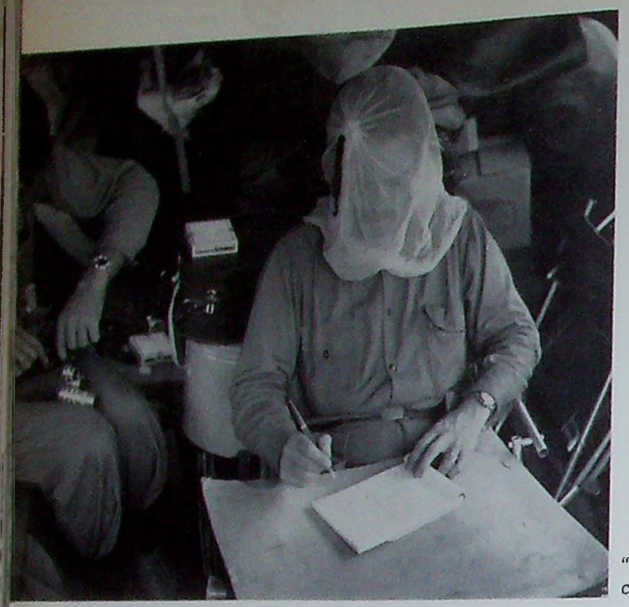
"Se enviaron a construir curiaras y canaletes, palancas, horquetas; se envió a preparar peramán, estopa especial, etc."

DONDE NACE EL ORINOCO

Fragmentos del libro inédito

por Franz A. Rísquez Iribarren

El Campamento de Base Nº 1 tomaba forma.
Se construyeron ranchos, se levantaron
tiendas de campaña y, con absoluto orden,
disciplina e inventarios, todo se fué agrupando
razonadamente en estantes perfectamente protegidos
contra la humedad y la cantidad de pequeñas alimañas
que encontrábamos por todas partes.
Lo que no disminuía jamás, sino que, al contrario,
parecía aumentar a cada instante, era la
plaga. Era simplemente insoportable;
yo tenía las manos, el cuello y la cara llenos de
minúsculos punticos negros, cada uno de los cuales
era una picada mortificante, que se transformaba
en el puntico negro debido a la sangre
que se coagulaba a flor de piel,
y daba un característico aspecto a todos, y muy
especial a la nariz de Ivanoff.
Era muy interesante para mí el hacer observaciones
en el Orinoco, y sin decirle a nadie mis
conclusiones me alarmaba, pensando en que muy
pronto el río habría subido lo menos cuatro
metros, que en altura quién sabe parezca poco; pero
si se tiene en cuenta que el Orinoco tiene
allí en La Esmeralda 500 metros de anchura
aproximadamente, bien se puede comprender la
inmensidad de agua que representa una crecida.





"Los insignificantes ranchitos de los peones, que simulaban un irregular tablero de ajedrez"

"Yo sentía encima de mi mosquitero el vibrar constante y característico de los jejenes. . ."

Calculé la crecida y definitivamente me convencí que el Campo desaparecería, si no en su totalidad, por lo menos en sus dos terceras partes. Llamé a Cruxent y le comuniqué mis temores, indicándole claramente lo que yo consideraba fatal. Estuvo de acuerdo conmigo, y nuevamente llegamos a la conclusión de que no nos convenía bajo ningún aspecto decir nuestros temores, que más que temores eran casi certeza, puesto que principalmente las gramíneas, que crecían hasta muy adentro del Campo, eran indiscutible indicio de que durante mucho tiempo esa parte quedaba sumergida.

Debido a la heterogeneidad de nuestro grupo, refiriéndome a nuestro convenido silencio, éste fué producto del convencimiento de que algunos se creían en otro mundo y eran esencialmente alarmistas y pesimistas y, en cambio, otros querían desde el principio aparecer en su yo interior, que por presión se exteriorizaba muchas veces, como héroes incomunicados, rodeados de todas las elucubraciones raras que sólo lo novelesco y el deseo de ridículas aventuras producía.

Esa tarde en que hacía mis observaciones con el Profesor Cruxent, soplaba un fuerte viento del Este franco. ¡Qué agrado tan inolvidable la primera impresión de una Esmeralda sin mosquitos, ni jejenes! El viento, a medida que iba acercándose la lluvia, arreciaba cada vez más.

La enorme masa de aire en movimiento, con su característico olor aguacero, peinaba la sabana en una forma impresionantemente bella, y cuando cambiaba la velocidad, el viento ondeaba en bruscas e irregulares ondas las altas gramíneas de nuestro Campamento Base Nº 1, dejando al descubierto, como enormes y fuertes arrecifes negros y puntiagudos, los termitarios, que ya en mi primer vuelo de reconocimiento, cuando volábamos alto, confundí con rocas desprendidas del Farallón de la Bandera.

El viento silbaba duro, con tres tonalidades típicas: la grave y retumbona de nuestros pabellones auditivos, la lijosa del viento contra la paja del suelo, y la silbante y lejana, característica del viento que entra y sale de los árboles.

Los árboles se doblaban peligrosamente, y viendo el Bosque de los Limones en el centro de la Sabana me parecía un milagro que hubiera sobrevivido tanto tiempo. Me bajé la carrillera de mi casco tropical, me quité guantes, mosquitero de cabeza, y pañuelo multicolor del cuello, soportando gozoso aquella bendición de viento fuerte que por primera vez sentía en La Esmeralda. Mi cabello latigueaba la frente y era agradable la variación de la voz y de los distintos sonidos cuando volteábamos al Este o al Oeste. Los Pabellones Francés y Venezolano parecían láminas extendidas que apenas temblaban en su borde libre, y allá en la parte más alta del Farallón era bella e inolvidable la lucha de nuestra Bandera contra aquel huracanado empuje.

Le pregunté a Cruxent qué se harían los jejenes y a dónde los llevaría el viento. Hicimos una detenida observación después de haber hecho algunas conjeturas de la emigración de los jejenes por lo fuerte del viento; pero no nos imaginábamos la interesantísima curiosidad de los jejenes que, cuando comenzaba a soplar el viento, se acomodaban aerodinámicamente en los canales de las gramíneas, en su parte inferior, y allí aguantaban sin incomodarse, vientos, agua, movimientos, para más tarde salir frescos y descansados y torturar a todo bicho viviente.

Veíamos venir veloz la impenetrable cortina gris de la lluvia, y decidimos irnos a los alojamientos de los peones y aprovechar para hacer observaciones de los métodos de vida, higiene, disciplina, etc.

A medida que caía la lluvia, que luego se transformaba en torrencial veía en medio de raros olores la concepción de lo que era un caney obrero dirigido por Buitrón, y el cual había sido permitido por el Teniente Alas Chávez. No puedo resumir mi impresión sino indicando que jamás había visto mayor promiscuidad,



Personal dirigente de la Expedición: primera fila, de izquierda a derecha: Luis Carbonell y José M. Cruxent. Segunda fila: Ildefonzo Villegas, Pablo Anduze, Félix Cardona P., Tte-Cnel. Franz Risquez, Félix Cardona, hijo.

mayor suciedad, menor idea de lo que es elemental aprovechamiento del espacio.

Habían unas tres mujeres que tenían los pies, la parte descubierta de las piernas y en especial los brazos, materialmente cubiertos de los ya conocidos puntícos negros, producto de las picadas de los jejenes. Pensé inmediatamente en que igualmente tendrían las manos y la cara después de poco tiempo.

Recuerdo que mis órdenes dictadas en Caracas, prohibían terminantemente la presencia de mujeres en la Expedición. Tendría que terminar con este asunto, porque ya veía los problemas sin que nadie me los hubiera comunicado.

Pero mi alarma subió de pronto, y creo que justificadamente, cuanto ví que salía un precioso chiquillo del "departamento de Buitrón". Era una criatura de unos cinco años. Doble, con un bello color cobrizo, los ojos vivos y negros, y de una simpatía y movilidad asombrosas. Me hizo volar al lado de mis dos hijos y de mi esposa, y creo que ha debido ser una de las pocas veces a lo largo de toda la Expedición que sentí la nostalgia de cuanto dejaba atrás, en Caracas especialmente.

El agua caía en forma de diluvio, y las ráfagas de viento hacían que existieran a la vez muchas cortinas grises en medio de aquel torrente furioso. En mi interior cantaba de contento pensando que por lo menos en dos días no tendríamos mosquitos, y que las rápidas corrientes de agua que bajaban por la sabana de La Esmeralda estarían acarreando millares de infames jejenes.

El golpeteo de la lluvia que caía de lleno sobre el Orinoco producía un ruido especial, y tomaba el río la característica tersura, producto de miles de pequeñas ondas quebradas y entrelazadas. Me daba cuenta que la dureza del suelo se iba transformando en pegajosa blandura, y que sería la primera vez que caminaría con mis medias botas por aquellas sabanas como un bautizo especial, y sin que yo pudiera adivinarlo, era el primer diluvio de una serie de infinitos aguaceros que nos acompañarían con entrañable camaradería durante nueve largos meses.

Los insignificantes ranchitos de los peones, que semejaban un irregular tablero de ajedrez, goteaban y chorreaban incesantemente, y en la tierra se iban abriendo huequitos, más tarde embudos que por total impregnación de agua canalizaban hacia afuera pequeñas corrientes que muy pronto, siguiendo la inclinación del terreno, formaban pequeñas o grandes acequias, pozos, culebreando sin cesar y veloces como con un ansia incontenible de reunirse de una vez al caudal inmenso e insaciable del Orinoco que los esperaba más abajo.

Conversábamos de tántas cosas, y oía en su característico hablar al amigo exponer una continuación de pequeños detalles que me iban aclarando más y más la situación. De vez en cuando veía a las mujeres a quienes, por los salpiques de agua lodosa, se les había formado una especie de rara y característica capa de barro en los pies y en las piernas. El niñito me miraba con ojos grandes y vivos, como queriendo interpretar a ratos mi silencio y las más de las veces, mi continuo hablar con el Profesor.

Tan rápidamente como vino, así se fué la lluvia como si quisiera deshacer con sus truenos, relámpagos y chubasco interminable y sesgado, al milenario coloso del Duida, que inmóvil y sediento se dejó envolver por un manto de lluvia gris oscuro, allá a lo lejos, en donde sólo él cortaba un horizonte.

La sabana de La Esmeralda parecia un inmenso tapete primorosamente bordado y adornado de miles de purísimas gotas, las cuales, a medida que caminábamos, se iban transformando en rubíes, diamantes, topacios y esmeraldas como consecuencia de los débiles rayos del sol reflejados. Nuestras botas dejaban el barro a los golpes de las gramíneas, y mil veces sentimos el resbaloso pantano negro que hacía esfuerzos por soportar nuestra pesada marcha, y allá en el fondo, como rúbricas gigantescas de fuego violáceo, la furia de la naturaleza contaba ya los temores del Orinoco a su eterno



"La sabana de La Esmeralda parecía un inmenso tapete primorosamente bordado al pié del Duida".

Profesor J. M. Cruxent,
Director del Museo de Ciencias

vigilante, el Duida, que muy pronto se rendiría en su mismo misterioso origen a la disciplina, tenacidad o ideal de un grupo de hombres.

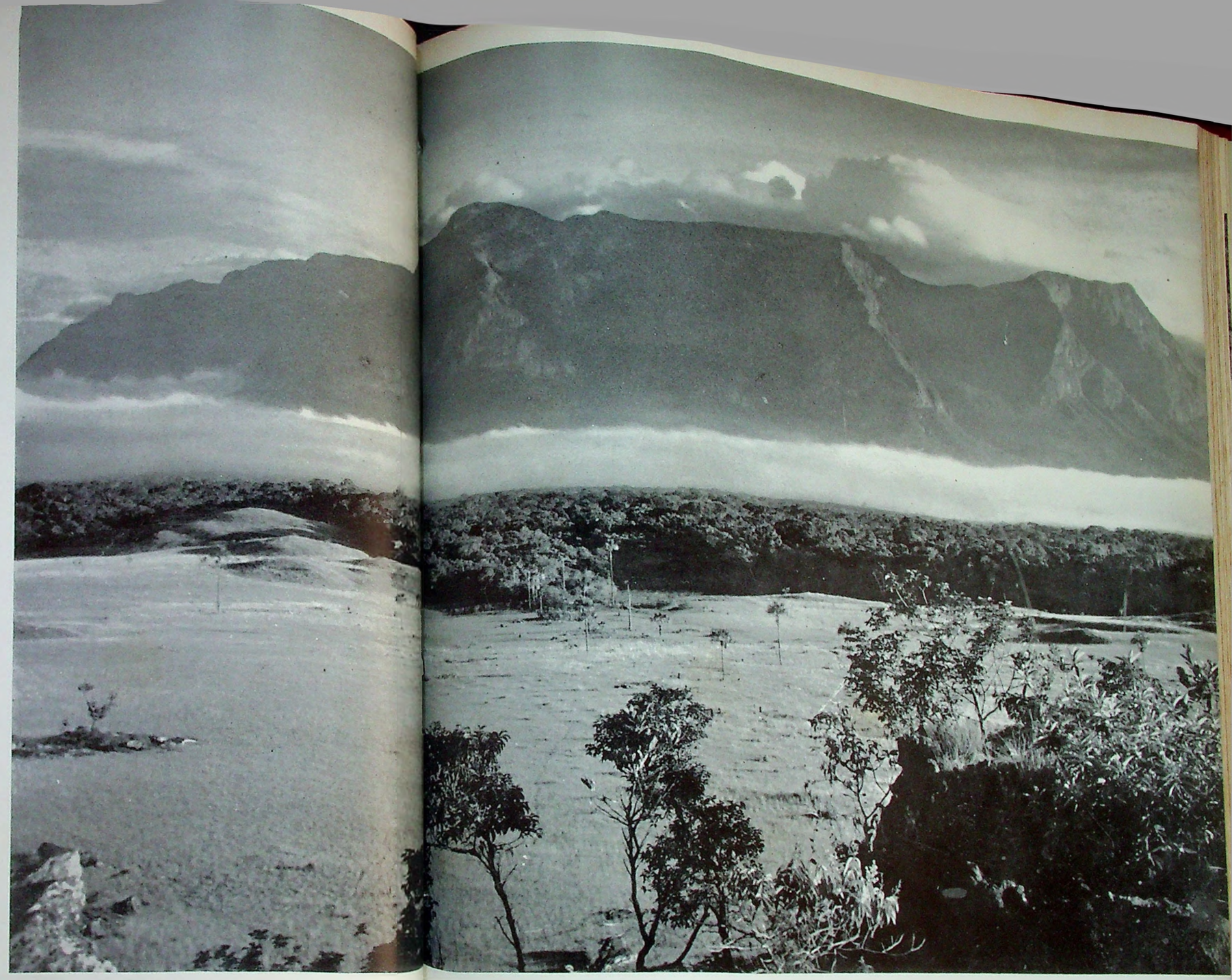
Cuando pasamos por la Plaza los dos gloriosos pabellones, el venezolano y el francés, se mostraban en excelsa quietud, pesados de tempestad, y dejaban caer en silencio a la tierra, el agua del cielo.

¡Qué raro me parecía al principio todo! Veía claramente que el proceso de adaptación del grupo a mis planes sería costoso, difícil! Quizás no podría obtener jamás mi ansiada idea de absoluta cooperación en todos los Departamentos, de que existiera un entendimiento entre todos y de que pudiéramos llegar a la conclusión de que solamente con una inmensa mística, con un enorme ideal, se podrían cubrir los planes perfectamente meditados, estudiados hasta la saciedad, en donde no existían imprevistos, ni deseos personales del Comando para figurar, sino un gran empeño por querer cumplir para Venezuela una nueva etapa en la cual se pusiera de relieve el valor y la pujanza de sus hijos.

Las órdenes les entraban por una oreja y les salían por la otra, y fué así cómo sin quererlo que un nuevo paso militar se marcó al tener que impartir diariamente a través de las Ordenes del Día, toda clase de indicaciones, entre las más importantes: el Jefe del Campamento, las Guardias diurnas y nocturnas, la repartición del personal, la compenetración de los trabajos, las reuniones, y en fin mil detalles que se iban haciendo ley entre aquella rara colectividad siempre reaccionaria hacia cualquier orden, por nimia que ella fuera. Sin embargo, tengo la seguridad y ellos mismos lo saben, que de no haberlos acostumbrado al cumplimiento ciego de las instrucciones, se hubiera fracasado en la más triste forma, y más de uno no habría regresado jamás.

El asunto importantísimo de las embarcaciones tenía que ser tratado con Eloy Fajardo y era el momento oportuno para hacerlo, ya que luego sería tarde. Se enviaron a construir curiaras y canaletes; palancas, horquetas; se envió a preparar peramán, estopa especial, etc.

Eloy Fajardo era un tipo bien parecido, pese a que sólo veía por un ojo, ya que el otro lo tenía de vidrio o simple y desgraciadamente para nada le servía; este fué un asunto que nunca pude averiguar, quién sabe si por el simple respeto al dolor humano. Aparentemente débil, pero con la fortaleza que le daba la selección natural, era el clásico tipo de la región del Alto Orinoco y muy especialmente de los hombres del Territorio. Sagaz, astuto, calculador, y gran comerciante en el medio estrecho en donde se había formado, se encontró de repente con hombres que todo lo hacían con una lógica y razonamientos que no admitían discusión ni dejaban tampoco secuela de dudas.



Tiene para mí, particularmente, el gran mérito de que, a través de su rara personalidad, la cerrada del indio y la pirata del conquistador, me abrió las puertas del conocimiento de los hombres que deberían acompañarme. Por instinto me indicó su desacuerdo con el personal de Manuel Buitrón, y el tiempo iba a darle la razón. Pero las curiaras, que debería haberlas presentado livianas, fuertes y nuevas, me las convirtió en la entrega, en curiaras en general grandes y pesadas, viejas y usadas, y con el ya esperado sobrecargo alarmante de precio. Nada pude decirle entonces; sino ante el hecho fatal y perfectamente calculado de su parte, cuando al cabo de dos meses me entregaba el material principalísimo de la Expedición, listo para salir. Con sus curiaras fuimos, sufrimos, triunfamos y siempre la sombra de Fajardo nos acompañó; pero en picas inverosímiles su especial criterio de comerciante se me convirtió en lágrimas, esfuerzos, extenuación y naufragios

"...a una señal del proero que es en realidad el vigía, el navegante, el responsable de la seguridad de la embarcación"



No obstante, repito, por él conocí mejor al material humano con que contaba, y aun cuando por él mismo supe lo que significaría la larga navegación que nos esperaba, pese a su experiencia del Alto Orinoco, ya él también había adivinado que no podría acompañarnos.

Sus méritos los tiene y, en bien o en mal, ningún expedicionario lo olvida. Pronto lo encontraremos como responsable inocente de la única tragedia de la Expedición.

Se me atacaba abiertamente por el nombre que el Gobierno de los Estados Unidos de Venezuela, había dado a la Expedición: Franco-Venezolana. Nada tenía que ver en este asunto, ninguno de mis compañeros tampoco, ni siquiera los cuatro compañeros franceses. Fué una de esas determinaciones hidalgas, abiertas, sencillas, del espíritu altamente caballeroso de los venezolanos, y sin temor a equivocarme no fué consultado con ninguno de nosotros. No creo, y esto me atrevo a indicarlo claramente, motivo justificado para el maremágnum de críticas que se derivaron del nombre oficial de la Expedición que tan honrosamente me encomendaron. Tan sólo señalo el hecho en sí mismo de la falta de franqueza de tantos y tantos periodistas que veladamente manifestaban su desacuerdo con el nombre, escribiendo: "Expedición Franco-Venezolana", "Expedición Venezolano-Francesa", "Expedición Venezolana" y, en fin, mil otros títulos. De todas maneras y en cualquier forma, la gloria de Francia en nada se desdora si se tiene en cuenta que en Venezuela, como en ningún otro país, existe el más elevado concepto de un gallardo y merecidísimo nacionalismo. Mil veces, incluso se pasa por alto el peso del acendrado nacionalismo que tenemos y que sólo se muestra cuando se ha consolidado una gran empresa, con todas sus consecuencias, siempre buenas a este particular respecto. Nada podía hacer y, aunque lo sentía en otra forma, demostraría que no hubo una total equidad en el nombre que comandé y que ya comandaré de por vida y ante la Historia. Fué por ello y ante la realidad de los hechos que ordené terminantemente no incluir en ninguna discusión el nombre de la Expedición; más aún, ni yo ni nadie está al cabo de saber las razones que motivaron este asunto y que dormidas para siempre en las altas discusiones orales o en los Archivos de algún Ministerio, esperarán pacientemente las investigaciones de los hombres que nos proseguirán.

La lluvia hacía de las suyas. Llovía casi a diario, y por los comentarios de los muchachos de la región comprendía que llovería más y más, hasta que el Orinoco no cupiera ya en su cauce de verano, y en un enorme desperezo nos tocara con sus puños de agua y formara esos inmensos e inolvidables remansos, que indiscutiblemente, desde el punto de vista estético, son indescriptibles por ese algo de quieta inmensidad y potencia; pero que yo les traducía en rigurosos cálculos de caudal, de resistencia a los motores, de inconvenientes a los guardias, de estado ambiental pastosamente húmedo, dándome cuenta a la vez que ningún cálculo, ningún deseo, podría detener la inmensa crecida que ya se avecinaba.

Comenzaban a llenarse de toda suerte de muestras los laboratorios, los depósitos, e infatigablemente se investigaba, se estudiaba, se dejaban copias fotográficas, y luego cuidadosamente se empacaba todo, esperando la ocasión propicia para enviarlo a Caracas.

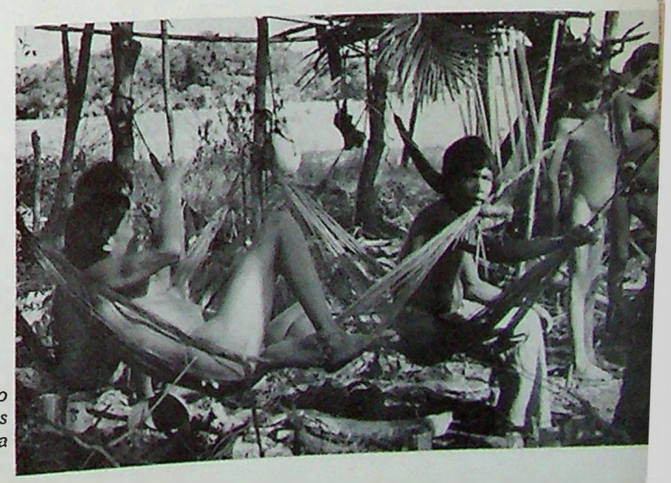
Me interesaba enormemente en los diferentes métodos de trabajo de cada uno de mis compañeros y en medio de mis ocupaciones siempre tenía el tiempo necesario para aprender, ambientarme y admirar cuánta ciencia se encerraba en cada una de las diferentes técnicas que guardaba cada Departamento. Una de las cosas por las cuales me encantaría de nuevo un comando similar es justamente por la formidable e inmensa variedad de conocimientos que, sin egoísmo alguno, me dieron todos y cada uno de mis compañeros. De mi parte sólo les pude demostrar que el Comando es una virtud que igualmente proporciona el estudio creciente dentro del enfoque analítico del mínimo detalle y que es difícil, justamente por la heterogeneidad a reunir alegre y responsable en la consecución de un objetivo a través de una sola idea que se llama entre nosotros: orden.

Jamás en el tiempo que duró nuestra larga y maravillosa empresa en el Alto Orinoco ví el cielo de los pintores, sencillamente azul, sino que, por el contrario, veía las más maravillosas combinaciones de nubes que hacían más inmensa la infnidad del paisaje.

Nubes y nubes que corrían constantemente en una franca dirección de Este a Oeste, fenómeno direccional que observaríamos en todo momento, se convertían en inmensos cúmulos blancos, resplandecientes con sus sombras grises o ligeramente lilas; estratos, cirros, en



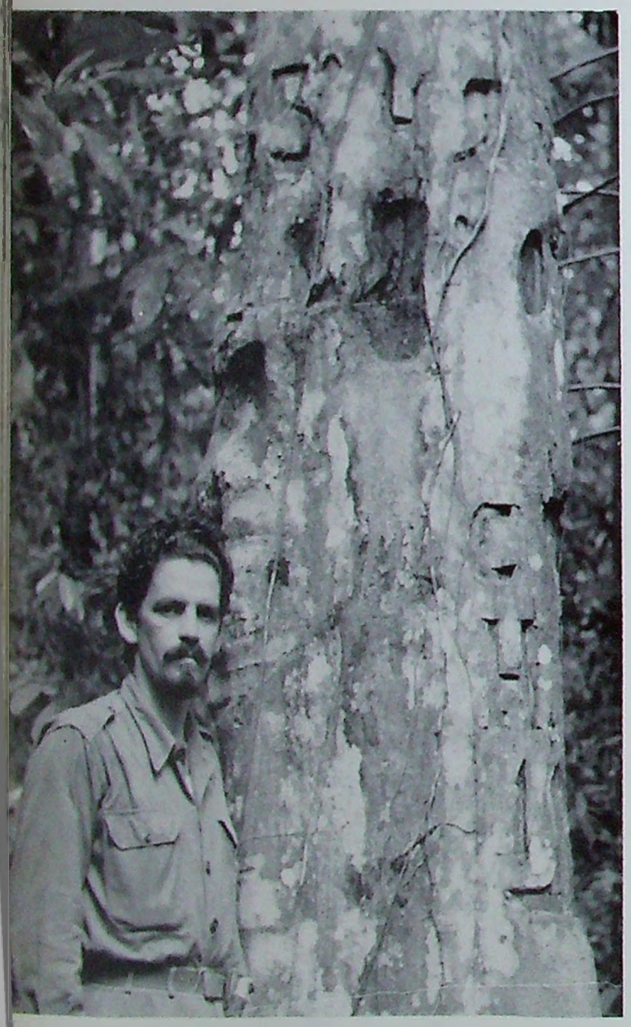
Cabeza de indio guaharibo



Campamento de indios guaharibos en La Esmeralda

fin toda la inmensa y bellísima variedad, dominio de las investigaciones metecrológicas, hacían la alegría de las horas de estudio del Departamento a mi cargo, y la felicidad de las cámaras fotográficas y cinematográficas que se cubrían de lentes amarillos, anaranjados, azules, e iban completando colecciones de inmenso valor sobre esas regiones poco o nada estudiadas. Fenómeno interesante, que comprobaría definitivamente dos meses más tarde, era el que mientras todos los lugares altos o bajos de las sabanas de La Esmeralda se encontraban cubiertos densamente de nubes y de corriente de niebla en todo su inmenso alrededor, las sabanas mismas se mostraban libres de esa especie de abrigo blanco-gris, molestoso por la humedad, y peligroso en sus consecuencias, que más de una vez encontraríamos a lo largo de nuestra ininterrumpida marcha de ascenso. Y eran bellos los altos-estratos y los altos-cirros, que a miles de metros de altura parecían eternizarse en una absoluta quietud y regularidad de formas.

Siempre el mismo maravilloso fenómeno del banco de nubes al amanecer, que duraba hasta las ocho de la mañana, nos producía la reacción innata hacia la admiración del fenómeno. Allá, muy lejos, besando la mole del Druida en el tercio inferior de sus laderas, encontrábamos al toque de diana el banco de nubes. No se cómo describir el maravilloso espectáculo que veíamos al amanecer; lo único que sí puedo indicar es que jamás contemplé sinfonía de colores más bella, exquisita en sus extrañas combinaciones, irrealizables por las maravillosas concepciones de los maestros de la pintura, y alguna vez se tejió el comentario de que si alguien lograra captar en su lienzo la maravillosa vibración multicolor de la naturaleza, ese alguien sustentaría con su realización de milagro la escuela extraña y viajera del más allá cuando se piensa en lo infinito de la armonía.



El Teniente Coronel Franz Rísquez junto al árbol marcado con las iniciales de Itriago en la desembocadura del río Ugueto.

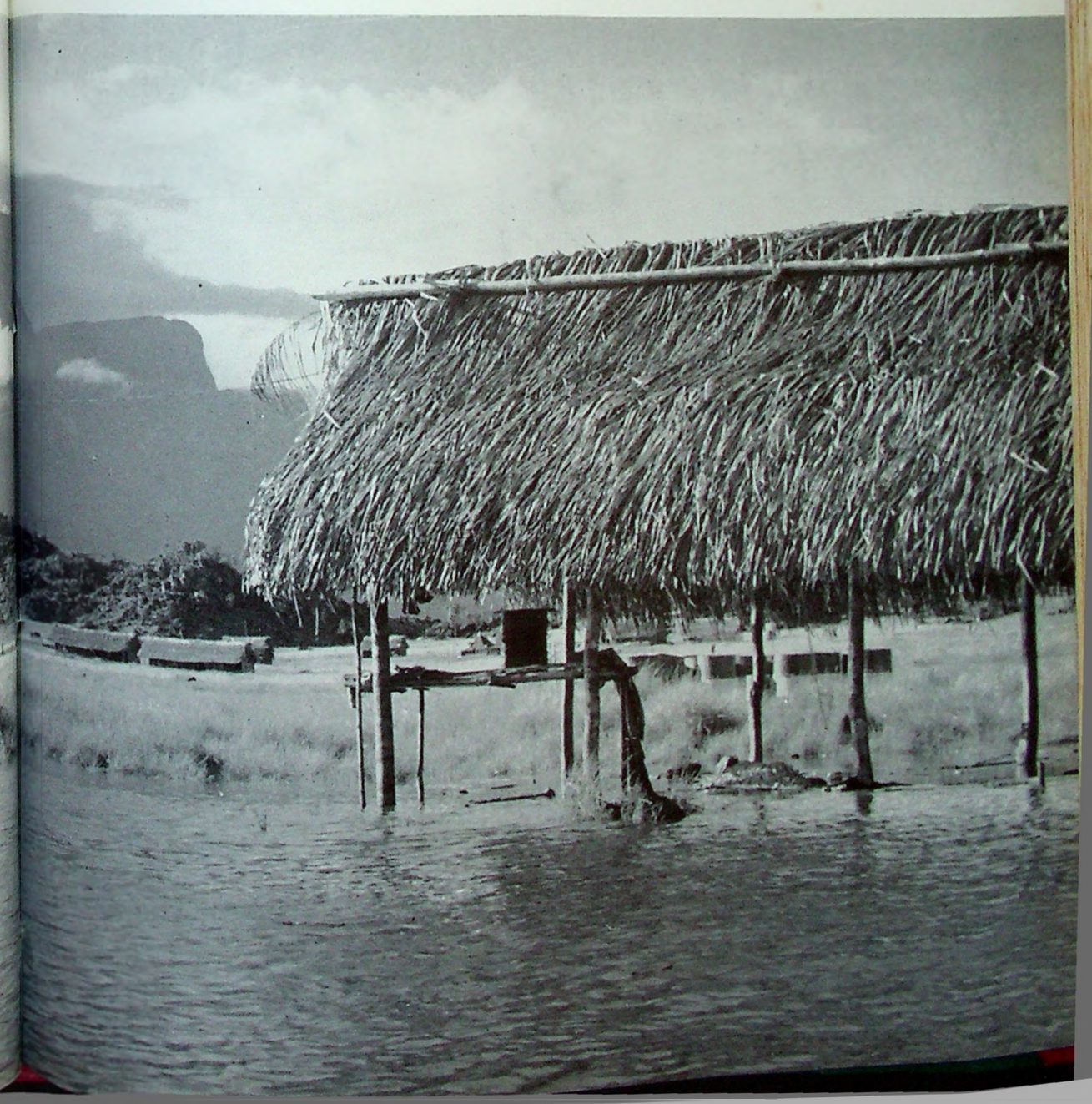
"No sé cómo describir el maravilloso espectáculo que veíamos al amanecer".

Y así era el día que se levantaba siempre: con lluvia o sin ella, vimos un paisaje de color tal como lo hizo el infinito con una rúbrica de nubes contra el Druida. Y ya que hablamos de la delicadeza de colores de los amaneceres y de nuestra imborrable impresión, es necesario recordar la fortaleza de color de los atardeceres, cuando todo se iba tiñendo de rojo y amarillo intensos, y el verde ya no era verde y el azul del cielo se tornaba por instantes en violácea penumbra salpicada de nubes color de oro, de horizontes de incendios, y comenzaban por el Este, atónitos, a mirarse estrellitas somnolientas que arrastraban carretadas de luceros sobre un manto azul impresionantemente profundo, y desde donde nos saludaban millones de infinitos en una inolvidable Vía Láctea.

Pero cuando llegaba la noche, no venía el ansiado descanso de inmediato, ni tampoco nuestro Campamento se dormía en una inmensa oscuridad.

Ya a las 18,30 horas, los cables eléctricos que llevaban la fuerza de nuestra potente planta de corriente continua a todos los rincones de nuestros ranchos, iluminaban con sus decenas de bombillos de 50 y 100 bujías, y en cada Departamento se estudiaba, se investigaba, se realizaba algo de importancia, que más tarde daríamos a conocer al mundo en nuestros informes. Desde lejos nuestro campamento parecía un nacimiento con lucecitas y relumbres que salían constantemente de equidistantes lugares. Allá nunca faltaban los hogares, con sus brasas rojas y blancas que, sin formar llamas, lanzaban a los golpes espaciados de la brisa miles de chispitas que duraban pequeñísimo instante. Los linternazos potentes de la Guardia nocturna, que penetraban con un haz de luz firme y brillante las más densas tinieblas y cualquier bulto que por casualidad se moviera, era seguro blanco del torrente de luz guardiana. Las luces menos intensas de las linternas de los hom-





bres que caminaban a veces desde lejos, se entrecruzaban como con un saludo de espadas brillantes; los repentinos y casi constantes golpes de luz amarillo-rojiza de los fósforos, y luego las brasas encendidas de los cigarrillos, que delataban el camino seguido por sus dueños a cada bocanada de humo que se aspiraba, alumbraban siniestramente de rojo las caras barbudas de los expedicionarios.

En cada luz o en cada relumbre, miles de insectos de todas formas y tamaños venían atraídos y cegados. Cabeceaban, aleteaban contra los bombillos, linternas o faroles; pero otras veces caían, víctimas de su mismo deseo de luz, en la llama traidora o el excesivo calor de nuestras lámparas Cóleman.

Y de noche la sabana de La Esmeralda se cubría de infinitos puntos de luz amarillo-verdosa de las luciérnagas.

Las luciérnagas eran de un tipo sumamente grande y poco conocido de todos nosotros. Volaban en cantidades casi inimaginables, y, al igual que las lámparas y las hogueras y los cigarrillos encendidos, colaboraban para la enorme sinfonía de luces nocturnas.

¡Quién sabe si lo más interesante era el acercarse a las márgenes del Orinoco y observar durante dos o tres minutos, confundidos con la inmensa quietud reinante, esas riberas testigos mudos de tantas desgracias! Al principio nada se veía, pero poco a poco, la vista ya acostumbrada, comenzaba a adivinar extrañas y débiles luces de muy raros pero bellísimos tintes. Muchos de los peces eran fosforescentes, y en las riberas de nuestro gran río pequeñas y delgadas franjas blancas las marcaban al romper mínimas ondas. De repente veíamos claramente dos puntos verdosos equidistantes, y más allá una masa oscura de imperceptible movimiento de avance o a favor de la corriente, o en su defecto de absoluta quietud, y en estos caimanes, señores de muchos de nuestros ríos, la fosforescencia era de un verde-amarilloso que jamás se apagaba, y, en cambio, las babas tenían un raro esplendor rojizo y con menos distancia de separación entre los ojos, que a veces se apagaban.

Encima de la corriente y ya en una muralla de sombra, veíamos luces de gran cantidad de preciosos tintes, desde el raro amarillo del ojo del tigre hasta el rojo azulado de las lapas y más arriba los grandes círculos amarillos, verdes o rojizos de las "lechuzas". En fin, sería largo enumerar la rara impresión de lo que yo llamaba la salvaje sinfonía de colores.

"La lluvia hacía de las suyas"

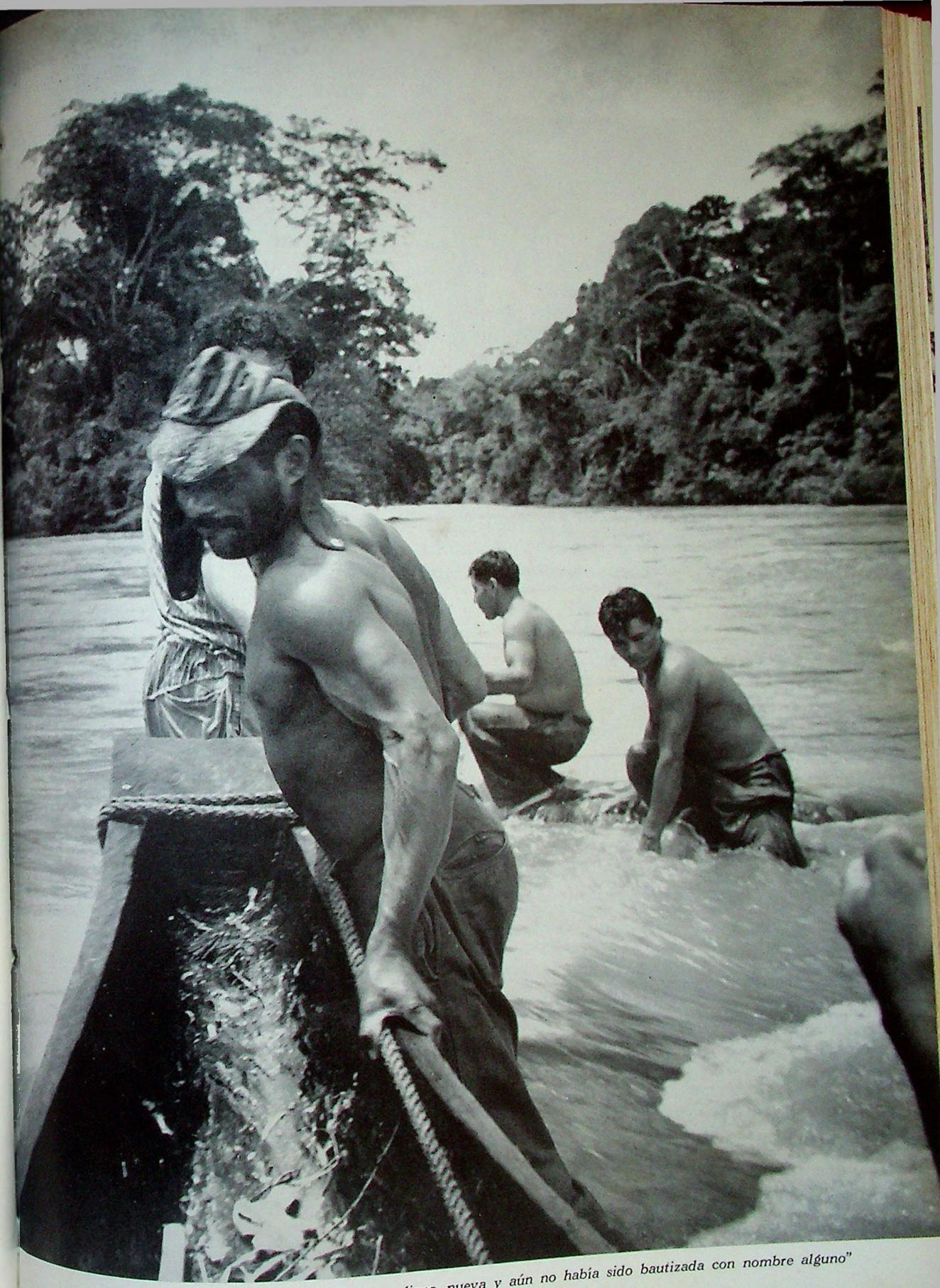


Pero eso no era todo; los ruidos, y el silencio en ciertos momentos, le limitaban a uno la expresión de lo real para transportarlo al tan nombrado "silencio de la selva".

En la selva no existe tal silencio. Es necesario aclarar que, para los individuos provenientes del estruendo de las ciudades modernas, del ronronear casi constante de los motores de los autos, del descanso con el fondo musical de la radio, del constante hablar y oír, y en fin, de lo que yo llamo ruido, si de repente el avión los conduce a uno de esos lugares inaccesibles a los hombres que no estén animados de un inmenso ideal de investigación científica o de admiración de la belleza estética que encierra una selva tropical virgen, es lógico que todo se sienta rodeado de impenetrable silencio. Pero, no existe tal silencio; así como me di cuenta de la enorme sinfonía de luces y reflejos nocturnos, igualmente comprendí que es bellísima la orquestación natural.

Los árboles casi nunca están silenciosos. La brisa y las más veces el viento fuerte o huracanado, silba, canta, ruge, tañe, suspira, y esos árboles acostumbrados al eterno movimiento de sus copas, a un constante roce de ramas, aumentan el sonido bellísimo con una perenne lluvia de hojas verdes o secas, o arrancadas sobre todo por las hormigas. Y aun cuando exista una absoluta quietud del aire, se produce otro fenómeno que parece que revistiera la reacción de los árboles dueños de su suelo y de su río y de su misma selva, y en toda la selva se oye el crepitar salvaje de su poda natural, cuando se precipitan hacia la tierra gajos secos, ramas carcomidas o troncos e incluso árboles que, cansados de prestar apoyo a otros más fuertes, se doblan definitivamente con el peso de los años o la angustia de su debilidad verde y crujiente que en su mínima despedida arrasa cuanto a su paso encuentra. Y esto es un sonido peculiar, constante, que en miles de planos se sucede.

Y sobre los árboles hay un aleteo sordo y constante, y abajo, en el suelo mismo, las hormigas de todos tamaños, alacranes, copris, culebras, trabajan arrastrando, enterrando, cazando y todo con un roce especial; y las mariposas nocturnas con una velocidad continua y retumbosa que a veces semejan en su ruido diminutas sierras al chocar contra las hojas; y los impactos constantes de los coleópteros contra la superficie de la selva, y en fin, tantas cosas bellas con sonidos propios, inconfundibles, inolvidables. El río canta también en su corriente y en sus miles de burbujas que, no teniendo la tensión superficial de las bombas de los rebalses, se rompían recordando el conocido glú-glú de nuestros cuentos infantiles, y nunca dejaremos de oír miles y miles de graznidos de sapos y ranas enormes y repulsivos que, sin género de dudas, forman un concierto tan tremebundo que en muchas oportunidades parecía un concurso para decidir quien lo hiciera más fuerte y continuado; y en la ribera en donde hacía mis observaciones, el vuelo sordo y el aleteo de ronco soplo de los murciélagos y sus chillidos de angustia rápida. Se oyen de repente a lo lejos los coloquios amorosos de los papagayos y pericos; una explosión de algarabía de los



"La curiara era mediana, nueva y aún no había sido bautizada con nombre alguno"

"El Orinoco parecía un hule amarillento"



"...nos íbamos a jugar la vida si fuera necesario, pero nuestra decisión era: ¡triunfar!"

monos ante cualquier hallazgo o en su eterno retozar e intranquilidad; y rugidos, y carreras, y pisadas y silbidos típicos y resoplar de las dantas o tapires. En nuestro caso y, en general, en donde hay hombres, es la noche la que mayormente y mejor se utiliza para la cacería, y el retumbar más o menos lejano de los disparos sí produce de inmediato un profundo silencio que a los dos segundos sustenta en todos los rincones de la selva un murmullo fuerte, producto del desacuerdo exteriorizado de miles de criaturas irracionales que no pueden comprender tan fuerte y extraño grito. Y se oyen voces en los campamentos, y rasgar de guitarras, y por eso digo que no existe el poético silencio misterioso de la selva, antes por el contrario es una sinfonía de sonidos inolvidables.

Nunca había navegado en una curiara; desconocía en absoluto las posibilidades de navegación en ellas; su velocidad; el número de marineros y su capacidad de carga. Una tarde y en uno de los periódicos viajes de Fajardo a La Esmeralda, encontrándome relativamente tranquilo ya que estábamos casi a fines de mayo, le ordené a Buitrón, "el gallo", y a Fajardo que alistaran una de las curiaras recién traídas para salir a las 15,00 horas.

Todos sabían que no había efectuado todavía la primera salida en curiara y por ello, cuando a las tres de la tarde me acerqué al puerto, más de uno me dió sus consejos. Se los agradecí porque veía que hasta en eso ya comenzaban a exteriorizar aprecio y preocupación por "el Mayor", por el "Caraqueñito". Nunca he podido averiguar con certidumbre de dónde proviene el nombre de "curiara", porque en todo el inmenso sistema fluvial venezolano se conocen con este nombre las embarcaciones pequeñas que lo recorren, aunque tienen ciertas características de construcción algo distintas. Al referirme a las curiaras, lo hago a las del tipo y clase maquiritares exclusivamente, cuya construcción anoté detalladamente.

La tarde estaba clara, pero siempre cargada con ese sutil manto de niebla que se iba tornando más y más gris-blanco a medida que mirábamos hacia lo lejos. El





"Pero cuando llegaba la noche, no venía el ansiado descanso de inmediato..."

Orinoco parecía un hule amarillento y las corrientes, las burbujas, las piedras sumergidas hacían que a ratos espaciados se moviera, temblara, y produjera una serie de raras ondas que le hacían perder tersura. A 500 metros, más o menos, su anchura en La Esmeralda, la otra orilla se veía como inexistente y solamente una muralla de verdes tonalidades, con irregulares finales de crestas, se observaba que se hacía repentinamente brillante cuando un haz de sol le pegaba de lleno.

En el puerto la plaga era sencillamente insoportable. Admiraba el rítmico movimiento que a los extremos de su toalla, que le servía de bufanda de protección, le imprimia indiferente Buitrón, una y otra vez hacia los costados, hacia arriba o abajo abriendo una huella, un camino entre los millares de jejenes ávidos de sangre. Fajardo, muy de vez en cuando, se golpeaba la cara para apartar los jejenes, y cuando lo hacía dejaba en ella y en su mano una estrellita de sangre, que las más veces se secaba así, y otras al restregarse le producía como un rasguño. Yo sentía encima de mi mosquitero el vibrar constante y característico de los jejenes que, en los puntos de la piel donde se me pegaba el mosquitero, hincaban sus puñalitos en forma ávida y rapidísima.

La curiara era mediana, nueva y aún no había sido bautizada con nombre alguno. Estaba limpia, pero con un sui-géneris olor, imposible de describir, que a partir de ese instante no olvidaría jamás por una serie de extraños recuerdos.

Me pareció que mi peso iba a desfondar aquella concha, y al embarcarme un bamboleo me hizo el efecto de no finalizar nunca y que terminaría por hacer voltear la curiara. ¡Qué lejos estaba de conocer los secretos de estabilidad, de resistencia, y de maniobra que guardan las perfiladas embarcaciones maquiritares, las cuales muy pronto doblegarían aquel colosal caudal de agua hasta sus propias fuentes!

Me senté en el penúltimo asiento. En la proa se colocó "el gallo", más atrás Buitrón y Fajardo como motorista y piloto. Recibí recomendaciones de Fajardo de no moverme ni balancearme mucho, soltaron el mecate de amarre y la curiara suavemente comenzó a apartarse del puerto, aguas abajo.

"El Gallo", con unos golpes rápidos del canalete, sacó más la curiara y de repente oí el motor que funcionaba alegremente, hundió su hélice en las amarillentas ondas y comenzamos a navegar aguas arriba. Nos abrimos un poco hacia el medio del río y vi un inolvidable espectáculo: el Orinoco se me perdía hacia el frente, y allá, en el límite de mi vista, la siempre presente gasa de niebla lo cobijaba y lo hacía desaparecer. Parecía que el río se hubiera abierto paso entre los mismos árboles y ahora sabíamos dónde comenzaba el río y dónde la tierra firme. La curiara cortaba veloz las tersas aguas y constantemente observaba de repente borbotones enormes, que algunos les pasábamos veloces y otros se esquivaban con suaves movimientos de timón a una señal del proero, que es en realidad el vigía, el navegante, el responsable de la seguridad de la embarcación.

Los jejenes habían desaparecido con la fuerte corriente de aire producida por el rápido navegar de la curiara; todavía en el fondo de ella había muchos que los dejaba concentrarse en mis piernas y botas y luego, espantándolos, los hacía volar hasta que los dejaba atrás la corriente de aire; muy pronto nos quedamos sin jejenes y aprovechamos el sol para tostarnos un poco. ¡Qué de tiempo que mi piel no sabía lo que era sol, ni siquiera por encima de la tela fuerte de mis uniformes!

Mi asiento quedaba tan cerca de la superficie que dejando colgar los brazos el agua me cubría hasta más arriba de la muñeca, pero el golpe de corriente era fortísimo. Cuando navegábamos callados, y solamente se oía el fondo un tanto molestoso del ruido y ronroneo incesante del motor de 10 HP. fuera de borda, me fué envolviendo otro ruido agradable, producido por el chasquido del agua cortada por la proa de la curiara y el chapoteo del fondo en sus continuas subidas y bajadas. ¡Mis ojos no se cansaban de admirar tanta belleza! Allá muy lejos veíamos la mole colosal del Druida, envuelta en su perenne manto de nubes, que se arremolinaban sin cesar, cambiando a cada instante de formas sugerentes. El cielo de un azul profundo cortado por inmensos círculos de resplandeciente blanco, el eterno verdor de las orillas y una brisa fresca y fuerte, se encargaron de hacerme imperceptible la hora y media de navegación, durante la cual las enormes curvas del río parecían más bien rectas infinitas. Ante la inmensidad del paisaje no pensé que tanta belleza se convertiría a pocos kilómetros más arriba en estruendosa furia que duraría seis meses largos. Pensé en tantas cosas, hice planes y me familiaricé en esa hora y media de rápido navegar con esta nueva experiencia de mi vida; me pareció a ratos que me había formado y robustecido luchando contra el Orinoco, que ya lo veía, eso sí, como enemigo implacable, crecido, golpeándome la cara con su agua turbia y abriéndose ante mis asombrados ojos, como queriéndose doblegar con su paisaje de infinitud.

Mi tranquilidad de pensamientos se rompió en un instante, cuando vi una enorme isla que surgía con un verde profundamente oscuro y con una quietud de siglos, como si fuera un vigía imperturbable que veía pasar las aguas y troncos flotantes, densas burbujas y tempestades canalizadas en nuestro mar océano hacia el Atlántico.

Era una isla alta y fuerte, en donde se levantaban gigantescos árboles, que por su fortaleza y altura me hicieron pensar que hundían sus raíces y las extendían aún por debajo del lecho del río. La bordeamos siguiendo la margen derecha del río, me parecía que éramos nosotros los fijos y que ella pasaba flotando a nuestro lado como un castillo encantado. Era la primera isla que veía en el Orinoco, y tampoco la puedo olvidar. Le dimos la vuelta y cuando bajamos por el canal izquierdo que ella formaba con la orilla izquierda del río, ordené detener el motor. Al apagarse éste fué como si una explosión de silencio, instantánea, profundamente impresionante nos envolviera densamente. Al principio la curiara siguió su impulso, pero luego disminuyó la velocidad hasta adquirir la lenta y silenciosa de la corriente. Todo era tan profundo, tan quieto, que no recuerdo sensación parecida. Necesariamente he debido revelar una extraña impresión, porque El Gallo y Buitrón se volvieron y se quedaron mirándome sin decirme nada, sino que se tornaron quedándose también quietos, pensativos, distantes.

La curiara seguía lentamente y, al suave empuje de corrientes invisibles, la proa apuntaba poco a poco a muy distintos sitios, unas veces a la derecha, otras a la izquierda, o efectuaba un giro completo que luego la detenía y regresaba. El Orinoco parecía aceite y el color próximo a la isla era verde oscuro y lleno de enormes burbujas. De repente una brisa suave rizaba de millares de ondas la superficie, que volvía a tornarse lisa de espejismos.

No fué mucho el tiempo que estuvimos en silencio y a la deriva. Ya millares de jejenes se habían adueñado de la curiara y nuevamente estuve envuelto en mi camisa, mi mosquitero, mis guantes y mi casco; jamás creí que en el medio del río hubiera jejenes y esta creencia era lo más infundado del mundo. En toda la región del Alto Orinoco, en el río, en sus márgenes, en todas partes se encuentran por millones de estas torturantes criaturas.

Prendimos nuevamente el motor y la bajada, aún más rápida, nos condujo al campamento ya envuelto en un suave color rojizo y violeta, característico de los atardeceres en esas regiones. Había efectuado mi primera experiencia con el enemigo que debería dominar, me embargaba una enorme impresión, y allá en lo íntimo de mi conciencia me asaltaron ilusorias esperanzas y emociones.

Cuando vi a lo lejos el Campamento de Base Nº 1 gocé enormemente; nunca lo había visto desde el río y el Orinoco debería verlo igual. En el puerto se levantaba altivo el inmenso árbol que era característico, se observaba de todas partes y especialmente su copa. Ese árbol, en sus raíces, nos proporcionó por vez primera protección para nuestros hornos y cocinas, y sus frondas fueron benignas para el cansancio después de aquella enorme jornada fluvial. Ahora estaban completamente cubiertas sus raíces por las aguas crecidas y producía un extraño efecto levantándose recto y fuerte del Orinoco, como un reto a ese río que poco a poco lo iría venciendo hasta deshacerlo en el mar. Los ranchos, las curiaras, allá a lo lejos las banderas, todo rodeado del típico verdor, de sus montañas, en medio de aquella enorme sabana, era un paisaje de extraña paz en las inmensas soledades de nuestra selva, virgen por mil títulos.

Los últimos días los dedicamos a las revistas definitivas, a reajustes de organización y a preparar a los hombres que deberían quedarse en La Esmeralda mientras durara nuestra necesaria ausencia.

La Esmeralda era algo nuestro; le habíamos dado lo mejor de nuestros esfuerzos, lo mejor de nuestra esperanza para que ella albergara todo lo indispensable en caso de una necesaria y rápida retirada, bien fuese de un grupo, asunto éste previsto en sus mismos detalles, como de toda la Expedición, también previsto, pero alejado de nuestro pensamiento y decisión como el fracaso mayor de todos nosotros, que llevábamos junto con nuestra propia responsabilidad, la de millones de venezolanos que esperaban ya confiados y orgullosos en nuestro triunfo. Y así tendría que ser; nos íbamos a jugar la vida si fuera necesario, pero nuestra decisión era: ¡triunfar!



FRANZ ANTONIO RISQUEZ IRIBARREN,
Teniente-Coronel de las F.A. de Venezuela y Comandante de la Expedición que descubrió las fuentes del Orinoco, nacido en Caracas el año 1915. Cursó estudios en el Colegio Militar "Eloy Alfaro", la Escuela Politécnica de Artillería e Ingenieros del Ecuador y Escuela de Guerra de Bélgica. Ha desempeñado altos cargos en el Ejército nacional, distinguidas misiones militares en el extranjero y cátedras en nuestros institutos militares, labores en las cuales ha recibido honrosas distinciones nacionales y extranjeras.





REYNA RIVAS DE BARRIOS, escritora y periodista venezolana nacida en Coro en 1922. Estudió Bachillerato y Pedagogía en Caracas. En 1950 publicó en París su primer libro titulado "Seis Prosas". Colabora en los principales diarios y revistas venezolanos, especialmente sobre temas relacionados con la pintura y las demás actividades culturales.

EL UNIVERSO DE LOS MUÑECOS

POR REYNA RIVAS DE BARRIOS

El hombre pasa por la vida y arrastra, sin preguntarse cómo, la noción del tiempo. Su acontecer entre la hora y el espacio se va cargando de posibilidades y de eso que llamamos experiencia: sensaciones, olvidadas vivencias, recuerdos que un día cualquiera vuelven y son capaces de dejarnos asombrados.

Todo se va almacenando allí, en esa esfera sin medida de la vida interior y desde allí se proyecta o allí duerme esperando su hora.

Alguna vez fueron los recuerdos de la adolescencia los que volvieron a enfrentarse con el orgullo y la arrogancia de ser hombre. Otras veces, las más, fué nuestra infancia.

Hoy reconstruímos esa edad de fábula y surgen todos los seres que, con nosotros, compartieron el espacio y el tiempo: asoleados jardines, almendrones, cometas en el viento, alfondoques, muñecos de todas las especies.

Allí, como si todo volviera súbitamente a ser, nos detenemos y comenzamos a vivir y a gozar de nuevo.

Recordamos con claridad que en ese entonces, el mundo para nosotros alcanzó una dimensión nueva. En él cabía el hombre, tenían un sitio los mayores, mas. cabían también los muñecos, esos seres distintos que humanizamos una vez y que llegamos a identificar con nuestro propio acontecer.

Viven aún con nosotros. Se quedaron por obra y gracia de su ser apresados en el recuerdo y como patrimonio original en la interminable sucesión de la vida.

Los muñecos constituyen un mundo aparte; un universo pintoresco. Allí los hemos organizado y los siguen organizando los niños de todos los tiempos bajo todas las latitudes. Como en un teatro permanente y a la manera de los buenos actores, no supieron nunca fingir. Fueron y son los mejores intérpretes porque la función que tuvieron siempre que representar fué y es el risueño espectáculo de la niñez con sus preocupaciones y su cotidiano trajín. O lo que está más lejos: los sueños, las esperanzas y las fábulas.

¡Cuántas vocaciones nos ayudaron a descubrir! ¡Cuántos instintos fueron, con su mágica ayuda, precisados!

Un día cualquiera comenzamos a ser madres, o maestras de escuela o doctoras, cuando apenas empezábamos a abrir la pupila asombrada frente a la vida y sobre el mundo.

Los niños de todos los tiempos han gozado con este juguete que cuenta ya con una edad inmemorial y que toma las más variadas formas, los más caprichosos matices, cada día.

La edad de los muñecos-juguetes se pierde en el tiempo y se empalma con las primeras civilizaciones conocidas. Su más remoto origen está en las figurillas o estatuas articuladas, talladas en madera o modeladas en barro que se encuentran ya como expresión genuina en las más viejas culturas.

Y si bien estas estatuillas no fueron creadas como juguetes propiamente, sirvieron de inspiración o de









Muñecos pertenecientes a la colección de la Dra. María de Tingler.

punto de partida, por decirlo así, para los muñecos que en Egipto, Grecia y otros pueblos constituían el centro de la vida infantil.

Desde entonces y siempre han servido para crear un mundo nuevo hecho a semejanza del reino del hombre, pero distante y mágico.

Con los muñecos el niño crea, inventa, trasmuta la vida y da rienda suelta a su imaginación.

En los muñecos se reúnen al mismo tiempo lo que llamamos juegos de imitación y juegos de imaginación o creación.

Ellos motivan un clima peculiar en la vida de los niños y crean esa especial predisposición que ya parece más una herencia que un hábito adquirido.

Con estos juguetes va la poesía, el más hermoso costado de la vida: un submundo que se renueva sin esfuerzos con cada niño y con cada imaginación.

¿No es acaso poesía inventar para la vida un nuevo nombre?

¿No hemos compartido con las muñecas nuestras mejores horas, la orilla del sueño, el país de las fábulas y en forma natural como si hubiera sido ese el mundo que se nos había destinado y el que teníamos, por soberano imperativo, que modelar con nuestra voluntad y de acuerdo con nuestros intereses?

Siempre fué nuestra casa de muñecas el reflejo de nuestra sensibilidad, la manifestación de nuestro temperamento. Y los juegos con los otros muñecos que formaban nuestro mundo la más cabal demostración de nuestras inclinaciones.

En nuestra conciencia se agita todo este universo y lo que creíamos perdido vive al calor de la vida y forma parte imprescindible en el caudal de la experiencia.

Muñecos actores:

El mundo de los muñecos es aún más ancho. Si desempeñan un papel importantísimo en la vida del niño; si pueden utilizarse como medios para despertar la fantasía y la imaginación o para canalizar los instintos y la vida afectiva; si pueden, allí, en la esfera de los juegos, servir como instrumento pedagógico, saben también extender su vida y su acción más allá. Saben ser buenos actores.

Sirven como instrumento para llevar a cabo una de las más difíciles modalidades del género teatral: los títeres.

Viejos como la vida, los muñecos actores han sabido escapar de la prisión del tiempo y del espacio.

Porque los niños y esa "edad de oro" que es la infancia tienen el don de universalizarlo todo. Ni los muñecos actores, ni los muñecos-juguetes tienen fronteras. Son de todos y para todos. Teatro del mundo son los escenarios donde les toca actuar a los muñecos en íntima amistad y secreto coloquio con los hombres que los mueven.

Llenos de humanidad, los muñecos son el mejor portavoz de la historia, mensajeros felices de toda la complicada arquitectura de la vida infantil o portavoces de lo que en nosotros, mayores, se ha quedado prendido a las orillas de la conciencia. De eso que surge cuando menos lo esperamos y constituye irremediablemente nuestro más caro haber.









Muñecos pertenecientes a la colección de la Dra. María de Tingler.



ALGUNOS ASPECTOS

DE LA INVERSION DE LA RENTA PETROLERA

DURANTE EL LAPSO 1938 - 1952

por CARLOS MENDOZA

No es mi propósito analizar la industria petrolera en sí misma, pues este problema fué brillantemente desarrollado hace pocos meses por el Dr. José Martorano, autoridad en la materia. Mi aspiración, o quizás mi pretensión, es hacer un recuento de cómo ha repercutido en nuestro país la explotación petrolera, cuál ha sido el significado de esta renta en el desarrollo de nuestra economía.

Podemos decir que fué a partir de 1936 cuando entró en la conciencia nacional la preocupación por esta actividad del país. Pronto vimos que la indiferencia que antes predominó hasta el punto de que en muchos sectores se excluyera la exportación de petróleo de nuestra balanza comercial y hasta se desdeñara la importancia del ingreso de divisas petroleras en nuestra balanza de pagos y de que se olvidara en los tratados de comercio, quedó sustituída por un verdadero anhelo nacional, el cual se concretó en la Ley de Hidrocarburos de 1943 y se expresa en la tan repetida frase de "Sembremos el petróleo".

Es a este segundo aspecto al que deseo referirme, pues siendo de vital importancia para nuestro país, ha sido objeto de múltiples discusiones y con frecuencia nos hemos enrostrado nosotros mismos el no haber aprovechado una riqueza exhaustiva que nos deparó la Providencia y se ha llegado a invocar como elemento probatorio de tal afirmación el alto volumen de importación que ha venido haciendo el país de artículos de mero consumo.

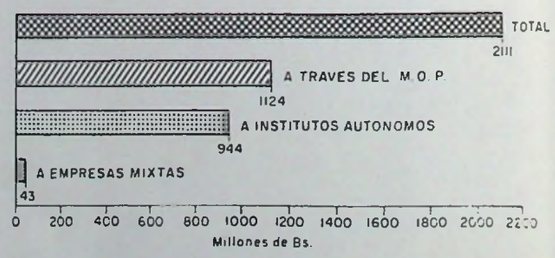
Sin embargo, quien recorra nuestro país tiene necesariamente que apreciar múltiples y variadas mejoras que resaltan tanto en las ciudades como en los campos. Si hacemos un fácil y rápido esfuerzo de memoria y recordamos ciudades como Caracas y Maracaibo, las carreteras, los puertos, los aeropuertos, las escuelas, las empresas industriales, la mecanización del campo de hace veinte años y los comparamos con los de hoy, tenemos que preguntarnos: ¿de dónde ha surgido todo esto?

Todo cuanto se aprecia a simple vista, aun por el más escéptico, encuentra una demostración precisa en las estadísticas y en los estudios de los economistas.

En efecto, el Banco Central de Venezuela se dió a la tarea de estudiar cuál había sido la inversión que el país había hecho de la renta petrolera. Veamos el resultado de tal estudio, dejando de lado los métodos y fórmulas empleados, pero sí precisando que no se incluyó la inversión en la industria petrolera; que se calculó por separado el resto de la inversión privada, de la inversión fiscal y que esta última se limitó a la realizada por el Poder Federal, o sea incluyendo la inversión llevada a cabo por los Estados y las Municipalidades.

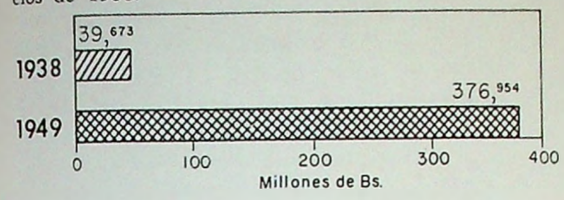
Para mayor claridad haré referencia primero al lapso 1938-1949 para citar luego los datos de los años subsiguientes hasta 1952, que es el último del cual tenemos información.

En el lapso dicho, el Banco Central calculó que la inversión hecha por el Gobierno Nacional en bienes capital ascendió a un total de Bs. 2.111 millones distribuídos así: Inversiones brutas directas hechas a través del Ministerio de Obras Públicas, Bs. 1.124 millones; inversiones por aportes de capital a Institutos Autónomos, Bs. 944 millones; inversiones por aportes de capital a empresas mixtas, Bs. 43 millones.

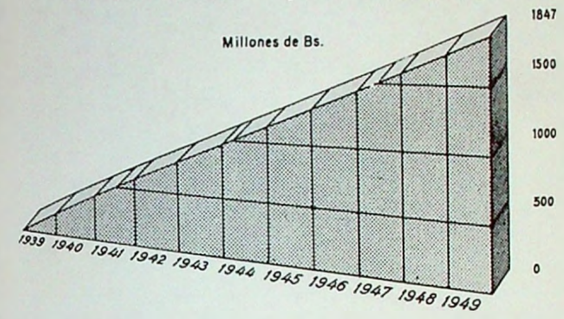


Inversiones en Bienes Capital 1938-1949

La formación de capital fijo productivo en el sector privado se estimó en Bs. 39.673.000 en 1938, alcanzó a Bs. 376.954.000 en 1949 y durante el decenio fué en total de Bs. 1.847 millones, valores ajustados a los precios de 1938.

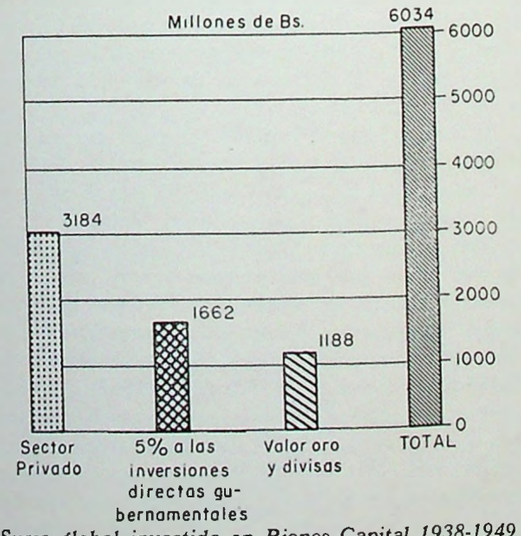


La Formación del Capital Fijo Productivo



Total de la Formación del Capital Fijo Productivo durante el período de 1938-1949

Para lograr un concepto preciso de la suma global realmente invertida en bienes capital en el lapso de diez años, es indispensable tomar los precios existentes en cada uno de los años en referencia. Se llega así a Bs. 3.184 millones de inversiones por el sector privado de la economía. Por otra parte, aplicando una rata del 5% anual a las inversiones directas gubernamentales alcanzan a la cantidad de Bs. 1.662 millones, de modo que las inversiones directas e indirectas de los dos sectores alcanzan en su conjunto, durante el período referido, a Bs. 4.846 millones. Finalmente tenemos que agregar a dicha suma el monto de Bs. 1.188 millones que representa el valor del oro y de las divisas acumuladas en los años en cuestión, partiendo del hecho que



Suma global invertida en Bienes Capital 1938-1949

la acumulación de dichos fondos tambien representa una forma de invertir la renta petrolera. En definitiva, llegamos así a la suma de Bs. 6.034 millones.

De donde para 1949 la inversión total en bienes capital fijo ascendía a Bs. 6.034 millones.

Si tomamos el total de los ingresos petroleros en el lapso dicho 1938-1949 que fueron de Bs. 8.775 millo-

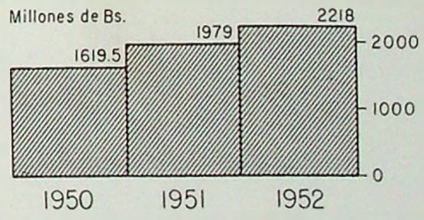


Ingresos Petroleros Bs. 8.757 (100%)

nes, tendremos que en los distintos sectores nombrados se invirtió de la renta petrolera el 68,76%, porcentaje éste que debió ser aún mayor por razón de las inversiones realizadas por las Entidades Federales y las Municipales, las cuales, como antes advertimos no fueron incluídas en los cálculos hechos por el Banco Central.

Citemos la conclusión a que llegó el Banco Central. "Ante las cifras que preceden hay que concluir que Venezuela ha destinado una parte sustancial del ingreso petrolero a la formación de bienes capital fijo, lo cual lógicamente ha originado una sustracción de elementos productivos nacionales del ramo de bienes de consumo, derivándose de ello una necesaria importación de estos últimos para atender a las necesidades de subsistencia".

Esa política de invertir una parte apreciable de la renta petrolera ha continuado en los años subsiguientes



Inversiones en 1950 - 1951 - 1952

a 1949, tanto por el sector gubernamental, como por el privado.

En efecto, según las Memorias del Banco Central el total de inversiones fué el siguiente: en 1950, Bs. 1.619,5 millones; en 1951, Bs. 1.979 millones, y en 1952, Bs. 2,218 millones.

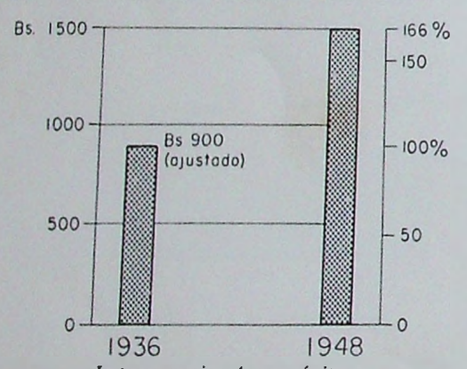
Cuanto dejamos expuesto demuestra que el anhelo que expresábamos con la frase "Sembremos el petróleo" se ha hecho realidad tangible, y comprueba a la vez que la importación que ha venido haciendo el país de bienes de consumo (entre los cuales incluyó el Banco Central los automóviles de uso particular, como también todos los aparatos de radio, refrigeración, etc., destinados a uso personal) no es en ningún caso y por sí sólo, un indicio de que sacrifiquemos inútilmente nuestra riqueza en artículos de mero consumo.

La recorrida panorámica que hemos hecho del desarrollo económico del país, el cual impresiona al más indiferente y que queda confirmado con las cifras que acusan el alto volumen de inversiones en bienes de capital fijo, nos lleva de la mano a considerar como lógica consecuencia el crecimiento de las fuentes del ingreso nacional, factor y secuela a la vez del bienestar social.

Permítaseme una aclaratoria previa, para evitar de una vez por todas que pueda incurrirse en un error: al hablar de ingreso nacional quiero referirme exclusivamente a las percepciones en general que tienen por origen tanto el trabajo, como los rendimientos del capital, y por tanto no se trata en este caso de los ingresos fiscales, de las rentas del Estado.

El Banco Central inició sus investigaciones sobre el Ingreso Nacional y después de un laborioso trabajo publicó en 1949 una monografía, concretándose al año de 1936. Las cifras publicadas tienen por base una extensa recopilación de datos que tienen su origen en el Censo Nacional 1936-37, pero es de advertir que en muchos casos fué necesario recurrir a estimaciones a las cuales se llegó después de cuidadoso análisis de los elementos de que se disponía.

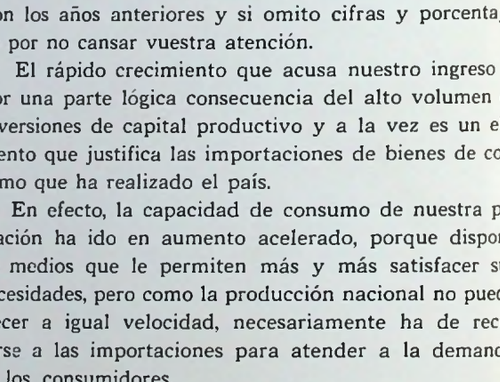
El resultado acusa un ingreso nacional de Bs. 1.500 millones para el citado año de 1936, el cual representaba un ingreso per cápita de Bs. 446, que ajustado al poder de compra de la moneda en los últimos años equivaldría a Bs. 900 per cápita. En 1948 el Banco Central estimó el ingreso nacional para el año de 1947 y arrojó un total de Bs. 7.080 millones y como para entonces la población de Venezuela ascendía a 4.643.000 habitantes, el ingreso per cápita fué de Bs. 1.500.



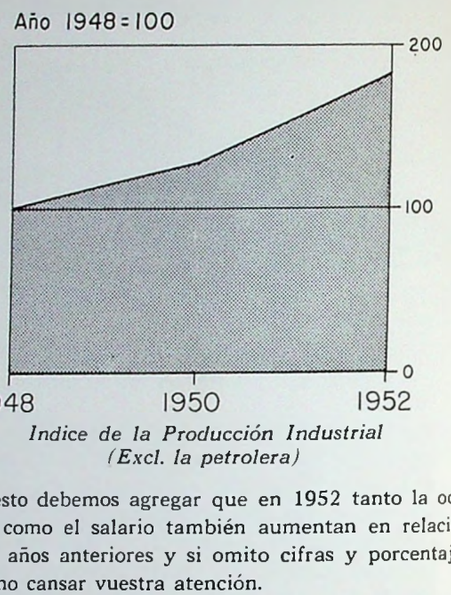
Ingreso nacional per cápita

Por tanto, en el lapso 1936 a 1947 el ingreso nacional aumentó de Bs. 1.500 millones a Bs. 7.080 millones y el ingreso real per cápita en un 66%.

Si bien no disponemos de datos sobre el ingreso nacional durante el año de 1952, y ésta no es materia que permite apreciaciones empíricas, podemos decir sin embargo que el ingreso nacional seguramente aumentó en 1952 con relación a los años anteriores y nos sirve de fundamento para tal aseveración el hecho de que tanto la producción agrícola como la industrial tuvieron aumentos apreciables aun frente a las cifras correspondientes a 1951, tanto en volumen físico como en la valoración de las mismas. En efecto, la producción agrícola en 1950-1951 fué valorada en Bs. 1.115 millones y en 1952 en Bs. 1.556 millones. La rata de aumento de la producción subió de 2,56% en 1950 a un 13,40% en 1952. A su vez, el índice de la producción industrial, excluída la petrolera, haciendo el año 1948 igual a 100, fué de 128,50 en 1950, para subir a 181,09 en 1952.



Valor de la Producción Agrícola



Indice de la Producción Industrial (Excl. la petrolera)

A esto debemos agregar que en 1952 tanto la ocupación como el salario también aumentan en relación con los años anteriores y si omito cifras y porcentajes es por no cansar vuestra atención.

El rápido crecimiento que acusa nuestro ingreso es por una parte lógica consecuencia del alto volumen de inversiones de capital productivo y a la vez es un elemento que justifica las importaciones de bienes de consumo que ha realizado el país.

En efecto, la capacidad de consumo de nuestra población ha ido en aumento acelerado, porque dispone de medios que le permiten más y más satisfacer sus necesidades, pero como la producción nacional no puede crecer a igual velocidad, necesariamente ha de recurrirse a las importaciones para atender a la demanda de los consumidores.

Señores, felizmente podemos aseverar que no le ha ocurrido a Venezuela con su renta petrolera, lo que a la España de los siglos XVI y XVII con el oro y demás metales preciosos que recibía de América. La legendaria riqueza de la España de aquella época, a la vez que dió al país una moneda fuerte, originó una acentuada alza de los precios de toda clase de artículos y la consecuencia de estos dos factores fué el fomento de la importación y ésta llegó a tal extremo que el economista francés Bodin decía en 1574: "El castellano ha sometido a las nuevas tierras de América, ricas en oro y plata, que han llenado a España de estos metales, pero como España no vive sino de Francia, pues está obligada por fuerza inevitable a comprar aquí el trigo, las telas, los paños, el papel, los libros, la cartinería y toda la obra de mano, España es la que va hasta el fin del mundo a buscar para los franceses el oro, la plata y las especies".

Si hasta ahora hemos sembrado buena parte de nuestro petróleo, nuestra meta está aún lejos, quizás muy lejos; el país exige que se mantenga y que se intensifique el ritmo de inversiones que llevamos, no sólo porque aún son muchas las necesidades por satisfacer, sino también porque nuestro crecimiento que hasta ahora ha sido espectacular, reclama nuevas fuentes de trabajo y por ende aumento del ingreso nacional y uno y otro tienen por base la inversión de capital productivo.

Al hacer esta referencia permítaseme una disgresión: nunca he comprendido la disparidad de criterio que en ciertas ocasiones ha surgido entre nuestros comerciantes importadores y nuestros industriales, porque en puridad de principios el bienestar de los primeros está en relación directa con el volumen del ingreso nacional, ya que éste determina la capacidad de consumo de la población y por ende la de compra. A su vez, el desarrollo industrial es fuente de ocupación en el sentido amplio de la palabra y es por ello factor propulsor del ingreso nacional. Resulta para mí, conclusión de obligada lógica, que uno y otro grupo se complementan y en puridad de principios, repito, coinciden sus intereses en pro de una mayor producción nacional, de un mejor autoabastecimiento.

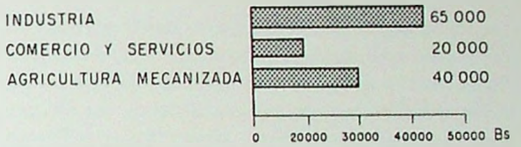
Al mencionar la necesidad de mantener el ritmo de las inversiones de capital productivo a fin de intensificar más y más el ingreso nacional, quiero decir que este aspecto ha sido objeto de un valioso análisis por parte del notable economista norteamericano señor Milo Perkins, entrañable amigo de Venezuela y uno de los más entusiastas divulgadores de nuestras cualidades y de las bondades de nuestro país. Me unen con el señor Perkins muy gratas relaciones de amistad y he tenido oportunidades de estudiar y discutir con él muchos de nuestros problemas.

El señor Perkins ve como signo de máximo optimismo para el desarrollo del país, el excepcional crecimiento vegetativo de nuestra población, la cual ha aumentado en el lapso de 1940 a 1950 a la rata de 2,9% anual, que es una de las más altas ratas de crecimiento en cualquier parte del mundo. Considera lógico suponer que se mantenga el aumento de nuestra población al menos en un 2,5% anual, de donde en el lapso de 25 años, o sea para 1977, el total de habitantes de Venezuela lo estima en 9.700.000. Las necesidades que ha de satisfacer el país quedan puestas de bulto al considerar que donde hoy viven 100 personas deberán vivir 185 en 1977.

Estos hechos tienen una inmediata repercusión en el ingreso nacional, pues estimando un ingreso per cápita de Bs. 1.419 en 1951 y suponiendo que el ingreso per cápita aumente a razón del interés compuesto del 2% anual, tendremos un crecimiento potencial del ingreso nacional de Bs. 23.028 millones para 1977.

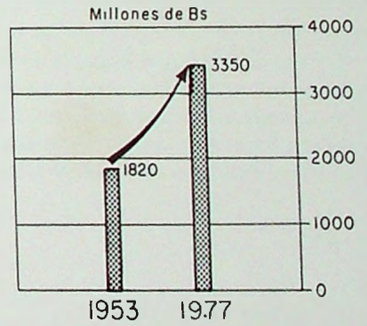
Para alcanzar esos resultados es indispensable que la inversión de capitales productivos siga, como antes dijimos, a un ritmo de constante incremento.

El señor Perkins, para dar una idea del quantum de esas necesidades, se dió a la tarea de calcular qué cantidad de capital se emplea para suministrar a una persona trabajo pleno y con buena remuneración. Las conclusiones fueron las siguientes: la industria, incluyendo la petrolera, requiere una inversión de Bs. 65.000 por cada persona que emplee. El comercio y los servicios, incluyendo entre éstos el transporte, Bs. 20.000 por empleado. La agricultura mecanizada, incluyendo casa y nuevas tierras acondicionadas, Bs. 40.000.



Capital empleado para suministrar trabajo pleno a una persona

Concluye esta labor el señor Perkins estimando que la inversión de capital productivo calculado a una rata creciente deberá ser de Bs. 1.820 millones en 1953 y de Bs. 3.350 millones en 1977.



Crecimiento de la inversión de capital productivo

Señores, si bien las cifras que preceden nos dicen que el país reclama de esta generación y de las venideras un esfuerzo continuo y concentrado, también nos demuestran que contamos con elementos suficientes para alcanzar esa era de grandeza y bienestar para Venezuela, empeñándonos Gobierno y particulares en sembrar al máximo la renta general de que goza el país.



CARLOS MENDOZA, abogado venezolano graduado en la Universidad Central el año 1925, con destacado ejercicio profesional. Ha sido Consultor Jurídico del M.O.P., Presidente-fundador de la Bolsa de Comercio de Caracas, Presidente del Banco Central de Venezuela. Actualmente es Consultor Jurídico de la Compañía Shell de Venezuela.



ERNESTO PLATONE, nacido en Cagliari (Italia) en 1903, doctor en Química de esa Universidad y catedrático de ciencias físicas y matemáticas y de ciencias naturales y química. Ha tenido una larga práctica profesional en su país, y fué Jefe de Laboratorio de Investigaciones de importantes sociedades industriales. Durante cuatro años ha ocupado varios cargos técnicos en diversas dependencias del Ministerio de Agricultura y Cría de nuestro país, y actualmente es profesor de Química en la Escuela Militar de Caracas. Ha publicado numerosos trabajos en materias de su especialidad.

CHINOS, VIKINGOS, GODOS Y NORUEGOS EN AMERICA

Es indudable que el mérito del descubrimiento del continente americano se debe a Cristóbal Colón, y si otros antes que él llegaron a las costas septentrionales del continente americano es muy probable que ninguna noticia de estas expediciones hubiera llegado a Europa y, por consiguiente, ninguna utilidad práctica y científica habían podido proporcionar a los pueblos civilizados de aquel entonces, los conocimientos adquiridos en esas empresas mal definidas, las cuales más bien que expediciones sería el caso de considerar como puras hazañas de fanáticos navegantes en busca de aventuras.

Hoy se considera casi cierto que los Vikingos habían tenido conocimiento, antes de Colón, de las tierras que forman las costas orientales del Norte de América, dejando trazas de sus expediciones, como las dejaron más tarde en el continente europeo cuando mejor organizados y con una flota de barcos se dedicaron a la piratería en los países civilizados de aquel período.

La edad de los Vikingos parece tener su punto de partida en la primera aparición de una flota de piratas nórdicos (789 de la era cristiana) y termina con el establecimiento de los normandos en la región que de ellos lleva su nombre: Normandía, por los años de 911 ó 912.

Este dato siquiera sirve para no confundir por completo a los Vikingos con los indígenas normandos, de los cuales se diferenciaban ante todo por su carácter, que no era, por cierto, el del pirata vulgar que sembraba el terror en los mares y en las costas.

Los Vikingos no eran gente inculta ni analfabeta, puesto que el uso de los caracteres rúnicos data de antes de la época de los Vikingos y éstos conocían la costumbre de relatar las sagas o leyendas populares que habrían probablemente aprendido por los celtas, parte en Irlanda y parte en las islas occidentales de Escocia.



Fig. 3.—La "HUGIN". Reconstrucción del barco Vikingo que hace 1500 años abordó las costas de Kent (Inglaterra).

Como se sabe, el rúnico es la antigua escritura germánica y escandinava, cuyos alfabetos difieren por completo de todos los europeos, no sólo por el orden en que aparecen colocados sus signos, sino también por el especial valor numérico de cada uno de éstos. Existen dos alfabetos rúnicos que se diferencian entre sí por el número de sus signos. El más antiguo está formado por 24 signos, imitación de las letras griegas y romanas, y fué común a todos los pueblos germánicos desde el siglo III hasta el VII.

Tácito afirma que las escrituras rúnicas tenían cierto carácter mágico, aserción robustecida por la creencia general de los eruditos de que la escritura rúnica sólo fué utilizable para muy limitado número de ciudadanos expertísimos y para todos los sacerdotes que hacían de su restrictivo conocimiento un misterio (runa).

Los monumentos rúnicos más antiguos proceden de los siglos III y IV.

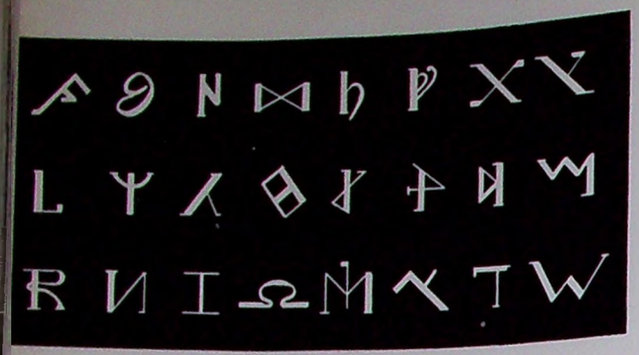


Fig. 1.—Runas Marcomanas



Fig. 2.—Barco Vikingo
Museo de Oslo. - 25 mts. de longitud - 12 mts de alto
14 Ton. de peso.



En la guerra y en las aventuras navales los Vikingos no tenían nada que envidiar a los pueblos cristianos, que a la sazón eran los civilizados y los factores del progreso.

En la arquitectura naval hay alguna conexión histórica entre las embarcaciones que las tribus del Báltico poseían en tiempos de Tácito y las que construían los Vikingos, lo cual induce a creer que el arte de la construcción naval prosperó allí más que en otras regiones del Norte de Europa.

La *Fig. Nº 2* representa un barco Vikingo, del cual puede apreciarse el exquisito estilo arquitectónico, y es la reproducción fotográfica de uno de los barcos Vikingos originales, custodiados en el Museo de Oslo.

La primera incursión de este pueblo fué la aparición (789) en las costas de Dorset (Inglaterra) de tres barcos piratas procedentes de Haerethaland (Hardeland o Hardyssel en Dinamarca) u Hordeland en Noruega. En 793 aparecieron en la costa de Nortumbia (Northumberland) atacando el monasterio de Lindisfarne (Holy Island), dando muerte a algunos monjes y capturando otros. En 794 atacaron Jarrow, en 795 aparecieron en Glomorshire, en 798 en la Isla de Man y en 802 en Iona. Sucesivamente el teatro de sus hazañas fué Irlanda y probablemente la costa occidental de las Islas de Escocia.

Los londinenses celebraron con grandes festejos el 28 de julio de 1949 la invasión de Gran Bretaña por los Vikingos con un espectáculo marino que los llevó a una página de su Historia de hace 1.500 años.

El espectáculo reconstruye la escena del arribo de una nave vikinga en las orillas del Támesis y el desembarco de los 50 hombres de la dotación con las armaduras y corazas de aquella época. El barco, de 25 metros de longitud, del cual se reproduce la fotografía *(Fig. Nº 3)*, era la reconstrucción fiel de los que usaron los antiguos Vikingos cuando abordaron por primera vez en las costas de Kent.

Durante el año 874 es cierto que los Vikingos descubrieron Islandia y sucesivamente en 981 la Groenlandia (Grönland — tierra verde).

Los Vikingos, por lo regular, invadían las costas de los territorios que deseaban ocupar y poco a poco asimilaban las costumbres de los naturales y entraban a formar parte de la población.

Casi simultáneamente con los ataques a Irlanda tuvieron lugar otros en las regiones occidentales de Escocia por piratas, procedentes probablemente también de Noruega (802-806). En el continente el ataque de los Vikingos tuvo lugar en tres puntos distintos, el primero en la desembocadura del Escalda.

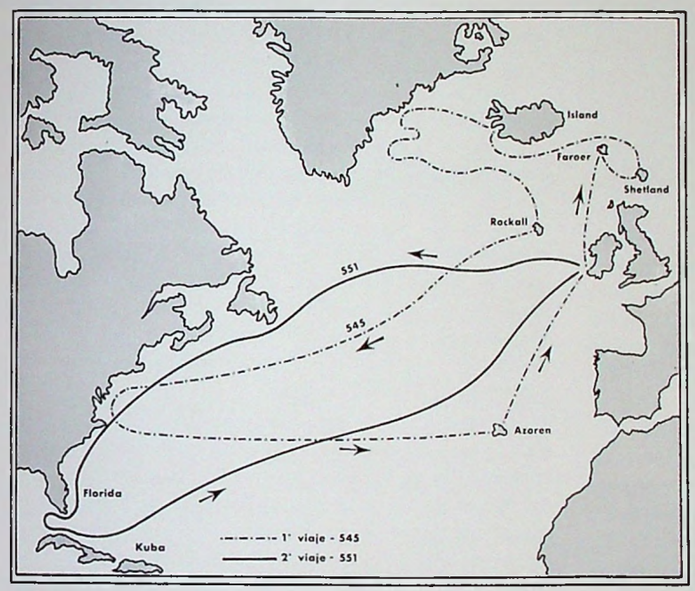
Desde el Escalda los Vikingos extendieron sus incursiones hacia dos direcciones, según los tiempos y circunstancias; algunas veces hacia el Este hasta el Rhin y por consiguiente dentro de Germania, en el territorio asignado a Luis el Germánico; otras veces hacia el Oeste hasta llegar al Soma y por ende en el territorio de Carlos el Calvo, el futuro reino de Francia.

Los Vikingos no se limitaron a la invasión de los territorios hasta ahora mencionados, sino que se extendieron más y más, y saqueando el territorio francés hasta el Garona llegaron al Norte de España.

De allí, con una flota siguieron toda la costa española e intentaron, aunque en vano, establecerse en los dominios del califato árabe.

En el lado opuesto saquearon la costa africana, y sucesivamente Italia. (C. F. Keary. — "The Vikings in Western Europe". — Londres, 1891).

Recientemente en las islas Färöer, situadas entre Escocia e Irlanda, se ha descubierto un manuscrito de un monje irlandés llamado Brandan, en el cual se habla de dos viajes efectuados por el referido monje entre el 545 y el 541 de la era cristiana, desde Irlanda a las costas americanas, esto es, un millar de años antes de Colón. El monje Brandan nació el año 484, de padres irlandeses. Después de cursados los estudios y aprendido los idiomas latín, griego y hebraico, se había dedicado a la navegación, explorando las tierras alrededor de Irlanda.



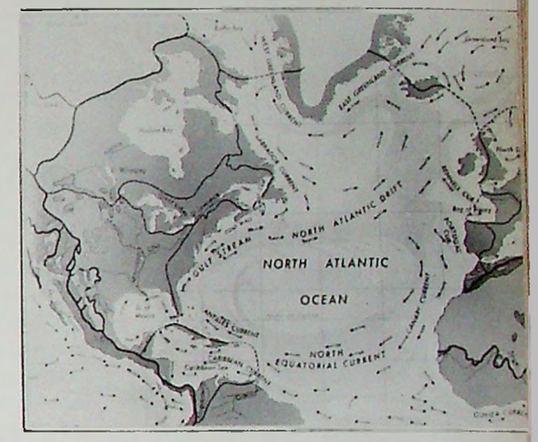


Fig. 5.—Itinerario de las corrientes en el Norte del Océano Atlántico.

Fig. 4.—Itinerarios de los viajes del Monje Brandan. Según E. Gagel.

En el año 545 emprendió el primer viaje que duró cinco años, el cual debió llevarlo al descubrimiento de la América Septentrional.

Dice el documento que salió de Irlanda, según lo indica el itinerario del Mapa Nº 4, dirigiéndose al Norte, donde abordó en las islas que hoy se llaman Färöer. De allí, aprovechando la dirección de los vientos, se dirigió rumbo Sur-Este llegando a las islas Shetland y sucesivamente volviendo a subir hacia el Noroeste, costeó a Islandia, llegando a Reykjavik. Es muy probable que en esa primera parte del viaje Brandan disfrutara de los monzones, vientos que soplan seis meses en una dirección y seis meses en dirección opuesta. De Irlanda la pequeña nave bajó hacia el Sur y siguiendo la dirección de los vientos llegó a la América del Norte, probablemente cerca de lo que hoy es Nueva York.

En su viaje de regreso la nave llegó a las islas Azores y de allí regresó a Irlanda, su punto de partida.

En 551 Brandan repitió su viaje, dirigiéndose esta vez directamente hacia el Oeste, llegando a las costas de Labrador, probablemente a Newfoundland primero y de allí, costeando el continente, llegó hasta la Florida y el golfo de México, según el itinerario indicado en el *Mapa Nº 4.*

Las noticias referentes a la existencia del manuscrito del monje Brandan han sido dadas por E. Gagel en la Revista "Orión" (Abril 1951), y el itinerario de los viajes emprendidos por Brandan representa una reconstrucción de las noticias consignadas en el mencionado manuscrito, del cual dejamos a Gagel toda la responsabilidad.

No hay duda de que el monje Brandan, además de haber tenido mucha suerte, supo aprovechar muy bien la dirección de los vientos y la corriente del Golfo, "Gulf Stream", lo que se puede deducir mejor haciendo una comparación entre los probables itinerarios de los viajes de Brandan (reconstruídos por Gagel) y el itinerario del "Gulf Stream" según los actuales conocimientos consignados en el Mapa Nº 5.

Sin embargo, no parece ser éste el único contacto que los pueblos de Europa tuvieron con el continente americano antes de los viajes de Colón, debido a que es cierto que unos 500 años antes de éste, Leif Eirikson (Erico), primogénito de Erico el Rojo, intentó la primera colonización de las tierras del Norte de América.

Erico el Rojo, navegante noruego, fué el colonizador de la Groenlandia. A causa de un homicidio tuvo que abandonar su país (Noruega) con su familia, estableciéndose en Islandia. Perseguido por otros asesinatos, marchó hacia los arrecifes descubiertos por Genmbjoen, en dirección al Oeste y llegó a Groenlandia (país verde), dándole este nombre a causa del color verde de aquellas regiones. Durante tres años exploró las costas en busca de terrenos habitables, marchando luego a Islandia, donde reclutó colonos y partió para el nuevo país con 25 naves, de las que sólo llegaron 14 (986 D. C.); una vez allí repartió el terreno entre los expedicionarios, que empezaron a colonizarla.

Erico era idólatra, pero su hijo "Leif el Dichoso", después de un viaje a la corte de Noruega, se convirtió al Cristianismo y evangelizó la nueva colonia fundando en ella el primer obispado. En aquel tiempo, se dice, un islandés llamado Bijarme, que navegaba hacia Groenlandia, fué arrojado por una tempestad hacia el Suroeste y vió una tierra llena de vegetación a la que no pudo llegar por haberle empujado la corriente otra vez hacia el Norte. Llegado a Groenlandia contó a Erico lo ocurrido, y éste mandó a su hijo Leif con 35 hombres para explorar el país visto por el islandés.

Leif partió en el año 1.000 de Groenlandia con 35 hombres, quienes tomando rumbo al Sur descubrieron primero a Hellulandia (Isla de Terranova), después las costas de Nueva Escocia a la que llamaron *Marilandia*, y avanzando más al Sur llegaron a una tierra fértil y de clima templado, que se supone sea la costa meridional del Canadá, donde pasaron el invierno.

Un individuo de la expedición se internó tierra adentro y descubrió un vasto territorio en el que abundaban las cepas silvestres, por cuyo motivo se llamó *Vinlandia*.

Estos fueron los primeros descubridores de la América del Norte, donde fundaron varias colonias. Después de su regreso a Groenlandia nuevas expediciones fueron organizadas para las costas de América, llegando hasta los parajes donde hoy existen las ciudades de Nueva York y Nueva Jersey, y hasta obispos y sacerdotes fundaron templos y ejercieron su ministerio; pero a mediados del siglo XIV una epidemia diezmó a los colonos y los indígenas acabaron con los pocos supervivientes.

En los primeros años del 1.000 parece que otra expedición Vikinga salida de Islandia llegó al continente americano. Después de haber costeado la Groenlandia llegó hasta la isla de los Osos, y de allí, rumbo al Sur hasta las costas de Labrador, y sucesivamente, costeando el continente, hasta la desembocadura del río Hudson, donde hoy se encuentra Nueva York.

Los hechos referidos están consignados en dos documentos históricos del año 1330 y 1387 respectivamente, que son transcripciones de documentos más antiguos y que, a causa del idioma en que fueron redactados, quedaron ignorados en los círculos científicos europeos hasta el año 1725 en que Thormod Torfason los tradujo al latín.

Otros indicios ciertos de la presencia de los Vikingos en el continente americano unos 150 años antes de la llegada de Colón son los que menciona Hjalmar R. Holand en su libro "América 1355 to 1364". Hjalmar se refiere al descubrimiento hecho en Minnesota en el año 1898 de una gruesa piedra: la "Kensington Stone", en la cual aparecen inscripciones en letras rúnicas, que recientemente descifradas, llevan a la conclusión de que 8 godos y 22 noruegos tocaron tierra en aquella región dirigiéndose sucesivamente hacia el Oeste. Otras diez piedras con inscripciones rúnicas han sido descubiertas en Minnesota, lo que ha permitido convalidar la suposición antes referida.

Además, en los alrededores de Newport se han descubierto recientemente los restos de un edificio que por su arquitectura no pudo ser atribuído a las civilizaciones precolombinas ni tampoco a la época colonial española. Varios indicios llevan a la conclusión de que se trata de los restos de una iglesia Vikinga cuya época, según los arqueólogos, remonta alrededor del año 1.000.

Otra prueba en confirmación de esta tesis es el descubrimiento hecho en 1939 en una iglesia de Dinamarca (la antigua catedral de San Pedro de Schleswig) por un estudioso islandés, de simulaciones de animales de indiscutido origen americano (pavos que hacen la rueda), que se ha atribuído a los contactos no infrecuentes de los noruegos con los pueblos de Dinamarca, al regreso de sus grandes viajes.

Los contactos de los Vikingos con los indígenas son también comprobados por las noticias que se han tenido desde el 1737 acerca de la existencia de una antigua tribu de "Indios blancos", cruce entre Vikingos y mujeres indígenas, que se extinguió completamente a causa de la viruela.

Otra leyenda que se remonta a tiempos aún más remotos que la época de los Vikingos dice que en el año 499 de la era cristiana, el chino Hui Sien desembarcó en las costas del continente americano dejando allí tres monjes chinos para predicar y difundir el Budismo, lo que hace presumir que los chinos debían de conocer bastante bien la existencia de esas tierras y también a sus habitantes como para haberlos considerado aptos para convertirlos a su nueva religión. Es posible, pues, que otros contactos entre chinos y poblaciones del continente se hayan realizado en épocas anteriores al chino Hui Sien.

La suposición de las relaciones entre chinos o Mongoles y los indígenas del continente americano tiene una confirmación en los estudios del Dr. Gordon E. Kholm, del Museo de Ciencias Naturales de New York, el cual afirma que los asiáticos habían conocido el continente americano alrededor del año 700 de la era cristiana, justificando esta tesis con la relación que existe entre los motivos ornamentales y los conceptos arquitectónicos del arte Maya y del arte Indo-chino *(Figura Nº 6)*.

No hay duda que esta relación existe realmente y esta circunstancia ha sido tomada como base para demostrar como probable la emigración de grupos mongoles a América en épocas lejanas y mal precisadas.

Los hechos que hemos referido constituyen pruebas bastante elocuentes para deducir que es casi cierto que antes de Colón otros europeos tuvieron contacto con las tierras del continente americano.

Sin embargo, esto no disminuye en lo más mínimo la gloria de Colón, debido a que esas exploraciones, aunque verdaderas, suelen ser consideradas como puras aventuras de navegantes, sin ninguna consecuencia práctica y científica y con escaso eco en las leyendas de los marineros y de los navegantes de aquella época y, por lo tanto, completamente desconocidas en el siglo XV cuando Colón se aventuró en la famosa empresa que dió un imperio a los reyes de España.

Indígenas Americanos en Europa

Pero si es verdad que las hazañas de los antiguos Vikingos, aunque poco conocidas, no presentan nada excepcional para un pueblo dedicado totalmente a las



Fig. 6.— Reproducción de una pintura de Arte Maya del 700 a 800 d.C. descubierta en el Templo de Bonampak, Estado Chiapas, México, en 1946 por Giles G. Healey. Las reproducciones fotocromáticas de esta obra de arte han sido publicadas por la Carnegie Institution y reproducidas por la Illustrated London News del 5 de Noviembre de 1949.

aventuras navales, otra noticia un poco asombrosa y sorprendente es la de la presencia de indígenas americanos en Europa, alrededor de un siglo antes de la era cristiana. Según la leyenda, referida por Pomponio Mela en su libro "De Chronographia", III 5 - VIII, y por el historiógrafo Plinio en su "Historia Natural", II, 67, se dice que una pequeña "piragua" con indígenas rojos, transportada por la tormenta, llegó en el año 62 antes de la era cristiana a las costas de Alemania. Hechos prisioneros por los suecos, algunos de estos indígenas-americanos, fueron entregados como esclavos al Metello Celere, que en aquel entonces era Procónsul romano en Galia.

Un cimelio en bronce que actualmente se encuentra en el Museo del Louvre de París, representaría a uno de estos indios-americanos.

El Primer Emblema de las Américas

En la *Fig. 7* está representado el primer emblema de la América del año 1496, descubierto recientemente en Trento (Italia) en archivo particular de la familia Negri de San Pedro, que forma parte de una colección de emblemas antiguos, dibujados por autor ignoto.

Este emblema, que es la primera representación heráldica de las Américas, estaba bordado en el estandarte que representaba el triunfo de Maximiliano en las bodas de Felipe el Hermoso con Juana la Loca en 1496, y tenía la inscripción en alemán: Reino de las 15 Islas.

Juana la Loca, Reina de Castilla y Aragón, segunda hija de los Reyes Católicos y la única que les sobrevivió, casó con el Archiduque de Austria Felipe el Hermoso, hijo de Maximiliano I, Emperador de Alemania, y de María de Borgoña. Celebróse la boda en 1496, para lo cual pasó Juana a Flandes, en donde tuvo lugar la ceremonia.

Como se sabe, Colón declaró que las Indias Occidentales eran integradas por 15 islas y se habló en aquel entonces del nuevo "Reino de las 15 Islas".

En el emblema las islas son de color distinto: pardas, rojas y verdes, según la descripción hecha por Colón.

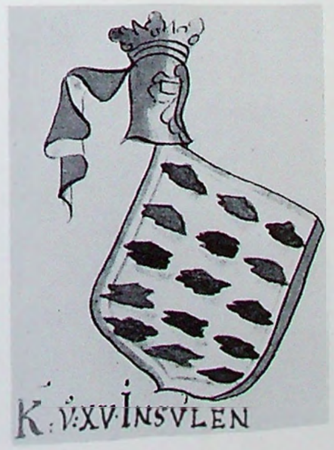


Fig. 7.—Primer Emblema de las Américas "Reino de las 15 Islas", dibujado en 1496 por autor ignoto. Fuente: Asociación Cultural Italo-Hispánica, Roma. La reproducción fotográfica del Emblema ha sido publicada por la Revista "Sapere". Milano, Italia, 30 de Junio de 1952.



Pintores Venezolanos

ELISA ELVIRA ZULOAGA:
"EL VALLE DE COISE".
(Colección del autor).

Elisa Elvira Zuloaga nació en Caracas y estudió en la Academia Lothe de París y en la Academia Ozenfant de New York. Ha figurado en las siguientes exposiciones colectivas: Salón de Independientes, París; Ateneo de Caracas, Salones Oficiales de Arte Venezolano, Ateneo de Valencia y Salones Planchart. Obtuvo las recompensas siguientes: Premio Arístides Rojas en el 8º Salón Oficial de Arte Venezolano, 1947; Premio Oficial de Pintura en el 13º Salón Oficial de Arte Venezolano, 1952, y Primer Premio en el Salón Planchart de 1953.

La obra Elisa Elvira Zuloaga es una de las que más ha hecho destacar el sentido creador de la mujer venezolana en la pintura nacional. Su actividad artística no sólo se limita al ámbito de la creación personal, sino que se proyecta hacia otras esferas culturales. El óleo que reproducimos marca una evolución de su inquietud artística, tanto en el asunto como en la plástica.

CARLOS RIVERO SANAVRIA (1864 - 1915):
"CABEZA DE NIÑO".
(Colección del Museo de Bellas Artes de Caracas).

Carlos Rivero Sanavria nació en Caracas, estudió con Erwin Oehme en Alemania y con Jean Paul Laurens en Francia. En París fué condiscípulo de Rojas, Michelena y Boggio. En el Palacio de Industrias de la Exposición de 1899 exhibió el cuadro titulado "Avenir Brissé", que mereció elogios. También expuso en el Salón de Artistas Franceses. Con estos primeros triunfos regresó a Caracas, donde años después fué atacado por la parálisis. Pero la terrible dolencia afortunadamente le dejó brazos y manos libres, y en el lecho, auxiliado por un aparejo y un espejo, continuó su labor artística.

Rivero Sanavria pintó retratos del Canónigo Madariaga, de Bolívar, de Anzoátegui, de Guzmán Blanco, de Peñalver. Y cuadros de flores que todavía adornan algunos salones de familias caraqueñas. Reproducimos esta "Cabeza de Niño" como una invitación a revisar su vida y su obra, tan caídas en el olvido.





JANIS ROZE, nació en Letonia en 1926, se trasladó a Alemania en 1944, donde inició estudios de ciencias naturales, hasta octubre de 1948, cuando vino a Venezuela. Actualmente es Conservador de Herpetología del Museo de Biología de la Escuela de Ciencias y del Museo de la Sociedad de Ciencias Naturales La Salle. Ha escrito artículos científicos sobre los reptiles de Venezuela y de Sur América en general, con la descripción de cuatro especies nuevas para la ciencia.

EL PELIGRO QUE ESCONDEN NUESTRAS SELVAS

Reptiles Venenosos

por JANIS ROZE

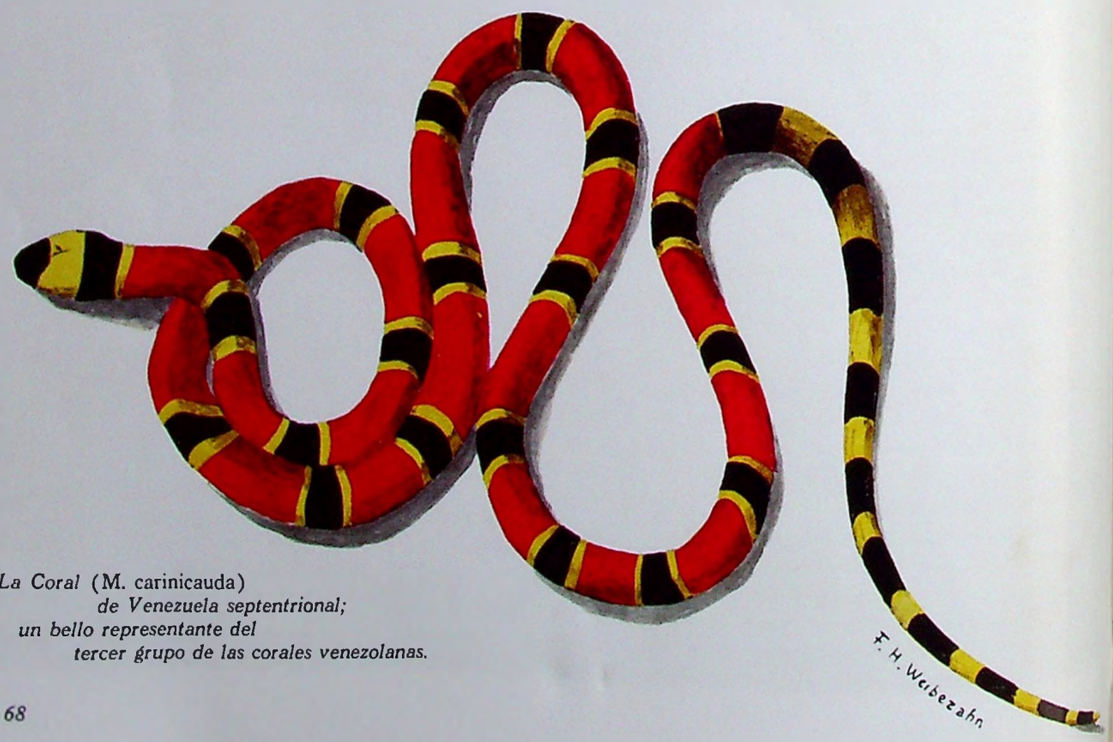
Entre la muy rica fauna venezolana, que en belleza y variedad es digna de figurar entre las primeras del mundo, existe un grupo de animales sobre los cuales muchos desearían hablar pero muy pocos verlos y mucho menos cazarlos para realizar estudios: se trata de los ofidios. Pero hay un dicho que dice: "el diablo no es tan negro como lo pintan", y lo mismo podría decirse sobre los ofidios que habitan las tierras venezolanas.

De las 120 especies de ofidios que se conocen en Venezuela, sólo unas 18 son venenosas y peligrosas para el hombre, mientras que todas las demás, lo único peligroso que tienen es simplemente su apariencia y su nombre: culebra, conocido a través de los siglos, para no decir desde el principio de la historia del hombre.

¿Quién no sabe sobre lo sucedido en el Paraíso entre Adán y Eva, cuando intervino la primera culebra que la humanidad conoce? Desde ese entonces, la culebra ha acumulado todo lo malo y peligroso que puede decirse sobre un animal.

Desafortunadamente, no basta con saber que hay sólo 18 especies de culebras venenosas en Venezuela, hay que conocerlas para poder identificarlas en la naturaleza. Conocerlas es una tarea difícil; hay especies que es casi imposible reconocer si son peligrosas o no cuando se las mira a simple vista, aun para los mismos especialistas; me refiero particularmente a los ofidios de la familia de las corales.

Son siete las familias (división científica) de ofidios que se conocen en Venezuela; de ellos sólo dos comprenden ofidios ponzoñosos, por lo cual vamos a hacer un breve resumen de estas dos familias, la de las corales —*Elapidae*— y la de las mapanares, cascabeles, etc. —*Crotalidae*.



La Coral (M. carinicauda)
de Venezuela septentrional;
un bello representante del
tercer grupo de las corales venezolanas.



Coral Macho (Pseudoboa neuwiedi) *que no es ni macho ni pertenece a la familia de las corales verdaderas. Su coloración varía desde rojo fuerte (inmediatamente después de la muda) hasta rosado.*

1. FAMILIA *Elapidae* (LAS CORALES)

Los más peligrosos representantes de esta familia, afortunadamente, están confinados al trópico del Viejo Mundo; allá existe la Cobra Real, el reptil más peligroso de los tiempos modernos; las mambas arbóreas de Africa; los representantes australianos como la Culebra Negra (Black Snake) y muchas otras más, ampliamente conocidas por su potentísimo veneno.

Tres géneros de esta familia están representados en el Nuevo Mundo, y uno de ellos únicamente, género *Micrurus*, se conoce en Venezuela, que comprende a las vulgarmente llamadas corales y coralillas. Son culebras hasta cierto punto degeneradas con costumbres minadoras, casi subterráneas, siendo interesante notar que tienen una coloración dispuesta en anillos transversales negros, rojos y blancos (algunas veces el blanco está sustituído por amarillo).

Las doce especies que de esta familia se conocen en Venezuela, pueden ubicarse en tres grupos, según la coloración que, por cierto, es la característica más fácil de observar.

El primer grupo se caracteriza por tener un anillo rojo sobre la cabeza y dos a cinco sobre la cola; todo el resto del cuerpo tiene solamente anillos blancos y negros, alternos. De este grupo se conoce en Venezuela una sola especie llamada científicamente *Micrurus mipartitus* y encontrándose distribuída en toda la parte septentrional del país, excepto en las regiones más secas (xerófilas).

En el segundo grupo entran elapídeos que tienen los anillos negros dispuestos en triadas o ternas, o sea, tres anillos negros separados entre sí por dos anillos blancos o amarillos, y esta triada a su vez separada de la próxima por un anillo rojo, resultando en total una coloración de una belleza extraordinaria. A este grupo pertenecen varias especies venezolanas de la cual la más común es *M. isozonus*, o sea la coral de la parte septentrional de Venezuela, incluyendo Caracas, Maracay y Valencia; esta especie, es interesante mencionar, es puramente criolla y no la conocen en ningún otro país del mundo. De las otras especies de este grupo, son también corrientes *M. lemniscatus* y *M. dissoleucus*, designadas todas con el nombre común de Coral.

El tercer grupo se caracteriza por tener una coloración integrada por anillos alternos de rojos y negros, estando delimitados los últimos, a su vez, por anillos amarillos. En este grupo hay varias corales venezolanas, de las cuales la más común parece ser *M. carinicauda*, conocida tan sólo en Venezuela y Colombia, y *M. circinalis*, que tiene por patria el Estado Sucre, siendo conocida, además, en Trinidad.

El veneno que el elapídeo inyecta con sus colmillos, no muy grandes, es del tipo neurotóxico, o sea, ataca el sistema nervioso, glándulas y aparato respiratorio, de tal modo que la persona mordida por una coral, usualmente pierde la vista, se hace dificultosa la respiración, además de fatiga muscular que se prolonga hasta la parálisis. Hasta ahora no tenemos en Venezuela un antídoto (suero anti-elapideo), de modo tal, que en caso de que un individuo sea mordido por uno de estos ofidios, se puede succionar la herida, evitar que el paciente tenga excitación, no moverse mucho y solicitar el auxilio del médico más cercano.

Existe en el vulgo una gran confusión en cuanto a la aplicación del nombre vernáculo *coral*, debido a que a todas las culebras que tienen en su coloración algo de rojo, se las llama coral. Existen no menos de unas treinta especies que tienen coloración rojiza y no pertenecen a las corales verdaderas (elapideos), ni son peligrosas para el hombre. Las más comunes entre éstas son las llamadas "coral macho", que comprenden científicamente varias especies de culebras no venenosas, como *Pseudoboa neuwiedi* y *Clelia clelia*, teniendo las dos todo el cuerpo rojo con una mancha negra sobre la cabeza. Estas no son "el macho" de la coral verdadera; se trata de especies completamente diferentes. Hay otras que tienen anillos negros y rojos sobre el cuerpo y son difícilmente distinguibles de los elapideos.

2. FAMILIA *Crotalidae* (MAPANARES, CASCABELES, ETC.)

En gran parte las culebras deben su fama a esta familia, que posee representantes tanto en el Viejo



Cabeza del reptil más peligroso del Nuevo Mundo; es conocido vulgarmente como Cuaima Piña, Cuaima, Concha de Piña y "Bushmaster" (Lachesis muta). *Se pueden apreciar los enormes colmillos en el maxilar superior, que inyectan enormes cantidades de veneno en la mordedura. La lengua de este animal es simplemente un órgano sensitivo y no hace ningún daño, como lo creen muchos.*

como en el Nuevo Mundo. Aquí tenemos las víboras de Europa, de la India y Africa, las cuales son dignas rivales de nuestras especies. Tres géneros crotalideos están representados en Venezuela con un total de seis especies, que son: *Lachesis muta*, llamada Cuaima Piña, Cuaima, Concha Piña y Bushmaster para la gente de habla inglesa. Esta especie indudablemente es la culebra venenosa más grande en el Nuevo Mundo, ya que con frecuencia alcanza 3 metros de largo y más aún. Sus escamas recuerdan a las de la piña, y parece que de esta característica deriva su nombre vernáculo. Habita en los grandes bosques venezolanos y la cantidad de veneno que el reptil inyecta con la mordedura es extraordinaria.

Otra especie muy común en el país, sobre todo en regiones no muy húmedas, es la Cascabel, cuyo nombre científico es el de *Crotalus durissus terrificus*, siendo verdaderamente terrífica. Su veneno es el más potente de todas las culebras ponzoñosas de Venezuela; este ofidio es fácil de reconocer por las maracas o cascabeles que tiene en la cola. Existe el concepto errado de que cada cascabel corresponde a un año de la edad de la serpiente, pero la verdad es que de cada muda que la culebra hace, se le queda en la cola un resto de la piel mudada, formándose un cascabelito; además, es sabido que una culebra puede mudar de dos a cuatro veces en un año.

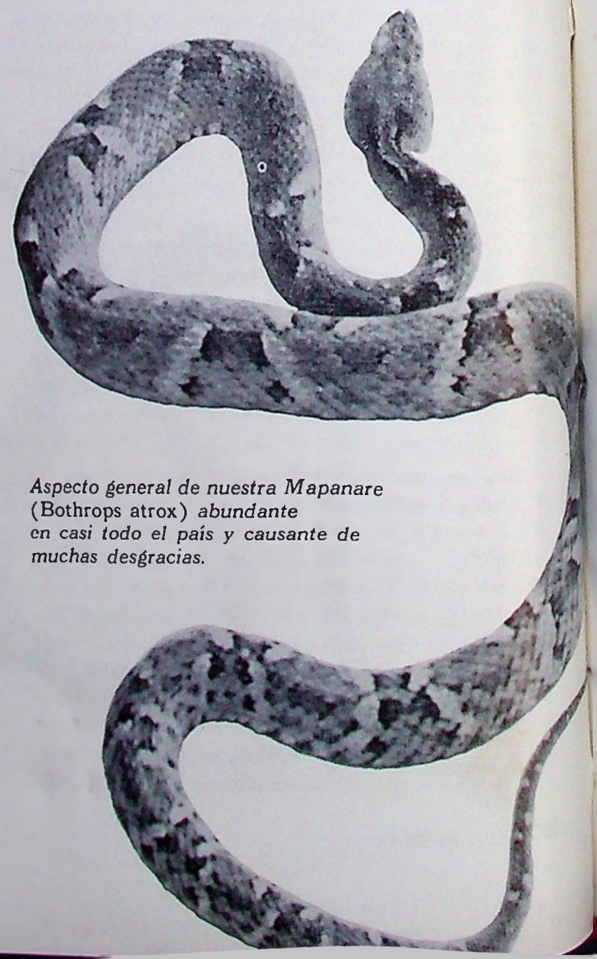
Y por fin tenemos el último grupo de esta familia, conocido con el nombre de Mapanares. La más común en todo el país, desde el nivel del mar hasta unos 2.000 metros de altura, es la que los científicos denominan *Bothrops atrox*, teniendo por lo menos, unos 15 nombres vernáculos, de los cuales los más oídos son: Mapanare, Macaurel, Terciopelo, Cuatronariz, Sietenariz, Rabo amarillo, Rabo de candela, Guayacán y muchos otros más. Los muchos nombres se deben a la diversa coloración y aspecto que el ofidio tiene según su edad y desarrollo; esta coloración puede variar desde el verdoso, el rojizo, el pardo grisáceo hasta casi negro, teniendo siempre unas manchas dorsales características. Como todas las especies de esta familia, posee además de los dos orificios nasales, dos fosetas lacrimales, y de allí el nombre Cuatronariz con el cual se le conoce.

A este mismo grupo de mapanares pertenece la *Bothrops medusa*, otra especie típicamente venezolana que habita en las zonas altas de la Cordillera de la Costa. La designan con el nombre vernáculo de Tigra cazadora o de Tigra mariposa, además de los otros nombres que se le aplican a la especie anterior.

Nos quedan dos especies de mapanares, que son la *B. lansbergi* —Cuatronariz—, conocida de las regiones más secas del país, y la *B. schlegeli* —Lora, Terciopelo, etc.—, que habita en las regiones limítrofes con Colombia y Brasil, siendo principalmente arbórea.

El veneno de esta familia de culebras es algo heterogéneo, siendo principalmente hemolítico, ya que destruye los glóbulos rojos de la sangre y los demás tejidos atacados. Afortunadamente, existen en el país antídotos eficaces contra la mordedura de estas serpientes: el suero anticrotálico, contra las cascabeles; el suero antibotrópico, contra las mapanares, y el antiofídico o polivalente, contra la mordedura de una culebra desconocida que pertenezca a esta familia.

Quisiéramos advertir finalmente, que no hay ningún medio preventivo contra las mordeduras de serpientes, por más que así lo crean y aseguren aquellos que siempre llevan en el bolsillo cristales de sublimado, de permanganato de potasio o un simple amuleto formado por tierra del lugar donde ha sido enterrado un ofidio venenoso, una piedra con que se ha matado un reptil que ha mordido a una persona, o simplemente una figurita de madera con signos místicos diseñados "para alejar a las culebras".



Aspecto general de nuestra Mapanare (Bothrops atrox) *abundante en casi todo el país y causante de muchas desgracias.*

LA REALIDAD VISUAL DE LA TELEVISION

por Manuel Rivas Lázaro

Teníamos la vieja escena, raíz tradicional de la forma gráfica de expresar; teníamos el Cine, con una maravillosa trayectoria, aún inagotable, y finalmente teníamos la Radio, con su misteriosa voz alta, sin máscaras.

Para disfrutar de los dos primeros era necesario dejar la muelle tranquilidad del hogar. La última nos guardaba una consideración más íntima y familiar.

De los tres nos separaba una considerable distancia visual. Del Teatro y el Cine, la que va de la butaca al proscenio; de la Radio, una más larga aún, la que va del oyente al término indescriptible de su imaginación.

El técnico hizo un mágico fundido con los tres y nos proporcionó, dentro de una dimensión doméstica, el Teatro, el Cine y la Radio: la Televisión.

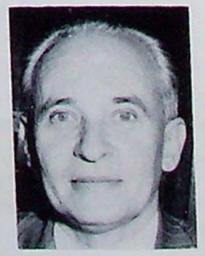
Y entonces, aquello que siempre estuvo tan y tan distante se puso cerca, muy cerca. Nunca el espectador y el espectáculo habían estado tan a la mano como ahora, a una proximidad tentadora para la observación crítica.

Es posible que con el tiempo haya variado la psicología del espectador, pero también ha influído ahora la variación de la distancia, para la apreciación crítica.

El espectador de antaño vivía sosegadamente, dogmáticamente, sin las complejidades que envuelven hoy al mundo, y el Teatro desenvolvió felizmente su larga historia, legándonos una extensa gama de estilos, formas y tendencias. Desde la pieza en tono burgués, al nivel de lo fotográfico, horizontal como la época, o el contraste de la tragedia; después el psicologismo, el simbolismo, todo recibido con ecuánime actitud.

Con el despertar de un nuevo siglo —nuevo también en el sentido de la inquietud— aparecieron los inquietos personajes de la Cinematografía, fáciles para responder a una necesidad evasiva del espectador, que se apuntaba ya, por medio de la movilidad de la imagen. Entonces tuvimos un espectáculo que fantasea o convierte en ficción exorbitada aun los temas más concretos y directamente humanos, sean éstos de auténtica calidad o simples folletines.

La Televisión tiene la medida de su significación en estas expresiones que la antecedieron, es por medio de ellas que se le puede ir descubriendo. Pero el parecido familiar o aire de familia no significa la esencia misma de la nueva expresión; apenas si se puede por estos medios establecer relaciones y contrastes. Podría-



MANUEL RIVAS LAZARO, venezolano nacido en Cumaná, Edo. Sucre, el año 1900. Ha ejercido la crítica en numerosos órganos periodísticos. Es autor de varias obras de teatro, algunas de las cuales han sido llevadas a la escena. Su labor más extensa la ha realizado en el campo del Teatro Experimental, como director del Teatro del Ateneo de Caracas, del de la Universidad Central de Venezuela y de otras instituciones docentes y culturales de Caracas.

mos decir, por ejemplo, que la Televisión no posee —por limitación de espacio— la flexibilidad suficiente para llevar al espectador al plano de fantasía como lo puede hacer el Cine, ni puede volar en el mundo de las ideas, con expresión literaria, como lo hace el Teatro por medio de la palabra, por estar subordinada a la imagen, que a su vez está sujeta a factores técnicos, aún no superados.

Pero cuando nos sentamos ante un receptor de Televisión, experimentamos estar, al menos, dentro de otra situación, creada a nuestro parecer por los pocos metros que nos separan del receptor. Debido a esa distancia resulta un nuevo estilo, más confidencial y más difícil para la transfiguración del actor frente al televidente.

Ante la realidad de ese breve espacio todo se hace infinitamente perceptible y no hay detalle por común y corriente, que en un momento dado no gane preeminencia, rompiendo con la natural jerarquía de las cosas, y dando lugar a que aquellas que deberían ser disimuladas se destaquen imprudentemente. No hay aquí como en el Cine el recurso de establecer las gradaciones indispensables a fin de que lo vulnerable para el sentido crítico del espectador no se destaque y lo atinado adquiera primer plano.

Pero el resultado más nuevo de la mencionada proximidad del receptor es que el televidente puede apoderarse a sus anchas de la personalidad del actuante, entrando en los menores detalles de su físico, de su voz y hasta de su psicología, a través de sus ademanes y hábitos. Por eso la transfiguración del actor en personaje es con frecuencia harto difícil, ya que el ojo del televidente es capaz, por la cercanía dicha, de destruir la más lograda caracterización. La decisión del televidente acerca de un programa está poderosamente influida por lo personal.

Cuando un conferenciante ocupa un espacio frente a la cámara, para hablar sobre Historia, por ejemplo, lo hace por sí, con su estilo y su lenguaje personal, con su mímica y sus ademanes propios; se nos presenta tratando un tema antiguo, pero en un plano y con un estilo actual. Aunque estemos profundamente interesados en el tema, es un hecho innegable que las incidencias de la actuación, el lenguaje particular, el estilo personal unido al literario, en fin, la parte humana del actuante, ocupa gran parte de la atención del televidente.

Asimismo ocurre con los múltiples programas en los cuales aparecen jurados, bien sean literarios o deportivos, o de entretenimientos a base de habilidad. Son generalmente temas vivos, pero aparte de esto, ciertos detalles muy conocidos de los que integran el jurado, su manera de hablar y gesticular, el timbre y los cambios de tono de su voz, el contrapunto de los varios sujetos, ocupan en igual medida la atención del televidente.

Cuando los niños y los jóvenes acuden al estudio —y lo hacen con bastante frecuencia— a tomar parte en los juegos de habilidad que allí se presentan, vemos todas sus expresiones tomadas de improviso por la cámara. Entonces el interés del televidente se aísla en la contemplación y descubrimiento de la actitud de los participantes, sus muecas, sus fallas de concentración, sus ojos, sus bocas y brazos, todo lo que es la persona física en acción expectante.

En aquellos casos donde los actores se presentan a caracterizar personajes, o sean las Series y el Teatro mismo, se evidencia que la personalidad del actor sustituye en gran parte el personaje, como ficción. Esto es particularmente claro en los programas que pasaron de la Radio a la Televisión. Son generalmente tipos populares, que tuvieron función de personajes en la imaginación de los radio-escuchas hasta que los vieron por Televisión. Pese a la buena caracterización, lo que fué dicción en la Radio va personalizándose más y más, saliendo del campo imaginativo para otro más realístico y personal.

Es que la Televisión siempre busca por propio estilo conectarse a la realidad, y en estos casos la realidad más enjundiosa es la psicología particular del actor, que está tras la superpuesta del personaje.

No creemos que sea totalmente perjudicial el hecho de que la realidad subyacente en cada personaje sea captada por el televidente, antes bien creemos que esto puede contribuir a una mayor veracidad. Tampoco podemos considerar responsable al actor de un hecho tan inevitable como es el aporte de sí mismo a la actuación; si no lo hiciera así, se expondría a falsearlo todo.

Toda esta generosa posibilidad de observación que está ahora a disposición del televidente altera sin duda su disposición interior frente al espectáculo. La pantalla es, simultáneamente, un centro de interés para curiosear en ella el campo de la identidad personal, como se haría en los clisés o grabados de un diario.

Por esta proyección directa, inmediata, de la mirada del televidente, la Televisión resulta ser el gran medio para las cosas tomadas a la mano, casi sin intermediarios, con esa frescura que ha sido hasta ahora exclusiva del periódico. Si se quiere definir su estilo como medio de expresión, creemos que de nada estaría más cercano que de lo periodístico.

Como la del lector de periódico, su interés es esencialmente anecdótico, y lo anecdótico para él es, en buena parte, cuanto ocurre en el desempeño de sus papeles a ese largo número de personas que todos los días por medio de la pantalla se introducen en su casa para hacer las veces de locutores, conferenciantes, animadores, actores, bailarines, cantantes, informadores, etc., etc. A través de estas personas, que a fuerza de repetirse se tornan familiares al televidente, sin excluir el público que participa en los programas, así como el contenido de los mismos, va creándose un mundo de motivaciones íntimamente ligadas a lo documental humano, que es la materia esencial del reportaje.

Conjuntados todos estos elementos —genuinamente humanos— queda en pie el hecho de que la Televisión pone al televidente en una actitud propensa a las cuestiones temporales, lo contagia de mutaciones, le imprime un aire de calle, móvil, lleno de circunstancia, ese mismo espíritu caleidoscópico que nos deja la lectura de un diario, pues como él puede reunir las más diversas manifestaciones.

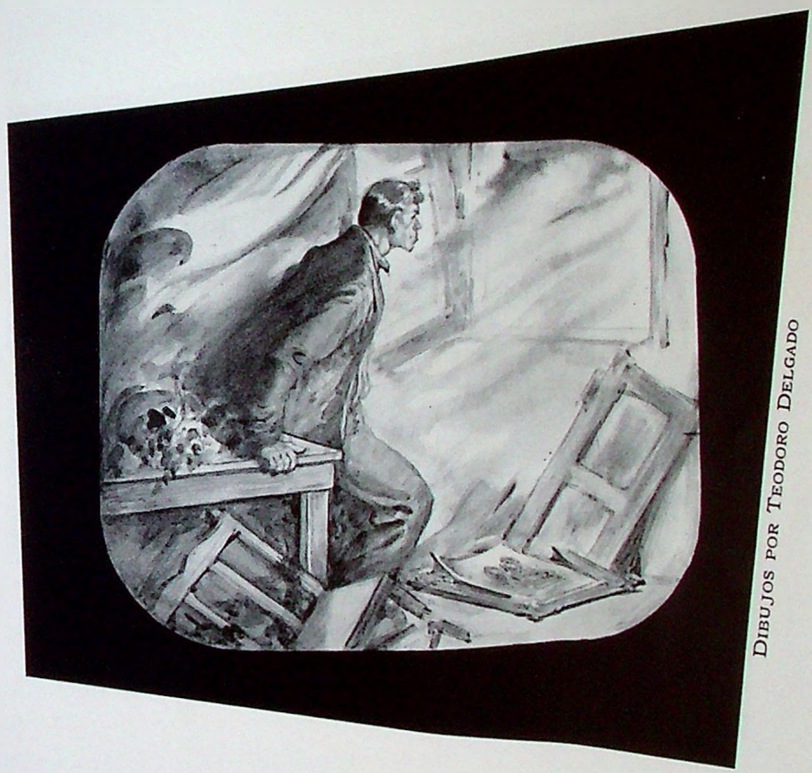
De ahí que la expresión más enraizada al común denominador humano: el Teatro, tenga espacio fijo y preferencial en el diario variar de fórmulas para crear y sostener dicho espíritu en los televidentes. Y es en este campo, precisamente, donde se manifiesta con mayor exactitud la necesidad de conjugar el estilo circunstancial de la Televisión, a cuya indagación hemos dedicado este artículo, con lo permanente del Arte. Este problema, cuya solución no ha merecido interés todavía, mantiene una dualidad en el estilo de las expresiones escénicas que se transmiten por Televisión: de un lado aquellas que responden al término de "Teatro televisado", que se cumplen poniendo ante la cámara las obras que han sido escritas para el escenario tradicional, y del otro aquellas —generalmente breves— donde se desarrollan temas intrascendentes de la vida diaria.

Podría encontrarse un estilo especial, acorde con las características de que hemos venido hablando, en el cual se diera un puesto justo y medido a las realidades más pequeñas al lado de la creación central. Para ello sería utilizable la superposición o simultaneidad de escenas, polarizando la acción dramática en la misma dirección que se ha hecho en la novelística moderna, y abriendo campo a toda clase de metáforas expresadas por medio de imágenes, y aun con el auxilio del sonido. La semejanza con la vida sería extraordinaria, sin disminuir su calidad.

Sólo con el modesto propósito de ilustrar bien cuanto hemos dicho al respecto, improvisamos las primeras escenas de una pieza, que nos permitimos dar a continuación como final de este artículo.

PELICULA.— Tormenta que se desencadena. Nubes densas. Viento huracanado. Descargas en la tormenta. Un rayo cae sobre la tierra. Ruido en off de ventana arrancada del marco por el viento.

ESCENA 1ª.— Casa de pueblo. Puerta de ventana, caída del marco. Una mesa en el centro escénico. Encima de la mesa un florero caído, y medio roto. Las flores extendidas por la mesa. En el piso, cerca de la mesa, una silla lanzada al suelo, y un cuadro roto.



Dibujos por Teodoro Delgado

ANDRÉS: *(De clase media, regularmente vestido, pero desarreglado. Se acerca a la mesa desde el fondo derecha, gritando con furia)* —¿Por qué?... ¿Por qué toda la tormenta se ensaña en esta casa?... Es la vieja casa de mis antepasados... es la propia habitación de este hombre solo, solo... *(Se da vuelta y se acerca al marco de la ventana).* Nadie más que el viento se ha atrevido a desordenar y destruir lo que yo he conservado tantos años contra la furia de la humanidad. *(Regresa de frente hacia el lado de la mesa).* Es la casa de mis abuelos. Está exactamente igual desde entonces... Y ni al viento ni a nadie la entregaré. *(Con más furia se da vuelta rápido y mirando el marco de la ventana).* ¡¡Miserable tiempo!!

PELICULA.—La tormenta está ahora lejana y con menor intensidad. Sobreimpuesto un hombre cuya cara es parcialmente visible, así como un periódico que tiene en la mano, leyéndolo. En off lectura de noticias acerca de la tormenta en la región.

PELICULA.—La tormenta aún menos intensa, casi calma. Lugares lejanos de la población. Caserío de gente de pocos recursos. Casas hechas con propio esfuerzo.

En off el silbido del viento persiste, es un sonido agudo, que ya parece humano. Luego se funde con el silbido de dos hombres que entonan una canción popular.

ESCENA 3ª—Dos trabajadores cargan ladrillos pasándolos de uno a otro, acompasadamente, mientras silban. Uno de los hombres detiene el movimiento. En su mano se ve claramente el ladrillo y en su lugar sobreimpuesto aparece un cuadro de caballos. Los dos hombres se sientan en el suelo, sobre un cajón, a formular el cuadro. De pronto se quedan pensando.



ESCENA 2ª—Casa de gente pobre. Una pequeña mesa con mantel en el centro escénico. Un hombre rústico está sentado al lado de la mesa. Una mujer camina de un lado para otro, trayendo y colocando platos, cubiertos, etc. en la mesa. La mujer se ve parcialmente, el cuerpo y las manos.

HOMBRE: *(Dando golpes sobre la mesa)* —No puedo ya más... estoy harto... Esta casa parece un gran hoyo... y yo trabajando, trabajando para llenarlo... sin poder... siempre hay más necesidades, más tierra que echar en el hoyo. Cuando parece que hemos llegado al nivel, un nuevo gasto, una nueva obligación que cumplir, y ¿cómo seguir viviendo honradamente de esta manera, cómo? Dos manos no dan para llenar esta casa de cuanto necesita.

PELICULA.—Sobreimpuesto un automóvil veloz... aviones... aeropuerto... tierras de siembra... sembrado de flores... sobreimpuesto a lo anterior un campesino, con una carga de flores sobre el hombro en una cesta. Vestido y sombrero rústicos.

ESCENA 4ª—(Paisaje lejano, desdibujado).

CAMPESINO: *(Gritando)* —Flores!!... Flores!!
MUJER: *(Se le acerca por la izquierda)* —Están bonitas las flores.
CAMPESINO: —Son fresquecitas, marchante.
MUJER: —El viento no les hizo nada.
CAMPESINO: —No, por allá no pasó la tormenta.

MUJER: —Buen negocio lleva en la cesta.
CAMPESINO: —Pues, por supuesto.
MUJER: —Se va a hacer rico.
CAMPESINO: —Al menos se vive. Pero también llevo algo risueño para alegrar la vista de los que me compran, ayudo a la felicidad... ¿no le parece?
MUJER: *(Tomando una flor en su mano)* —Verdaderamente son tan bellas.



En este momento hay una sobreimposición de una mano de hombre, en la mano de la mujer, que comprime una flor con cólera.

ESCENA 5ª—La casa de Andrés nuevamente.

ANDRÉS: *(Con la flor en la mano, apretándola, colérico)* —No puede ya alegrar la casa.

(En este momento risas juveniles y alegre algarabía en off, por el fondo derecha).

ANDRÉS: *(Mira hacia el sitio de las risas)* —Parece que estuvieran atrasados en el camino del tiempo... A ellos, a sus casas, no les tocó nada de la tormenta... Como si todo hubiera sido para mí solo... para mí solo...

Una ancianita andrajosa se aproxima a Andrés, sin ser vista.

ANCIANA: —Solo estás por tu gusto, Andrés.
ANDRÉS: *(Sorprendido)* —¿Quién es?
ANCIANA: *(Acercándosele)* —Soy yo.
ANDRÉS: *(Aspero)* —Y ¿quién eres tú?
ANCIANA: *(Dulce)* —¿Que quién soy?... Soy la indigencia: una pordiosera... Se han terminado en mí todas las apetencias de la vida... No necesito nada... soy la soledad yo misma... y por eso puedo vivir en cualquier sitio apartado... en cualquier rincón del pueblo... pero ella no... ella es todavía una mujer joven y tiene deseos y derecho de vivir... y además tiene hijos que tú le diste... que son tuyos.
ANDRÉS: —Bueno y qué pasa, eso lo sé yo mejor que tú.
ANCIANA: —Lo que no sabes es que el viento y el agua la han dejado a ella en medio de la calle con sus hijos.
ANDRÉS: —A mí también me han destrozado la casa.
ANCIANA: —Pero tu casa tiene aún el techo, y tú puedes estar adentro; la de ella ya no existe, el agua se la llevó.
ANDRÉS: *(Despectivamente)* —Bueno...
ANCIANA: —Y ella tendrá que venir aquí.
ANDRÉS: *(Estupefacto)* —¿Venir aquí, a mi casa?
ANCIANA: —Sí, no le queda más remedio, a menos que tú la eches.

ANDRÉS: —Pero es que ella y yo nunca hemos vivido juntos... yo he vivido siempre solo, no he compartido la casa sino con mis antepasados que hace tiempo no existen.

ANCIANA: —Ellos la compartieron contigo. Eran padres, padres buenos, y tú su hijo.

ANDRÉS: —Bueno, basta ya de hablar por hablar. Ella que busque donde vivir, no es la primera vez que la quebrada se lleva las casas.

ANCIANA: —Pero es la primera vez que un padre puede recibir en su casa a sus hijos abatidos por la tormenta. Yo sé que ella vendrá. Algo la impulsa hacia aquí, que es quizás más fuerte que el viento y el agua.

Como puede verse en el anterior ejemplo, cuestiones tan cotidianas como el vendedor de flores y el juego de cuadros de caballos, ocupan lugar al lado del drama de los hijos abandonados, que a la vez tiene como fondo la idea general de la vida doméstica en la clase pobre, en la cual la felicidad se manifiesta en anhelos y esperanzas de riquezas, y el único drama en la ardua lucha por la vida.

En este breve esbozo de drama la tormenta es la desgracia que no pasa al mismo tiempo ni con igual intensidad por sobre todas las vidas, y con esta posible matización, lograda por la simultaneidad de las escenas, pretendemos expresar más cabalmente la realidad ambiente.

Los elementos casi fotográficos de la realidad, que en dicho ejemplo hemos puesto muy someramente, podrían insertarse en la obra con mayor extensión y profundidad. En el mencionado tema los efectos de la tormenta podrían darse por medio de películas —como en función de reportaje— exhibiendo los desastres reales causados por la lluvia en barrios de Caracas. Esto daría al Teatro características muy especiales dentro del manifiesto estilo de la Televisión, sin menoscabo de la dignidad social del tema.




Aruba
Curaçao
Buenaire
I. de Aves
Roca
Tortuga
Margarita
C. de la Vela
C. Elegnia
Port Bilmende
C. de S. Roma
Cor.
P. Seca
Solo
I. de Coche
R. de Tuba
R. de la Hacha
R. di Pauline
Laguna de S. Anna
G. de Coriaco
Barbarata
P. Flemtado
C. de Joan Blanco
C. de Colera
Higuerato
I. de Perito
Maracapana
Chichrebiche
S. Fe
Cumana
G. de Cariac
Caribes
C. de S. Pauas
CASTILIA
DEL ORO
Laguna de Maracaibo al de Venezuela
AROROAS Provincia
Wikiri Pro.
Venezvela
Merida
CARIBANA
Assawai P.
Acamacari
Sayma
Pampelona
Cassana R.
Pato R.
BOGOTA
REG
Lino R.
Cayare R.
Cayane I.
Purupuma I.
Nieuw Ponal I.
Iwana I.
Europa
Amana
Arowaas
Capuri R.
Vsaro R.
Caturi R.
Tee R.
Meta R.
Gajare R.
Baraquan R.
Orenoque fl.
OREN O
Beta R.
Dauray R.
Vbaro R.
Timana
Anebas
Aromaia
Iwaipanoma
Cassipa lacus
Iwarawakeri
Arowagotos
Eparagotos
Cassipagotos
GUI ANA
EMERIA
Cassipa fluv.
AMAPALA
LINEA
Dit Lac wort vande Natie Canibales, genaemt Jaos, Foponowini. Het is een sout water, 200. L. ende groote menichte van Canoas, ofte Indiaen
Seker eygenschappen van Guiana
In Guiana hebben zy haeren winter tusschen May ende September, in welcken tyt men hier niet schepen niet can blyven: Want alsdan isser gruweldigen stormwint, donder, blixem, verheffing van water.
Waer door de Riviere Orenoque haer verheft 30. voeten, ende alle de eylanden inden mont, ender loopen, soo dat de inwoners hen vertrecken op de hueyelen ende boomen, waer op zy haere woeningen maken
De Natie Arwaccas, syn een Vagabond volck, ende meest vrienden vanden Spangiaarden
De Natie Jaos, syn seer machtich, ende groote vianden van Spangiaert. Dese syn an haere lichamen geschildert, waer doormense kennen can vanden Arwaccas
De principale waren die hier vallen, syn goud, costlicke steenen, perlen, balsem olie, lanckpeper, gimber, suyker, wieroock, medicijnen tot medicyne, gomme, Honich, zyde, [illegible] ende bresilyhout.
[illegible] waren, die hier gesocht worden, syn Bylen, houmessen, [illegible] schijcke oreenwyre, item slecht lynwaet.
AMAZONES, Waer van de Revier Amazones haeren name heeft, is eene Natie bestaende alleen van vrouwen. Dese vrouwen comen met meer als een maent des Jaers by den mannen, die is sonen can afnemen, de Maent April: in dese maent vergaderen hen de omliggende Coningen ende de Coningynnen van dese Amazones, welcke de eerste kueren hebbe. Daer naer, worpt eick het lot, voor syne compaignie. In dese maenc syn sy t'samen seer vroylick met danssen ende springen, etten, drincken, naer haere manniere. Daer naer keert een yeder, naer sijn land. De vrouwen die daer achter comen sonne haeren seinden den selven anderen vader; die eene dochter hebben, voedense op ende seynden den vader een present. Dese Amazones syn seer wreed end' bloetdorstich over haere vianden. Sy hebben vele gouds, twelck sy crigen voor sekere groene steenen. Dit beschrijft Sir Water Raleigh.
Duytsche mylen 15 in eene graed